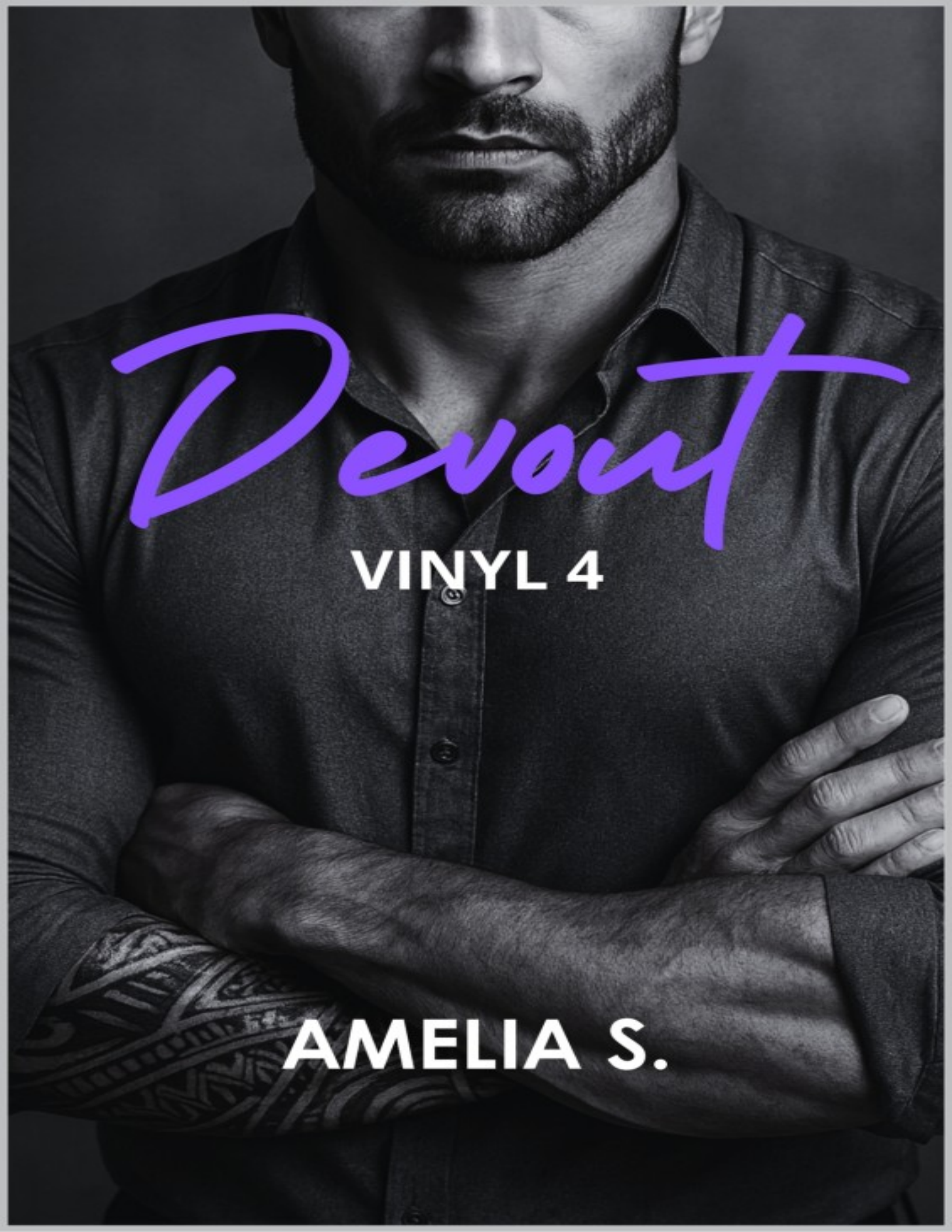

Devout
VINYL 4
AMELIA S.

Devout

Saga Vinyl

Amelia S.

Derechos de autor © 2025 Amelia S,

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente, transformada, almacenada o transmitida por ningún sistema o medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.
Cualquier uso no autorizado será perseguido civil y/o penalmente.

Obra de ficción: los nombres, personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales es mera coincidencia.
Marcas: los nombres comerciales y marcas citados pertenecen a sus respectivos titulares.

ISBN: 9798269040028

Diseño de la portada: Amelia S.
Editorial: Publicación independiente
Impreso en España

A todas las supervivientes

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
Prólogo II
CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPÍTULO 13
CAPITULO 14
EPÍLOGO
¡Gracias por llegar hasta aquí!

NUEVA SERIE
Acerca del autor
OTROS LIBROS DE LA AUTORA





PRÓLOGO

Brynn

Cuatro años atrás

La habitación olía a jazmín, a maquillaje caro y a nervios contenidos. El vestido colgaba del gancho de hierro forjado junto al ventanal, flotando como un suspiro blanco. Era precioso. De encaje chantilly, ajustado al torso y vaporoso en la falda, con un aire romántico y atemporal que encajaba perfectamente con la visión de Brynn sobre lo que debía ser una boda perfecta. Su boda perfecta.

Sentada frente al espejo, con los labios a medio pintar y el corazón retumbando bajo el corsé, Brynn respiró hondo y sostuvo la mirada a su reflejo. A su lado, Tess le sujetaba el velo con delicadeza, tan concentrada en colocar cada horquilla que parecía contener algo más que ansiedad estética.

—¿Estás bien? —preguntó Tess en voz baja.

Brynn forzó una sonrisa suave. Esa que solía usar en la floristería para tranquilizar a las novias indecisas.

—Claro que sí. Solo estoy… nerviosa.

Tess no respondió. Se quedó allí, en silencio, mirando fijamente la nuca de su hermana como si pudiera leer su mente a través del recogido trenzado. Brynn la conocía demasiado bien. Sabía que Tess estaba tragándose las palabras, que no quería estropearle el día. Pero también sabía que, tarde o temprano, lo diría.

Y no tuvo que esperar mucho.

—Brynn… —la voz de Tess era suave, pero decidida—. ¿Estás segura?

Brynn parpadeó. No era la primera vez que Tess lo preguntaba, y normalmente se hacía un poco la tonta pretendiendo no saber a qué se refería Tess, pero esta vez dolía más. Porque era el día de su boda. Porque había tomado la decisión. Porque ya no había vuelta atrás. Robert jamás lo permitiría.

—Robert me quiere —respondió sin mirarla, retocando sus pestañas, aunque ya estuvieran perfectas—. Es… es diferente a otros. Es maduro. Estable.

—Eso no significa que sea bueno para ti —dijo Tess, dando un paso atrás para mirarla con los brazos cruzados — Una cosa es ser apasionado y un poco alfa, pero él es controlador de una forma poco sana.

Brynn apretó los labios. Tess no entendía. Nunca lo había entendido. Robert no era perfecto, claro que no. Era exigente. A veces brusco. Pero también le decía que era hermosa cuando nadie más lo hacía. Le hablaba de tener hijos, de una casa grande con jardín. Le prometía una vida segura. Y después de tantos años sintiéndose invisible, la idea de ser "la señora Thomas" le parecía como agarrarse a tierra firme.

—Todo el mundo tiene defectos, Tess. No puedes esperar que alguien sea ideal. Robert me hace sentir… querida.

—¿Querida o atrapada?

Brynn cerró los ojos un segundo. El maquillaje ardía detrás de los párpados. El tono firme de su hermana calaba demasiado hondo. Pero no era tan simple. No podía explicarle cómo Robert la hacía dudar de sus propias decisiones, cómo sus palabras dulces solían venir justo después de una crítica, cómo su amor la envolvía como una red invisible.

Tess siempre había sido segura de sí misma, no le importaba lo que otros dijeran de ella o de su físico. No se dejaba intimidar por nadie. Había sido así desde pequeña. Ella en cambio era más tímida e insegura, le había tocado ser la protectora de Tess en muchas

ocasiones, recibir palabras hirientes para evitar que su hermana pequeña sufriera.

No se arrepentía de nada. Amaba a Tess y la había criado hasta que se convirtió en una estudiante ejemplar y después en una cirujana brillante. Pero ahora ya no la necesitaba. Era el momento de empezar su propio camino y cumplir sus sueños.

Se puso en pie para que Tess la ayudara a ponerse el vestido, con cuidado de no estropear nada del peinado ni del maquillaje. Mientras le abotonaba las decenas de pequeñas perlas que recorrían la línea de la columna, Brynn la miraba a través del espejo. Tess siempre había sido preciosa pero hoy estaba radiante, casi más que ella que era la novia. Llevaba un vestido azul profundo de corte sirena, ajustado en el busto y con una pequeña cola. Tess se incorporó y encontró sus ojos azules a través del espejo. Se quedaron un momento así, mirándose fijamente en silencio, diciéndose todo con los ojos. Por un instante las dudas la superaron, quizá podía…

Justo en ese instante, alguien golpeó la puerta con fuerza**.**

—¡Brynn! —La voz de Robert sonó impaciente—. ¿Cuánto más vas a tardar? Solo quiero verte un segundo, maldita sea. Estoy hecho un manojo de nervios, cariño.

Tess miró hacia la puerta con el ceño fruncido. El tono de Robert tenía ese filo de impaciencia disfrazado de ansiedad romántica. Era la voz de alguien que quería controlar a todos sin parecerlo, un manipulador. Brynn lo sintió también. La forma en que su estómago se contrajo al oírlo. Pero aun así se giró despacio, colocándose el velo sobre los hombros.

—Está mal que te vea antes de la ceremonia —dijo Tess, sin moverse de la puerta.

—Solo un minuto. No voy a robarla, Tess —replicó Robert tras la puerta, el tono de voz falsamente encantador.

Brynn apoyó una mano en el brazo de su hermana.

—Déjalo, Tess. Está nervioso. Es normal.

Tess la miró, dolida, desando que su hermana abriera los ojos. Deseaba estar equivocada respecto a Robert. Pero todos sus instintos le gritaban que no era bueno para Brynn.

—¿Es normal que golpee la puerta así? ¿Qué te hable con ese tono?

Brynn la abrazó de forma repentina, fuerte.

—No lo entiendes. No hay nadie más que me mire como él lo hace. Quiero esto. Quiero mi familia. Quiero ser madre. No me pidas que lo tire todo por unas dudas.

Tess no dijo nada. Solo asintió, pero sus ojos hablaban por ella: miedo, tristeza, lealtad incondicional.

—Entonces… —murmuró— estaré contigo hasta el final. Pase lo que pase.

Brynn respiró hondo. Abrió la puerta. Robert sonrió con los ojos brillantes y un gesto de victoria. La besó en la mejilla con rapidez, echándole un vistazo de arriba abajo como si comprobara si estaba lista para exhibirse. Brynn bajó la mirada. Tess se quedó detrás, inmóvil, mirando a Robert fijamente por envima de la cabeza de Brynn. Quería impedir aquella locura, pero su lealtad a Brynn se lo impedía, no quería ir en contra de sus deseos.

Mientras recorrían el pasillo hacía el altar, rodeada de peonías y rosas color crema, fue la primera vez que Brynn sintió que estaba entrando en algo de lo que quizá no podría salir. Pero, aun así, dio el paso.

Mo quería decepcionar a Robert.

No sabía lo equivocada que estaba y lo mucho que pagaría por el error que estaba cometiendo.

PRÓLOGO II

Dominic

Meses antes

La música retumbaba como un latido lejano al otro lado de la puerta blindada. Dentro del despacho, la penumbra lo envolvía todo, iluminada solo por el resplandor de las luces rojas del cartel de neón que colgaba fuera, filtradas por la persiana a medio cerrar.

Dominic no recordaba haber cerrado la puerta. Ni haberse girado para empujarla contra la pared con el cuerpo de ella atrapado entre sus brazos. Solo sabía que la estaba besando. Que tenía a la mujer más hermosa que había visto jamás pegada contra su pecho y que, por primera vez en años, no sentía el vacío que lo solía habitar por dentro.

Brynn**.**

Ese era su nombre. Lo había dicho como una caricia cuando se presentó. Voz suave, sonrisa dulce, mirada que dolía de tan triste. Una cara redonda con forma de corazón, unos ojos enormes y tan azules que era imposible no compararlos con un cielo de verano. Un cuerpo redondeado, jugoso y apetecible, con unos pechos tan generosos que solo quería arrodillarse y dar gracias al cielo por haber creado a tal hermosa criatura.

Dominic no sabía nada de ella, solo que era la hermana de la mujer de su hermano. Ya se enteraría de los detalles después. Porque ahora solo podía pensar que tenía su cuerpo contra el suyo. Ella jadeaba excitada y le temblaban las manos.

—Estás temblando —murmuró él, rozando su boca contra la sien de ella.

—No me sueltes —susurró Brynn.

Y él no lo haría. Jamás.

La besó con hambre contenida, con la necesidad de alguien que ha pasado años sediento y, de pronto, encuentra una cascada apetecible y cristalina. Sus labios eran suaves, pero su lengua ardía de deseo. Se dejó llevar. No podía hacer otra cosa. Sus manos buscaron la cintura de Brynn, ese vestido de tela fina que parecía hecho para ser arrancado.

Ella le respondió con un gemido ahogado, enredando los dedos en su camisa, tirando de él, pidiendo más sin palabras. Dominic la levantó del suelo con facilidad, sentándola sobre su escritorio. Los papeles cayeron al suelo con estrépito. No importaba.

Lo único que importaba era ella.

—Eres tan jodidamente hermosa… —jadeó contra su cuello, mientras le apartaba el cabello para morderle la clavícula.

Brynn se arqueó, sus piernas rodeándolo con desesperación. Su ropa interior estaba húmeda, empapada, y él lo notó al deslizar su mano entre sus muslos, sintiendo ese calor que lo volvió loco.

Ella sollozó de deseo cuando sus dedos la acariciaron por encima de la tela.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó Dominic, sin dejar de mirarla—. Dímelo, Brynn.

—Sí —susurró, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás—. Te quiero a ti.

Dom apartó su ropa interior de un tirón. Le bajó la cremallera del vestido sin paciencia y la dejó medio desnuda, bella y vulnerable sobre su escritorio. Tomó su cartera y sacó un preservativo. No recordaba el tiempo que hacía que lo llevaba, pero seguro que era mejor eso que hacerlo a pelo con casi una desconocida. Se desabrochó los pantalones, se colocó la goma con urgencia, la

sujetó de las caderas y la penetró de una sola embestida, profunda y firme, haciéndola gritar su nombre.

No había música en el mundo que pudiera tapar ese sonido. Suerte que su despacho estaba insonorizado.

Brynn se aferró a él como si lo necesitara para respirar. Y Dominic, por su parte, supo en ese momento, con la certeza salvaje de su instinto más animal, que esa mujer era suya.

No como una simple posesión. Era lo que siempre había estado esperando, esa sensación de pertenencia, de hogar y de destino.

—Eres mía —gruñó contra su boca, marcando el ritmo de sus embestidas, controlado pero firme, como si pudiera memorizarla con cada movimiento.

—Sí —jadeó ella—. Dominic…

Ella se corrió primero, con un grito roto, arqueando la espalda como si le doliera el placer. Él la sostuvo, la contuvo, la cubrió con su cuerpo mientras su orgasmo lo arrastraba a un abismo dulce, profundo y devastador.

Cuando ambos quedaron en silencio, sus cuerpos aún temblaban. El sudor brillaba sobre la piel desnuda de Brynn, sus mejillas estaban encendidas, y su mirada cargada de tristeza se había abierto por fin.

Dom le acarició el rostro con los nudillos.

—No sé quién eres del todo, pero lo descubriré —dijo, en voz baja—. Y te cuidaré.

Brynn se tapó los ojos con una mano, como si no pudiera soportar la ternura.

Dominic sintió algo que no sentía desde que era niño: el impulso de proteger con todo su cuerpo, con toda su alma, incluso con su vida.

Y lo supo, sin una sola duda.

Ella era su mujer.

La única.

Su para siempre.

CAPITULO 1

El ascensor estaba fuera de servicio, así que subieron las escaleras en silencio. Dominic iba un paso por detrás de Brynn, atento a cada movimiento, cada respiro, cada vacilación. No intentaba ayudarla a caminar —sabía que ella odiaba sentirse débil—, pero si llegaba a tropezar, él estaría ahí.

El pasillo del tercer piso olía a humedad estancada y a yeso mojado. Las luces parpadeaban. Al pasar frente a la puerta de la vecina, una toalla empapada asomaba por debajo como una lengua derrotada. La moqueta del pasillo estaba oscura, empapada hasta el tuétano. Los pies de ambos se hundían ligeramente con el sonido amortiguado del agua.

—¿Estás segura de que quieres entrar? —preguntó Dominic al llegar a la puerta del 3B.

Brynn asintió sin girarse. Sacó las llaves de su bolso con manos temblorosas. No dijo nada, pero él sabía que ese temblor no era por el frío.

Cuando abrió, el olor fue lo primero que los golpeó.

Humedad, madera hinchada, algo eléctrico y amargo en el aire. El agua ya no llegaba a los tobillos, pero aún cubría gran parte del suelo del salón. La madera que cubría el suelo estaba resbaladiza. Una de las cortinas se había caído por el peso cuando el agua empapó la parte inferior. La alfombra flotaba como un cuerpo en coma.

Dominic entró primero.

—Dame un segundo.

Revisó la instalación a simple vista, inspeccionó el techo, el suelo, el cuadro eléctrico. Luego se giró hacia ella y le tendió una mano.

—Está estable. Pero no toques ningún enchufe, ¿vale?

Brynn asintió de nuevo, apretando los labios. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta holgada que se ajustaba a la pronunciada curva de su embarazo. Su rostro estaba sereno, pero Dom podía ver cómo se le tensaba la mandíbula.

Ella caminó hacia el dormitorio lentamente con su andar de embarazada en el tercer trimestre. Entró y se quedó quieta en el umbral. Dominic la alcanzó en silencio, sin hacer ningún ruido. Desde allí se veía parte de la cama con la colcha empapada, la cómoda de madera oscura que ahora estaba hinchada y agrietada, y el peluche de un zorro pequeño que había comprado en secreto semanas atrás, ahora flotando en el charco junto a la cuna.

Brynn se agachó con cuidado, recogió el zorro empapado y lo sostuvo contra su pecho.

—Era para el bebé —susurró.

Dominic no dijo nada. Se encaminó a la cocina, y tras unos minutos de ruido de trasteo en armarios y cajones regresó con una bolsa de plástico con cierre hermético.

—Podemos lavarlo, salvarlo.

Brynn lo miró por fin. Sus ojos estaban húmedos, pero no había lágrimas. Solo ese brillo de rabia contenida, de cansancio antiguo.

—Quiero llevarme algo de ropa. Y los documentos. Y la caja del armario azul.

—Te ayudo.

Él la siguió mientras ella abría el armario. Sacó una pequeña maleta de tela reforzada y comenzó a guardar ropa interior, un par de vaqueros, un vestido largo de algodón. Dominic encontró una caja metálica en el estante superior y se la pasó sin preguntar. Ella la guardó sin abrirla.

Cuando llegaron al cuarto pequeño que había empezado a transformar en habitación del bebé, Brynn se quedó parada. Había una mecedora de madera blanca hinchada por el agua, unos cojines empapados, y sobre la cómoda, un bodi diminuto con estrellitas grises, todavía seco.

—¿Puedo…? —preguntó, con la voz quebrada.

—Claro que sí —susurró Dom, cogiéndolo él mismo para evitar que se mojara. Lo dobló con sumo cuidado y lo guardó en la mochila junto al peluche.

Durante el resto del tiempo, ninguno de los dos habló. Sólo el sonido de las gotas cayendo, de los pasos sobre el agua, del cierre de cremalleras y el crujido de madera hinchada.

Cuando salieron del apartamento, Brynn se giró para echar un último vistazo. Sostuvo la mirada un segundo… y luego cerró la puerta con un *clic* que sonó como un punto final.

Dominic cargó con la mochila y la maleta. No la dejó discutir.

Al llegar a la calle, el cielo estaba teñido de tonos anaranjados. Había comenzado a soplar el viento con fuerza. Brynn se detuvo en seco y miró su edificio como si no lo reconociera. Volvió la vista hacia Dom, sentía que estaba dejando algo atrás, dando carpetazo a parte de su pasado. Y en los ojos de Dominic vislumbraba algo distinto, un nuevo comienzo, quizá su propio futuro, uno con menos dolor e inseguridad.

ΔΔΔ

El coche de Dominic se detuvo frente a un edificio de tres plantas, de ladrillo visto con grandes ventanales y detalles de madera en ventanas y puerta. Era un pequeño edificio rodeado de árboles, a las afueras de Chicago, lo bastante lejos para que reinara el silencio y lo bastante cerca para volver rápido si había una urgencia.

Brynn lo miró en cuanto apagó el motor.

—No sabía que vivías aquí.

—Toda mi vida pasó en el centro de la ciudad, rodeado de tráfico, olores a comida rápida, humedad y polución —dijo Dom pensativo —. En cuanto pude permitírmelo me alejé del centro. Cuando mis hermanos y yo empezamos a ganar dinero de verdad con *Vinyl* y *Velvet*, decidí buscar un lugar más tranquilo, donde poder asentarme, quizá formar una familia, solo que eso no llegó rápido. Hasta ti.

Ella lo estudió con atención. No había fanfarronería en su tono. Solo una calma segura, como si aquel edificio fuera un refugio para él, un hogar que compartir con su persona soñada.

Al entrar, el contraste con su piso inundado fue casi brutal. La casa olía a madera limpia y café. Los suelos de roble brillaban bajo una luz suave que salía de lámparas de pie cuidadosamente colocadas. No había lujos innecesarios, pero sí comodidad en cada rincón: sofás profundos, mantas dobladas con esmero, cojines coloridos que no parecían comprados al azar.

Todo tenía ese aire acogedor de un lugar que no solo se habita, sino que se cuida. Un hogar.

—¿Quieres agua, té, algo?

—Agua, por favor —dijo ella, todavía sujetando el bolso, como si no se atreviera a ponerse cómoda.

Dom le trajo un vaso alto y frío. Brynn lo sostuvo entre las manos, sin beber.

—Puedo dormir en el sofá —murmuró—. Solo será un par de días. No quiero incomodarte.

Dominic negó con la cabeza.

—Tú y yo no somos un inconveniente. No digas eso otra vez.

Brynn tragó saliva.

—¿Y si necesito quedarme más tiempo?

—Solo espero que no quieras irte nunca.

La firmeza en su voz no dejaba lugar a discusión. Pero no era una orden. Era una promesa.

Dom se giró hacia el pasillo.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Ella lo siguió sin hacer preguntas. Subieron por una escalera de madera que no crujía. El piso era un dúplex, de las tres plantas solo la primera no estaba habitada por Dominic.

—Vaya, pensaba que solo era un piso —comentó Brynn sorprendida.

—En realidad todo el edificio es mío —comentó Dom tranquilamente —. La primera planta la ocupa una señora mayor, ella cuida también del jardín trasero y del patio. Nosotros ocupamos el segundo y el tercer piso. Y los bajos son un par de locales alquilados y un garaje para dos coches. Así puedes bajar, descargar la compra o sacar al bebé sin mojarte por la lluvia o pasar frío.

A Brynn no le pasó desapercibida la forma en que decía "nosotros" y hablaba en plural o incluía al bebé en su día a día. Llegaron al segundo piso, que se abría a un distribuidor amplio con un tragaluz en el centro y un pasillo con habitaciones a cada lado. Dom se paró en la segunda puerta de la derecha.

—Esta es la habitación de invitados. Tiene baño privado y armario. Quiero que duermas aquí mientras quieras. Nadie entrará sin tu permiso.

Era amplia, tranquila, con paredes color crema, una cama mullida con sábanas de algodón blanco y una ventana que daba al jardín trasero. Brynn respiró hondo. La paz del lugar casi dolía.

Pero entonces él abrió la siguiente puerta.

Y el aire se le cortó en seco.

La habitación estaba decorada con tonos cálidos y suaves, dominados por un amarillo claro que no hacía daño a la vista. Había un mural pintado a mano, con pequeños soles sonrientes, árboles de todo tipo, nubes con forma de oveja. Una cuna de madera clara con móviles coloridos de fieltro colgando, un cambiador, una mecedora blanca junto a la ventana y una cómoda alta sobre la que había un marco con una foto de Brynn y Tess en la boda de Tess y Max.

Brynn entró sin darse cuenta, tocando la pared con la yema de los dedos como si fuera un sueño.

—Dom… ¿esto…?

—Desde que supe del bebé —dijo él, con voz baja—, redecoré todo el piso. Ya no era para mí solo. Tenía que dejar de ser una casa de soltero. Y convertirme en algo que estuviera a la altura de lo que tú y él… o ella… necesitáis.

Brynn se giró lentamente. Su rostro estaba descompuesto de emoción. Un sollozo desgarrándole la garganta.

—No sabías si iba a quedarme. Ni siquiera si te dejaría estar cerca.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué?

Dominic la miró fijamente. Sus ojos verdes ardían a fuego lento. No titubeó al responder.

—Porque es mi hijo. Y tú eres mi mujer, aunque aún no puedas creerlo. No necesitaba garantías para empezar a proteger lo que amo.

Las palabras impactaron en el pecho de Brynn, cada una de ellas como piedras suaves en el silencio. Ella bajó la mirada. Las lágrimas no llegaron, pero su pecho subía y bajaba como si luchara contra algo enorme. Durante años había vivido con miedo a que alguien la encerrara. Ahora temía no saber cómo dejarse cuidar.

Se acercó a la cuna. Rozó la madera con los dedos. Luego volvió a mirar a Dominic.

—No sé qué decir. —Brynn ignoró las palabras de amor de Dominic. No estaba lista aun para esa enormidad.

—No digas nada.

Ella asintió. Sus labios temblaban.

Y por primera vez desde que entraron, bajó todas sus defensas. Se acercó a Dominic y se abrazó a él por iniciativa propia. No por necesidad. No por miedo. Sino porque, por fin, quería estar ahí. El

terror a ser tocada por un hombre nunca había aplicado cuando se trataba de Dominic. Pero durante meses mantuvo las distancias para no darle esperanzas y por autoprotegerse. Necesitaba sanar, superar lo que Robert le hizo, empezar de cero. Ser capaz de sobreponerse por sí misma. Y ahora por fin, todo empezaba a colocarse en el lugar en el que debía haber estado desde siempre. Con Dominic.

Él la rodeó con los brazos y apoyó el mentón sobre su cabeza, en silencio.

ΔΔΔ

La cocina de Dominic era amplia y funcional, con encimeras de piedra gris, armarios de madera clara y una isla central donde brillaban las ollas de acero. Todo estaba en silencio salvo por el chisporroteo suave del aceite en la sartén.

Brynn se sentó en un taburete alto, los tobillos cruzados y el móvil en una mano mientras la otra acariciaba su enorme barriga de embarazada, observando cómo él picaba pimiento rojo con una habilidad que le provocaba algo más que admiración. Llevaba una camiseta gris ajustada y los antebrazos se tensaban al usar el cuchillo. Había una paz doméstica en él que la desarmaba. Además, nadie tenía derecho a estar tan bueno y ser tan habilidoso con las manos. Solo de imaginar esas manos de nuevo sobre su piel…

—¿Cebolla, sí o no? —preguntó sin levantar la vista, no se había percatado de la mirada hambrienta de Brynn.

—Sí —respondió ella sin pensar.

—¿Mucho ajo?

—Siempre.

Él asintió, aprobando la respuesta como si fuera una prueba secreta.

Brynn sonrió, apenas.

Mientras él cocinaba, marcando con cuidado los ingredientes para una especie de wok saludable con arroz integral y salmón, ella pulsó

el botón de llamada y se llevó el móvil al oído.

—¿Brynn? —La voz de Tess respondió al instante, alerta—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Estoy bien. Estoy con Dom.

—¿Qué ha pasado? ¿Es verdad lo del edificio?

—Sí… —dijo, tragando saliva—. El depósito del agua estalló. El piso está inhabitable. Hemos podido recoger solo algunas cosas.

Al otro lado, Tess resopló.

—¡Joder! ¿Por qué no me llamaste? ¿Dónde vas a dormir?

—Estoy en casa de Dominic. Solo unos días hasta que sepa qué hacer.

—Ven a mi casa —dijo Tess con firmeza—. Parker tiene su cuarto, el sofá cama está nuevo, y Max te montaría una cuna en una hora si se lo pides.

Brynn sonrió con ternura.

—Lo sé. Pero no quiero invadir vuestra rutina, Tess. Estás con mil cosas. Y no es el sitio más tranquilo para un bebé que nacerá en… ¿qué? ¿Cinco semanas?

—Eso no importa. De todas formas, pensaba que te vendrías con nosotros cuando naciera. ¡No iba a dejarte sola en el posparto, ni de coña!

Brynn bajó la mirada. Tocaba el borde del vaso de agua con el dedo índice.

—Tess… —murmuró—. Tengo que decirte algo.

Dominic no interrumpió. Solo bajó el fuego al mínimo y siguió removiendo en silencio. Escuchando. Brynn no estaba escondiendo nada de él en esa llamada, y él iba a respetar ese voto de confianza.

Brynn se armó de valor. El corazón le latía en la garganta.

—En realidad, el plan siempre fue quedarme en mi piso con el bebé. Pero no sola.

—¿Cómo que no sola?

—Pensaba pedirle a Dom que se quedara. O que se mudara. O algo. No lo sé. No tenía claro cómo decírtelo, porque me sentía un poco… no sé. Como si fuera pronto.

Tess guardó un segundo de silencio. Luego:

—¿Y es eso lo que quieres? ¿A Dom contigo?

—Sí —susurró Brynn.

Al otro lado, la voz de su hermana se volvió suave, casi emocionada.

—Entonces me parece perfecto. Pero que sepas que creo que ya era hora. Solo quería que fueras tú quien se diera cuenta.

Brynn rio por lo bajo. Sintió un calor inexplicable subirle por el pecho. Hablaron un poco más sobre el seguro del piso y que Max se haría cargo de todo. El alquiler estaba pagado hasta finales de año, así que podían ir a recoger als cosas cuando quisieran y volverlo habitable de nuevo. Brynn sintió que no regresaría al piso. No era un hogar como la casa de Dom. Cuando colgó, se quedó mirando el fuego de la cocina.

El sonido de la llamada finalizada flotó unos segundos en el aire, como si la conversación con Tess hubiera abierto una rendija por donde se colaban sentimientos que Brynn aún no sabía cómo nombrar.

Dominic se apoyó en la encimera dejando el plato frente a Brynn. Su mirada era tranquila, pero en su voz había una curiosidad que no podía esconder.

—¿Así que… ese era el plan?

Brynn parpadeó.

—¿Qué plan?

—Volver a tu apartamento con el bebé. ¿Y conmigo, quizás?

Ella sonrió sin levantar la vista del tenedor, incapaz de enfrentarlo del todo. Jugó con un grano de arroz antes de responder.

—No lo había dicho en voz alta hasta ahora, pero… sí. Me imaginaba allí. En casa. Yo, el bebé… Y tú, tal vez.

—¿Tal vez?

Brynn rio nerviosa, aunque le ardían las mejillas. Le había dado vergüenza preguntárselo antes, pero eso era lo que verdaderamente deseaba, volver a un hogar con su bebé en brazos y Dom con ellos. Solo que no sabía que ese hogar no era el antiguo piso de Tess. Era aquel dúplex que Dom había decorado para ellos.

—Es solo que… nunca me imaginé esos primeros días en casa de otra persona. Aunque fuera la de Tess. Por muy acogedora que sea, sentir que invado algo ajeno no me habría dejado en paz. Quería algo que fuera mío. Nuestro.

Cuando dijo "nuestro", parecía estar refiriéndose a algo más que a ella y el bebé: Dom estaba esperanzado, por fin empezaba a ver algo de luz al final de ese largo túnel que empezó la noche que Robert agredió a Brynn. Dejó el plato en la encimera y caminó hacia ella con calma.

Se detuvo a su lado. Brynn alzó la vista y se encontró con sus ojos: verdes, intensos y fijos en ella como si no existiera nada más.

—Escúchame bien —dijo, con ese tono suyo que no necesitaba elevarse para llamar la atención—. No estás invadiendo nada, Brynn. Esta casa… esta cocina, esta habitación, ese cuarto del bebé con los soles y los árboles… todo esto existe para ti.

Ella tragó saliva.

—Dom…

—Te quiero aquí. Te quiero a ti. Y quiero a ese bebé. No quiero veros como invitados. Os necesito como parte de este hogar.

El pecho de Brynn se apretó. Su primer impulso fue defenderse, levantar una barrera, hacer una broma para quitarle peso. Pero no lo hizo.

Lo miró. Con el corazón desbordándose en silencio. Y se permitió creer que quizá, solo quizá, aquello que siempre había deseado —

una familia, un hogar, una vida que no doliera— estaba empezando a suceder.

Dominic la acarició con la mirada, y luego susurró:

—Ahora que por fin estás en casa, en mi hogar… voy a hacer todo lo posible para que no quieras irte nunca más.

Brynn bajó la vista, esbozando una trémula sonrisa imposible de retener.

Y no respondió.

Comieron rodeados de un cómodo silencio, lanzándose breves miradas cargadas de todo aquello que no se habían dicho en voz alta, pero que sabían en lo más hondo de su ser. Cuando acabaron Brynn dejó el plato en el lavavajillas y se giró para mirarlo.

—Gracias por la cena. Estaba deliciosa.

Dominic, aún apoyado en la encimera, se limitó a asentir, observándola con esa quietud intensa que la desarmaba. Brynn notó cómo su cuerpo respondía a esa mirada, cómo se encendía algo bajo la piel, un calor suave que no venía de la comida.

—Creo que voy a acostarme. Estoy agotada —añadió, envolviéndose con los brazos, un acto reflejo de autoprotección.

—Claro —respondió él. Su voz era grave, baja, como si no quisiera romper la calma que se había instalado entre ellos—. Buenas noches, Brynn.

Ella se giró hacia la escalera, pero antes de subir, escuchó su voz de nuevo.

—Aunque… —dijo Dom, sin moverse—. Quién sabe. Tal vez pronto no duermas en la habitación de invitados.

Brynn se detuvo en seco.

Giró el rostro por encima del hombro. Su cabello castaño cayó sobre un lado de su cuello, y Dominic lo notó todo: el temblor imperceptible de su respiración, la forma en que sus pupilas se dilataron, cómo apretaba los labios para no sonreír.

—Ah, ¿no? —preguntó con un tono suave, casi juguetón.

—No si todo sigue avanzando como esta noche —replicó él, caminando lentamente hacia ella.

Brynn lo observó acercarse, sintiendo cada paso como un pequeño sismo en el suelo.

Dominic no la tocó. No la presionó. Se detuvo a escasos centímetros, lo justo para que ella sintiera su calor, su olor y su presencia envolvente. Sentía un leve mareo por tenerlo tan cerca, solo necesitaba adelantar un poco su mano o dar un pequeño paso y sus cuerpos entrarían en contacto. Bueno, más bien, el duro y musculoso cuerpo de Dominic y su enorme barriga de embarazada.

—En mi habitación hay espacio para dos —susurró Dom—. Y para una cuna, si hace falta. Eso es lo que hace una familia.

Brynn alzó el rostro hacia él. Sus ojos brillaban, y no solo por la luz cálida del techo. Por primera vez en años, no tenía miedo de que la desearan. No se sentía usada, ni observada como un trofeo. Se sentía… elegida. Válida.

Lo deseaba a él. Con todas sus fuerzas. Sentía muy hondo que él era el único capaz de tocarla y despertar en ella un deseo abrasador, nunca sentiría rechazo por Dom.

Dominic se inclinó un poco, muy despacio, hasta que sus labios rozaron la mejilla de ella. No fue un beso de amante. Fue uno que quiso ser casto y no lo consiguió.

Brynn tembló. Cerró los ojos un instante. Podía oler su piel, su colonia limpia y masculina, el calor que irradiaba su pecho ancho y duro. Podía notar su respiración cálida en la mejilla cuando habló, apenas un susurro:

—Buenas noches, Brynn.

Ella abrió los ojos y se quedó inmóvil, sin saber si avanzar o quedarse.

—Buenas noches, Dom —la voz salió mucho más estrangulada de lo que pretendía.

La forma en que ella dijo su nombre abreviado le hizo apretar la mandíbula, su cuerpo tenso, conteniendo las ganas que tenía de tocarla, de tomarla en sus brazos y no soltarla jamás.

Brynn se encaminó a su habitación en silencio, sintiendo la mirada de él clavada en la espalda, subió las escaleras despacio, esperando que la detuviera. Arriba, al llegar al final del pasillo, se detuvo frente a la puerta de la habitación de invitados. Apoyó la frente contra la madera, cerró los ojos y susurró en voz baja:

—Dios… voy a enamorarme de ti del todo, ¿verdad?

Lo dijo bajito, solo para ella. Como una verdad inevitable.

CAPITULO 2

El sol se filtraba con suavidad por las ventanas de la cocina, iluminando la estancia con la luz pálida del amanecer. Brynn se había despertado temprano, sola en la cama de la habitación de invitados, y tras una ducha templada que le despejó las ideas, sintió un impulso repentino y cálido: quería cuidar de Dominic, aunque solo fuera con un desayuno.

Había dormido con una camiseta de Dom, blanca, larga y ancha, que olía a detergente fresco y a su piel. La había encontrado en el cesto de la colada la noche anterior, en un impulso decidió quedársela, olía a él y era lo más cerca que podía estar de dormir entre sus brazos. Era un triste consuelo, pero su olor la envolvió toda la noche alejando las pesadillas que normalmente la azotaban de madrugada.

Bajo la tela, nada más.

Tras la ducha y con el pelo húmedo, decidió vestirse con unos pantalones de yoga para embarazadas nada atractivos y la camiseta que le había robado a Dom. De esa guisa se dirigió descalza sin hacer ruido hacia la cocina.

Una vez llegó allí, inspeccionó todos los armarios. Era una cocina bonita y cómoda, hecha para ser usada y curiosamente tenía de todo. Utensilios de cocina, menaje, sartenes de acero inoxidable, una parrilla enorme, una crepera profesional y una gofrera a la que le echó el ojo hacía meses. Una vez le comentó a Dom que le encantaba hacer gofres caseros, no quería ilusionarse con la idea de que Dom la hubiera comprado para ella, pero no podía evitar pensar que era justamente eso lo que él había hecho.

Se movía con tranquilidad, había cortado pan y lo había puesto a tostar lentamente, preparando a la vez una tortilla jugosa y caliente con queso, como sabía que a Dom le gustaba. Un plato de jamón reposaba en la encimera, cubierto con un paño. La cafetera burbujeaba suavemente, llenando el aire con el aroma reconfortante del café recién hecho.

Mientras ponía los últimos detalles en la mesa, escuchó pasos pesados y seguros aproximándose desde el pasillo. Brynn se giró justo a tiempo para verlo aparecer.

Dominic llevaba un pantalón gris de chándal bajo, sin camiseta, el torso desnudo, fuerte y amplio, aún con la piel ligeramente húmeda de la ducha, por primera vez vio el tatuaje tribal fino y alargado que iba desde su esternón hasta más allá de la línea del elástico del pantalón. El pelo oscuro revuelto, los ojos entrecerrados de sueño, la mandíbula sombreada por la barba incipiente.

—¿Esto es para mí? —murmuró con una media sonrisa, rascándose distraídamente el abdomen mientras la miraba.

Brynn asintió con una sonrisa tímida.

—Te lo debía. Siempre estás tú cuidando de mí. Me apetecía que alguien te cuidara a ti por una vez.

Dominic se acercó, sin dejar de mirarla. Cuando estuvo frente a ella, pasó un dedo por la manga de su camiseta, suya, y se la bajó un poco del hombro, acariciándole la piel con un gesto tan simple como íntimo.

—No me debes nada, Brynn —dijo con voz grave, ronca aún de recién levantado—. Pero si cocinarme el desayuno te hace sentir bien, adelante. Aunque solo te advierto una cosa…

Ella alzó una ceja, divertida, mientras servía el café.

—¿Ah, ¿sí? ¿Y qué cosa es esa?

Dominic se acercó por detrás, la atrapó con una mano firme en la cadera y susurró junto a su oído:

—Si empiezas a cuidarme como dices, pienso hacer que te quedes aquí para siempre. En esta casa. En esta cocina. En mi cama. Que tengas a este bebé conmigo… y alguno más después.

Brynn se quedó completamente quieta. El vapor del café ascendía entre ellos como una nube densa, pero no era eso lo que la mareaba.

El tono de su voz no había sido una promesa vacía ni una declaración impulsiva. Había pronunciado cada palabra con una seguridad pasmosa. Dominic no tenía ninguna duda sobre ellos, ni sobre criar al bebé. No era la primera vez que insinuaba algo así, pero sí era la primera vez que lo decía como si fuera algo inevitable.

Ella se giró lentamente, con el corazón latiendo como un tambor en el pecho. Lo miró a los ojos verdes. No había traza de duda en ellos, tenía esa sonrisa perezosa de recién levantado pero los ojos brillaban despiertos y alerta, evaluando su reacción.

—¿De verdad quieres eso? —preguntó con voz baja, vulnerable, casi como si no se atreviera a soñar tan alto.

—Lo he querido desde la primera vez que te vi sonreír. Pero tú estabas atrapada en el infierno, tenías que hacer tu propio camino de curación hasta llegar aquí sin miedo, conmigo. Ahora ya no hay miedo, ¿verdad?

Brynn lo miró en silencio. No lo había notado hasta ese momento, pero era cierto. No sentía miedo. Sentía deseo. Esperanza. Ilusión. Y una necesidad imposible de ignorar.

—No —susurró—. Ya no tengo miedo.

Dom bajó la mirada a sus labios, luego a su camiseta. La tela cubría su vientre hinchado de forma holgada, el escote redondo y un poco ancho para ella dejaba entrever su hombro izquierdo y sus pechos grandes y jugosos, sin sujetador, se marcaban descarados contra la tela blanca.

—Estás preciosa así. —La voz le salió áspera—. Tan jodidamente preciosa que me cuesta respirar.

Brynn sonrió, bajando un poco la mirada, abrumada por la intensidad de él. Luego alzó el mentón.

—Tú tampoco estás mal —dijo, dejando que sus dedos recorrieran su abdomen desnudo, bajando lentamente hasta la cintura del pantalón de chándal.

Dominic capturó su mano con la suya, fuerte, templada. Le dio un beso en los nudillos.

—Desayuna conmigo —dijo con una sonrisa ladeada.

Se sentaron a la mesa redonda, Dom acercó su silla a la de Brynn hasta el punto de que sus muslos se rozaban todo el tiempo. Empezaron a comer de forma relajada, charlando de todo y de nada, con miradas cargadas de deseo y silencios cómodos que hablaban por sí solos. Brynn se sentía inusualmente ligera, como si al preparar ese desayuno hubiese roto alguna barrera invisible que había entre ellos.

No podía creer lo fácil que era estar con Dom, charlar con él, estar con él. Nunca se había dado cuenta de lo difícil que fue con Robert al principio, cumplir con sus exigencias, con sus órdenes sin sentido, hasta que todo se volvió más oscuro y violento. Pero con Dom no era así, era todo lo opuesto, no tenía miedo de derramar nada, ni de tener un momento de torpeza. Y se dio cuenta que así era justamente como debía ser, como debía haber sido.

Dom comía con apetito, mojando el pan tostado en el jugo del jamón con una sonrisa serena en los labios, como si no pudiera creerse del todo que esa escena fuese real: ella, con su camiseta, frente a él, en su cocina, desayunando juntos como una pareja cualquiera. Como una familia.

—Haces una tortilla perfecta —murmuró con la boca medio llena—. Si no estuviera ya convencido de hacerte mi mujer, esto lo habría sellado.

Brynn rio, con un leve rubor en las mejillas.

—Es lo mínimo después de todas las veces que has venido a la floristería con un café y un muffin de pistacho sin pedir nada a

cambio —respondió, alzando la taza hacia él—. Te debo más desayunos de los que puedo contar.

—No me debes nada —repitió Dom, con esa calma protectora que lo definía—. Pero sí que me gustaría compartir muchos más contigo. Y con ese pequeño inquilino que llevas dentro.

Brynn bajó la mirada hacia su vientre hinchado, no creía posible que pudiera crecer más, pero aún quedaban más de cuatro semanas para dar a luz, así que la cosa seguramente se acabaría poniendo del tamaño de una casa.

—Hoy voy a empezar a organizar cosas —comentó—. Como es sábado y la floristería está cerrada, pensaba quedarme en casa, repasar qué se perdió con la inundación del apartamento, hacer una lista para reponer lo más importante. Las cosas del bebé…

—Puedo ayudarte esta noche, si no estás demasiado cansada.

Ella negó suavemente.

—Esta noche tú trabajas.

Dom suspiró, sabiendo que no podía evitarlo.

—Sí, tengo que ir a *Vinyl*. Los sábados son una locura y anoche ya me escaqueé. Max me necesita allí.

—Lo sé. —Brynn le sonrió con comprensión sincera—. Y me alegro de que lo hicieras. Que te quedaras conmigo y que me hagas un hueco en esta casa.

Dom dejó el tenedor a un lado y estiró la mano sobre la mesa hasta coger la suya. La apretó con firmeza, mientras la miraba fijamente a los ojos para captar su atención. Brynn se había dado cuenta a lo largo de los últimos meses que esa era la forma en que Dom comunicaba algo importante, manteniendo la plena atención de la otra persona. Por eso sabía que lo que Dom le dijera en ese momento era importante y absolutamente cierto.

—Esta casa siempre ha sido tuya, Brynn. Solo faltabas tú para que se sintiera viva.

Ella tragó saliva con suavidad. Cuando Dom le decía esas cosas las palabras se le atascaban en la garganta, porque quería corresponderle, decirle todo lo que guardaba en su alma. El problema es que seguía sintiendo vértigo de verbalizarlo todo, no era miedo, solo que sabía que cuando dijera en voz alta lo mucho que sentía por Dom todo se haría realidad, y ahí es cuando las cosas podían torcerse. El riesgo la seguía manteniendo anclada en la prudencia.

—¿Qué harás hoy? —le preguntó Brynn, cambiando de tema, pero buscando seguir en ese tono cálido, doméstico.

—Pasaré por *Vinyl* por la tarde. Antes tengo que reunirme con Landon para cerrar un par de temas de contabilidad. Después ayudaré con la logística del evento de esta noche. Ya sabes cómo se pone eso los sábados.

Brynn asintió. Había estado varias veces en *Vinyl*, tanto con Tess como con Ivy. Sabía que, entre bastidores, ese lugar no era solo un club, era un ecosistema: seguridad, reglas, acuerdos de negocios y fiestas privadas exclusivas.

—Volveré tarde —añadió él, con cierta culpa en la voz—. Pero si necesitas cualquier cosa… si te mareas, si te sientes mal, si te agobias con las cajas o con las cosas del bebé, me llamas. ¿Sí?

Brynn se inclinó sobre la mesa y lo besó suavemente en la mejilla. Dom se quedó muy quieto, sin querer romper la magia del momento. Ese simple gesto, inocente y cariñoso, parecía un paso de gigante entre Brynn y él, sobre todo porque era ella la que había iniciado el contacto.

—Estaré bien. —dijo Brynn, sus dedos rozaron los de Dom con cariño—. Solo necesito que vuelvas.

La mirada de Dom se suavizó.

—Siempre vuelvo a casa, Brynn. Y ahora casa eres tú.

Ella no respondió, solo apretó con fuerza su mano, y por primera vez en muchos años sintió que su mundo no se deshacía, sino que se estaba construyendo.

ΔΔΔ

Dom salió de casa con una sonrisa que no podía borrarse del rostro. Brynn estaba en su casa. En su sofá, con una novela en las manos y los pies en alto sobre un cojín como él le había insistido, con su camiseta blanca aun puesta. Había besado su mejilla de nuevo antes de salir y le había dicho con voz suave: *"Ve tranquilo. Estoy bien. Solo vuelve cuando termines."*

Esa mujer lo estaba matando lentamente, pero de amor. De ternura. De deseo contenido desde hacía demasiado tiempo.

Condujo hasta *Vinyl* con la ventanilla bajada, la mano apoyada en el volante, el pelo agitándose al viento. Al entrar en el local, aún vacío, el eco de sus pasos retumbó en la pista. La luz cenital iluminaba a Max y a Pax, que estaban en medio de la sala junto a dos chicos nuevos del equipo de seguridad, dando instrucciones con su estilo serio y profesional.

Desde que Julie y Eder habían sido ascendidos a *Velvet*, necesitaban nuevos camareros con rapidez. Esa noche *Vinyl* estaría a reventar. Dom saludó a Max con una seña breve y se encaminó al despacho trasero para prepararse para la videollamada con el inversor que estaban tanteando para abrir una tercera línea de negocio.

Pasó por delante de la barra VIP y mentalmente anotó que debía revisar el contrato del nuevo barman. Había que reformar esa sección antes de noviembre si querían duplicar ingresos para Navidad. La nueva campaña de márquetin ya estaba en marcha, pero todavía faltaban detalles.

Todo eso pensaba mientras cruzaba la pista. Hasta que su móvil vibró en el bolsillo trasero.

Vio el nombre en la pantalla:

Gabriella Thorne

Y una punzada de intuición se le clavó en el estómago.

—Gabi —saludó al contestar, encaminándose a las escaleras que subían hasta la planta donde se encontraba su despacho, el de Max y la sala de control de seguridad junto a la sala de los empleados.

La voz de Gabriella sonó directa, sin preámbulos.

—Necesitamos hablar, Dom. Y no va a gustarte.

El cuerpo entero de Dominic se tensó.

—Habla.

—Mi contacto en la cárcel del condado me ha informado de que alguien visitó a Robert Thomas la semana pasada. —Su tono era cortante, directo al grano como siempre—. Le contaron que Brynn está embarazada.

El mundo se detuvo durante un segundo. El corazón empezó a bombear más rápido haciendo que la inquietud le atenazara el pecho.

—¿Quién coño fue? —preguntó Dom en voz baja, peligrosa.

—Aún no lo sabemos. Solo sé que Robert ahora sabe que Brynn espera un hijo. Y ha empezado a moverse.

Dom cerró los ojos. No podía respirar bien.

—El divorcio está cerrado desde hace meses. No tiene ningún derecho.

—Legalmente no, pero eso no impide que mueva hilos. Su abogado de oficio ha presentado una solicitud preliminar ante la jueza Simmons. Está intentando forzar una prueba de paternidad. Quiere que el Estado reconozca su derecho como posible padre biológico del bebé.

Dom sintió que algo oscuro y brutal empezaba a subir por su garganta. Tenía ganas de gritar, de maldecir, de romper cosas. Su habitual serenidad volando por la ventana mientras cerraba con fuerza el puño y tensaba aún más la mandíbula.

—Ese bebé no es suyo —gruñó—. No importa lo que diga. No lo será nunca.

Gabriella hizo una pausa.

—Tú y yo lo sabemos, Dom. Pero jurídicamente, si no hay una prueba que lo descarte o un padre legal reconocido, la ley deja la puerta abierta. Y si la jueza da luz verde, Robert podría tener voz en decisiones médicas. En visitas. En la custodia.

—No —Dominic lo dijo con una furia contenida, helada—. No va a acercarse a ese bebé. Ni a Brynn. Ni en esta vida ni en la próxima. Se lo prometí a Brynn y son mi familia, Gabriella, mía. De nadie más.

—Entonces prepárate —dijo Gabriella con firmeza—. Porque esto va a ser una guerra. Robert está resentido, violento y desequilibrado. Es un capullo y no demasiado inteligente. Pero si un abogado lo guía, si se mueve por el sistema como víctima, puede hacernos daño. Aunque no gane al final. Solo el proceso legal puede suponer para Brynn orto trauma, y para ese bebé también.

Hubo un silencio espeso.

Dom apoyó la mano en la pared de ladrillo visto, como si necesitara anclarse a la tierra.

—¿Lo sabe ella?

—No. No hasta que tú se lo digas.

Dom asintió para sí, apretando los dientes.

—Esta noche se lo contaré. No quiero que lo escuche de nadie más.

—¿Estás preparado para el tsunami emocional que eso puede desencadenar?

—Estoy preparado para todo, Gabriella. Si se viene abajo, la sostendré. Si quiere llorar, la abrazaré. Y si Robert intenta algo más… —hizo una pausa, y su voz bajó a un tono que helaba el alma—. Lo haré desaparecer sin dejar rastro.

Gabriella no se inmutó.

—Yo no he escuchado eso, pero tienes a tus hermanos y a tus aliados si hace falta. Blinda a Brynn y prepara a las tropas.

—Gracias, Gabi.

Colgó.

Durante unos segundos no se movió. Y luego caminó hacia su despacho con la determinación de un hombre que acababa de entrar en guerra. Respiró lento y constante, intentando recuperar su serenidad y la frialdad necesaria. Pero no lo consiguió.

En su despacho el silencio era absoluto. Demasiado absoluto. Hasta que el rugido de furia de Dominic Vance rasgó el aire como un disparo.

Con un solo movimiento brutal, lanzó su teléfono contra la pared de ladrillo con tanta fuerza que el aparato rebotó en el suelo hecho trizas, salpicando fragmentos de cristal por toda la alfombra. Su pecho subía y bajaba como el de una bestia herida.

La rabia más primaria y antigua lo controlaba, una rabia nacida del instinto más primario: proteger a los suyos.

Robert. Ese malnacido. Ese hijo de puta cobarde. Ese monstruo que había hecho tanto daño a Brynn, que casi la mata a golpes. No iba a acercarse al bebé. Jamás. No iba a tocarlo. No iba a verlo. No iba a tener ni una fotografía.

Y si hacía falta quemar el mundo para impedirlo, Dominic prendería la cerilla con sus propias manos.

La puerta del despacho se abrió con un golpe seco. Max entró de inmediato, alerta, los ojos escaneando la escena. Lo primero que vio fue el teléfono destrozado. Lo segundo, a Dom en el centro del despacho, con los puños apretados, el rostro transformado en pura ira.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó Max, cerrando la puerta detrás de él.

Dom lo miró, los ojos ardiendo.

—Robert sabe que Brynn está embarazada. —Cada palabra era una piedra afilada—. Y su abogado quiere iniciar los trámites para solicitar una prueba de paternidad.

Max no respondió enseguida. Cerró los ojos un segundo, como si necesitara procesarlo, como si tuviera que contener su propia furia para no reventar la estancia.

—¿Cómo coño lo ha sabido?

—Una visita en la cárcel. Gabriella aún no tiene el nombre. —Dom soltó una carcajada seca, sin humor—. Quiere jugar la carta del padre víctima. El cabrón quiere derechos.

Max se pasó la mano por la mandíbula, endureciendo el gesto.

—¿A qué juez ha acudido?

—Simmons. Ya la conoces. Correcta. Legalista. Pero si Robert consigue que parezca que hay una duda razonable sobre la paternidad, puede que abra la puerta a una prueba. —La voz de Dom se volvió más baja, oscura—. Y si consigue esa prueba…

Max frunció el ceño.

—No podemos dejar que eso ocurra.

Dom golpeó la mesa con el puño, sin contenerse.

—Ese hombre la violó, Max. La golpeó hasta dejarla inconsciente. La maltrató durante años. Le destrozó la vida. Y ahora quiere tener voz sobre un bebé que ni siquiera sabe si es suyo. No lo voy a permitir.

—Lo sé. —Max habló con una firmeza densa—. Y yo tampoco.

Hubo un silencio denso. Ambos sabían lo que estaban pensando.

Hacerlo desaparecer.

En la cárcel. Fácil. Rápido. Sin dejar rastro.

Pero también sabían que ahora, cualquier paso en falso podía volverse contra ellos.

—Si le pasa algo a Robert ahora… —murmuró Max—. Serás el primero en estar en la lista. No podemos arriesgarnos.

—¿Y si pone una denuncia pública? ¿Y si algún juez idiota le da acceso al bebé? ¿Y si llega a verla?

—Gabriella es la mejor. Ya está moviendo todo. Podemos bloquear cada movimiento. Poner contramedidas legales. Presentar informes médicos, pruebas psicológicas del trauma, documentar la violencia. —Max se acercó y le apoyó una mano firme en el hombro—. Pero lo más importante ahora es que Brynn no esté sola. Ni un segundo.

Dom respiró hondo. Le dolía hasta el alma.

—Aún no se lo he dicho. —Su voz se quebró apenas—. Hoy estaba tan feliz. Le preparé el sofá, su libro, los pies en alto… joder, Max. Está bien por primera vez en años. Y ahora esto.

Max apretó su hombro con más fuerza.

—Entonces cuéntaselo con calma. Con cuidado. Hazle saber que no está sola. Y que nosotros no vamos a dejar que ese cabrón toque un solo pelo de ese bebé. Ni a ella.

Dom asintió, conteniendo las lágrimas que ardían en la garganta, llenando sus ojos de humedad. No iba a llorar. No ahora. Tenía que aguantar. Por Brynn y por el bebé.

Dom se dejó caer en el sillón del despacho, los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos, frotando su frente, intentando determinar la mejor manera de decírselo a Brynn, porque sabía que el peor miedo de ella era que Robert supiera del embarazo y volviera a entrar en sus vidas, y él iba a ser el portador de las malas noticias.

Max seguía de pie, con los brazos cruzados, observándolo en silencio. Sabía que Dom estaba al borde. Que, si no lo paraban, haría algo irreversible.

—Tenemos que decírselo a Tess —dijo Max al fin.

Dom alzó la mirada, confuso.

—¿A Tess?

—Sí. —Max se acercó, apoyando las manos sobre la mesa—. No podemos dejar que esto lo lleves solo. Brynn está embarazada de treinta y siete semanas, Dom. Es vulnerable. Y si hay alguien que sabe cómo decirle una verdad difícil con delicadeza y sin hacerla sentir culpable, es su hermana.

Dom bajó la mirada. Tenía razón. No podía hacerlo solo. No si quería hacerlo bien. No si quería que Brynn no se sintiera invadida o amenazada.

—Vale. Llámala.

Max sacó el móvil del bolsillo, marcó. Esperó solo un par de tonos.

—Cariño, ¿todo bien con Parker? —contestó Tess al momento.

—Sí, Parker está perfectamente, lo dejé esta mañana en el campus de verano sin problemas. —Su voz era tensa, sin preámbulos—. Tenemos un problema. Y es grave. Es sobre Brynn.

Silencio.

—Habla— exigió Tess tensa.

—Robert lo sabe. Lo del embarazo. Ha empezado a moverse legalmente. Está intentando solicitar una prueba de paternidad y presionar al juzgado para tener derechos sobre el bebé.

Al otro lado solo se oía la respiración acelerada de Tess. Max cerró los ojos un segundo, sabía sin palabras que Tess estaba al borde, cabreada y fría era como una bomba atómica a punto de explotar.

—Nosotros también estamos furiosos. Pero hay que ir con cabeza. Vamos a contárselo hoy mismo. Te necesitamos con nosotros. En casa de Dom. ¿Puedes venir a mediodía?

—Allí estaré —la voz de ella firme y peligrosa —¿Max?, si esto de Robert *Cabrón* Thomas se pone feo habrá que llamar a Sam o a Maksim, no me importa lo que cueste, o lo que haya que hacer, lo favores que tengamos que pedir. Ese malnacido no vuelve a mirar a mi hermana, mucho menos al bebé.

—Nena, estamos en la misma página en esto, pero de las cosas sucias nos encargaremos los chicos y yo. Y Tess... —bajó la voz—. No le digas nada aún. No hasta que estemos los tres.

—Vale —acordó Tess. —Saldré en unos minutos del hospital, pasaré por casa a darme una ducha, comer algo rápido y me reúno con vosotros en casa de Dom.

—Hasta luego, nena —se despidió Max.

—Hasta luego, amor.

Colgó y volvió a mirar a Dom.

—Vendrá en cuanto salga del hospital. A mediodía estaremos los tres contigo. Y con ella.

Dom asintió despacio, tragando el nudo que se le había formado en la garganta.

—No sé cómo decírselo sin romperla, Max. Ha pasado por tanto… y ahora que por fin empezaba a sonreír otra vez...

—No va a romperse —intervino Max con firmeza—. Brynn no es de cristal. Está hecha de acero. Hay poca gente que pasaría por lo que ella ha pasado y continuaría sin perder lo que ella es, su amabilidad y su dulzura. Lo que necesita es saber que no está sola. Que tú estás con ella. Que yo también. Que su hermana la protege. Y que Robert no tiene ni la más mínima posibilidad de tocar a ese bebé.

Dom respiró hondo.

Asintió.

—Vale. A mediodía.

Se quedó mirando el teléfono destrozado en el suelo. Se agachó y recogió los fragmentos con cuidado, sin decir nada más.

En su mente, ya se estaba preparando para la conversación más dura de su vida.

Porque si alguien volvía a intentar hacerle daño a Brynn… Iban a descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

CAPITULO 3

La luz del mediodía entraba suavemente por los ventanales del piso de Dominic, acariciando los muebles nuevos con un resplandor cálido. El ambiente olía a verano, a madera natural y a colada recién hecha. Brynn estaba de pie en la habitación del bebé, descalza, con una taza de té en las manos y una expresión de asombro silencioso en los ojos.

Dominic lo había preparado todo. La cuna de madera clara, las estanterías con cuentos infantiles, los peluches suaves colocados con esmero. Incluso había una mecedora junto a la ventana y un humidificador en forma de oso. Brynn paseó los dedos por la cómoda donde ya había ropa doblada, pequeños bodis blancos, pijamas con estampados de hojas y un par de patucos tejidos a mano.

Su pecho se llenó de una emoción dulce y punzante. Ella no había pedido nada de aquello, y, sin embargo, todo estaba ahí. Pensado, elegido y preparado. No para un bebé en abstracto, sino para su bebé.

Suspiró, sentándose en la alfombra redonda color mostaza. Apoyó el móvil sobre sus muslos y abrió varias pestañas de internet. Necesitaba reponer muchas cosas que se habían perdido en la inundación: biberones, muselinas, mantas, chupetes... Añadió varios artículos a su carrito digital, marcando los que podrían llegar en dos días. Hizo una nota mental de salir a comprar ropa en persona: quería elegir los tejidos, tocar las fibras, imaginar a su bebé dentro de cada prenda.

Después bajó a la cocina, el estómago rugiéndole con ese apetito insaciable que el embarazo le había regalado. Se preparó una ensalada templada con pollo, aguacate y arroz salvaje. Acababa de poner el plato sobre la mesa cuando escuchó el sonido del ascensor.

Frunció el ceño. No esperaba a nadie. El ascensor solo subía hasta su piso, en la primera planta solo vivía la inquilina de Dominic y no utilizaba el ascensor para nada.

Unos segundos después, la puerta se abrió.

Dejó el tenedor sobre la encimera y se levantó de la silla. Dio un par de pasos hacia el recibidor justo a tiempo para ver entrar a Dominic... seguido de Max... y de Tess.

Se quedó inmóvil.

El corazón le dio un vuelco seco en el pecho.

No hablaban. Solo la miraban. Max con el ceño fruncido, Tess con una expresión suave pero preocupada. Y Dominic… Dominic tenía la mandíbula tensa y los ojos oscuros, como si luchara por mantener la calma.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Brynn, en voz baja, sin moverse del marco de la puerta.

El silencio fue espeso, algo temeroso. Tess bajó la mirada. Max le puso una mano firme en el hombro a Dominic. Y él, por fin, la miró de frente.

Brynn comprendió, en ese instante, que nada bueno podía venir de esa visita. El aire en la sala se volvió denso.

Tess fue la primera en moverse, se acercó a ella y la condujo hasta el sofá sentándose a su lado, su tono suave y firme, como si intentara amortiguar una caída inevitable.

—Brynn, cariño… antes de que te asustes, necesito que sepas que estamos todos contigo, ¿vale? —comenzó —. No estás sola. Pase lo que pase, lo resolveremos como una familia.

Brynn frunció el ceño y miró de uno en uno a los tres presentes. Max no decía nada, con los brazos cruzados, apoyado en la pared como

si ya supiera que esto iba a ser una bomba difícil de desactivar. Dom estaba frente a ella, sentado en el sillón individual, los codos apoyados en las rodillas, las manos enlazadas y los nudillos blancos por la tensión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Brynn, con una voz firme y sin temblor. Sabía que no eran buenas noticias. Nadie se presenta de improviso con ese tipo de energía en el ambiente si no va a derrumbar algo.

Tess apretó los labios, buscando las palabras.

—Han pasado… cosas. Gabriella ha estado en contacto con algunas personas...

—Tess —interrumpió Dominic con un suspiro hondo, cortando de raíz los rodeos—. Ya basta.

Se inclinó hacia Brynn, sus ojos fijos en los de ella, la voz profunda, grave y con un tinte de rabia contenida.

—Robert sabe que estás embarazada.

El silencio fue inmediato. Total.

Brynn se soltó del agarre mortal de la mano de Tess, se pasó una mano por el vientre abultado y otra por la frente.

—¿Cómo…? —susurró Brynn, Intentando comprender la magnitud de esa noticia, las posibles consecuencias.

Dom continuó, sin apartar la mirada.

—Asume que el bebé es suyo. Gabriella nos ha informado que ha iniciado, desde prisión, los trámites para una posible prueba de paternidad. Quiere que se la autoricen. Y con eso… está pidiendo custodias, derechos legales, acceso al bebé, y en última instancia a ti.

Brynn no pestañeó. No gritó. No rompió a llorar. Solo se quedó en silencio.

Tess se giró lentamente hacia ella, preocupada. Su hermana parecía hecha de mármol. La respiración era pausada. Su cuerpo no

temblaba. Sus ojos, sin embargo, parecían apagados, ausentes. Brynn estaba atrapada en algún recuerdo, y no era uno bueno.

—Brynn —dijo Tess con cautela—. ¿Estás bien?

Dominic se removió en su asiento, tenso, incómodo. Esa calma… lo aterraba.

—¿Por qué estás tan tranquila? —preguntó al fin, incapaz de contenerlo más.

Brynn bajó la mirada hacia su vientre. Se llevó una mano al abdomen, protegiendo a su bebé. Cuando volvió a alzar el rostro, su expresión había cambiado. Ya no era una mirada ausente. Era de acero.

—Porque Robert no va a conseguir nada sobre este bebé.

Su tono era tan frío que se sentía como una amenaza. Tess tragó saliva.

—¿Qué quieres decir?

Brynn giró la cabeza y miró directamente a Dominic. Sin temblor. Sin duda. Solo con una determinación gélida que nadie le había visto antes.

—Quiero decir que, antes de que un juez me fuerce a nada, antes de que alguien me arrebate al bebé… yo misma mataré a Robert.

Nadie respiró.

Tess abrió la boca, pero no sabía que responder a tal afirmación.

Dominic parecía una estatua, paralizado ante la certeza brutal de esas palabras.

—Iré a ver a Maksim Volkov. Yo. Personalmente —continuó Brynn—. Le pediré el favor, lo miraré a los ojos y aceptaré lo que me pida a cambio. No tengo miedo. Lo único que me importa está creciendo dentro de mí.

Max se movió entonces, alejándose de la pared. Su voz fue baja y firme, ese tono de autoridad que lo caracterizaba.

—No hará falta.

Brynn lo miró con cejas alzadas.

—¿Ah, ¿no?

Max negó despacio.

—Maksim ya está al tanto. Le he dado un resumen básico de la situación. No necesitas sentarte frente a él ni negociar nada. Yo me encargaré. Lo pondremos en marcha. Robert no saldrá nunca más de prisión. Ni verá tu cara. Ni la del bebé. Te lo juro.

Brynn lo observó un largo segundo, evaluando si podía creerle. Después, con una lentitud casi solemne, asintió.

—Bien.

El silencio volvió a caer, esta vez más denso. Tess tenía los ojos humedecidos. Dominic seguía sin palabras, su corazón golpeando contra las costillas.

Durante unos segundos, nadie se movió. Nadie habló.

Pero Dominic, desde su asiento frente a Brynn, sintió algo cambiar. Algo definitivo.

Sus ojos no solo la miraban. La veían. Como si por fin, después de meses de sombras, la mujer que tanto amaba hubiera regresado completamente a la vida.

No era la Brynn temblorosa del hospital. Ni la que se escondía en habitaciones de invitados. Ni la que callaba y contenía los gritos tras cada pesadilla. Era otra. Era nueva. Y al mismo tiempo, era ella misma por fin.

Sus hombros ya no se encogían. Su mirada no bajaba. Y el nombre de Robert ya no la hacía temblar. Lo pronunciaba con desprecio, sin miedo.

Libre. Brynn era libre del fantasma de Robert, de ese que la aterrorizaba en la sombra. Ahora ni siquiera la posibilidad de enfrentar al Robert de carne y hueso le daba miedo.

—Ya no le temes —dijo Dom en voz baja, como un susurro asombrado—. Has dejado de tenerle miedo.

Brynn lo miró con algo parecido a ternura, pero más feroz. Como si su mirada dijera *Ya era hora, ¿no crees?*

Tess asintió lentamente, rompiendo el silencio con suavidad.

—Gabriella nos ha confirmado que no se autorizará ninguna prueba de paternidad hasta después del nacimiento del bebé. Y cuando nazca… —su tono cambió, cargado de una sonrisa contenida— no hará falta ninguna prueba.

Max soltó un bufido irónico. Brynn alzó una ceja, confusa.

Tess rio entre dientes.

—Robert es pálido como un papel y rubio desvaído. Y el otro posible padre de tu hijo —señalóa Dominic con el pulgar— es un hombre que tiene sangre nativa americana y la piel olivácea más sexy de todo Chicago.

—¡Oye! —protestó Max, medio sonriendo.

Pero fue Dominic quien habló, su voz como acero envuelto en terciopelo.

—No importa el color de piel del niño —dijo, mirando a Brynn sin apartar los ojos ni por un instante—. No importa el ADN. Ni la biología. Ni los papeles. Robert puede pedir lo que quiera, pero da igual. Ese bebé ya tiene padre.

Hizo una pausa.

Y luego, con voz firme:

—Su padre soy yo.

El silencio cayó otra vez. Pero esta vez fue distinto. Era un silencio cargado. El tipo de silencio que lo llena todo de emoción.

Los ojos de Brynn se clavaron en los de Dominic. Ya no había sorpresa. Ni duda. Solo deseo.

Puro. Salvaje. Inevitable.

Sintió cómo el pulso le golpeaba en el bajo vientre, donde su cuerpo la traicionaba con hambre. El mismo cuerpo que había aprendido a tenerle miedo a los hombres, ahora vibraba con la idea de montar a

Dominic hasta quebrarlo. Hasta dejarlo sin palabras. Hasta que no quedara espacio entre ellos.

No podía dejar de mirarle la boca. Ni el pecho que se marcaba bajo la camisa gris. Ni las manos que acababan de declarar con un gesto firme, sin condiciones, que ese bebé era suyo.

Lo deseaba.

Lo deseaba más que al aire.

—Brynn… —murmuró Tess, quizás notando el cambio repentino en su expresión.

Pero Brynn no respondió. Ni siquiera pestañeó.

En su mente ya estaba empujando a Dominic contra la cama. Besándole el cuello, clavando las uñas en sus hombros, cabalgándolo con toda la furia de una mujer que ha sobrevivido y ahora quiere vivir. De verdad. Con cada fibra de su ser.

El silencio entre ellos seguía palpitando como una corriente eléctrica.

Dom no apartó la mirada de Brynn, ni siquiera cuando Tess murmuró un suave:

—Creo que… deberíamos daros un momento.

Max captó al instante el subtexto. Asintió con una sola inclinación de cabeza y le hizo una seña a Tess. Ella dudó un instante, echando una última mirada a Brynn, pero al ver la expresión concentrada y ardiente de su hermana, suspiró con suavidad. No había miedo en esa cara.

—Llámame si necesitas algo —dijo Tess, tocándole brevemente el hombro.

Brynn solo asintió, sin palabras.

Max abrió la puerta y Tess salió detrás, cerrándola sin hacer ruido.

La habitación pareció cambiar de temperatura en cuanto se quedaron solos.

Dom se incorporó despacio del sillón, sin prisas. Caminó hasta quedar frente a ella, de pie, imponente. Su energía era como un

campo de fuerza: intensa, protectora y peligrosa al mismo tiempo.

Brynn seguía sentada en el sofá, pero había dejado de ser pasiva. Sus piernas se habían separado ligeramente. Una mano descansaba sobre su muslo, la otra rozaba su vientre como si recordara el poder que ahora habitaba en su interior.

Dominic la contempló unos segundos, con una intensidad que la hizo contener la respiración.

—Brynn —dijo al fin, con voz baja, ronca—. Necesito preguntarte algo.

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

Él se agachó frente a ella, apoyando los codos sobre sus propias rodillas. Ya no había distancia. Solo dos respiraciones conteniéndose.

—¿Las señales que me estás dando son reales? —preguntó, sin apartar la mirada.

Brynn sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Había esperado ese momento durante mucho tiempo y la anticipación la estaba matando.

—¿Qué señales crees que te estoy dando? —susurró, con un pequeño gesto de provocación en la comisura de los labios.

Dominic no se inmutó. No era un hombre fácil de sacudir. Pero el brillo en sus ojos se volvió más oscuro.

—Las señales de que me deseas —dijo, con voz grave—. De que me quieres, Brynn. No como amigo. No como el tipo que te acompaña a las ecografías y duerme en el sofá. Me quieres como tu hombre.

La respiración de ella se agitó. Sus pupilas se dilataron. Su cuerpo, sin pedir permiso, se inclinó hacia él apenas unos milímetros. Pero bastó.

—Esas señales —susurró ella, sin rodeos— son correctas.

La respuesta golpeó a Dom en el pecho como un disparo de calor.

Se irguió lentamente, volviendo a tomar altura. Su sombra la cubrió por completo. Y, aun así, ella no se encogió. Lo miró con el mentón alzado, provocativa.

—Si cruzamos esta línea —dijo él— ya no hay vuelta atrás.

Sus palabras eran una promesa. Y una advertencia.

—No serás mi amiga. No serás mi invitada. Serás mi mujer. Y yo seré tu hombre. Para siempre.

Brynn lo supo. Lo entendió en lo más hondo. Y no sintió vértigo. Solo alivio y deseo.

—Lo sé —dijo, poniéndose lentamente de pie frente a él. Sus cuerpos casi rozándose. Su voz temblaba de emoción contenida—. Estoy cansada de esperar. Me lo prohibí durante meses. Me dije que no debía, que no podía. Pero tú siempre estuviste ahí. Y yo… he querido romper mis propias reglas cada maldita noche.

Dominic se acercó un poco más. Apenas una fracción de segundo de duda. Le tomó la cara entre las manos, firme, mirándola a los ojos de forma intensa.

—Estás segura.

—Estoy segura —confirmó ella, con el corazón latiéndole en cada rincón del cuerpo—. Te quiero. Y quiero que me tomes como tuya.

Él la miró como un hombre que lleva demasiado tiempo conteniéndose. Y ya no tenía por qué.

Sus brazos la rodearon con una delicadeza firme y la levantó del sofá sin esfuerzo. Brynn se sujetó a sus hombros, notando el calor, la tensión bajo la camisa, el modo en que respiraba por la nariz, controlando un deseo feroz que llevaba meses contenido.

Dominic subió las escaleras del dúplex y la cargó por el pasillo sin vacilar. Abrió la puerta de la habitación de invitados y se agachó sin soltar a Brynn. Recogió la maleta aún cerrada a los pies de la cama y, con la misma calma medida con que un hombre se prepara para tomar lo que es suyo, la llevó al dormitorio principal.

El corazón de Brynn latía con fuerza. Dominic parecía tener todo bajo control, se movía con calma y seguridad, pero estaba sintiendo su corazón desbocado a través de la camisa y el pulso le latía rápido en la base de su garganta.

Él dejó la maleta en el suelo, frente al armario. Luego la depositó en el borde de su cama, sin soltarla del todo. Sus manos aún rodeaban su cintura y su vientre hinchado, sus ojos le hablaban sin palabras.

—Una oportunidad más para arrepentirte Brynn, si no estás lista —murmuró—. Si quieres esperar, puedo respetarlo. Lo haré.

Brynn le acarició la mandíbula con los dedos. Sus labios se curvaron, pero no sonrió. Era una mujer que había sobrevivido al infierno y estaba eligiendo el paraíso con la misma valentía.

—No quiero esperar —dijo con firmeza, y luego, sin rodeos—. Desnúdame de una puta vez, Dominic Vance. Y hazme tuya.

La mirada de Dominic se oscureció, el poco control que lo sostenía quebrándose en su interior. Se inclinó, besó la comisura de sus labios con un cuidado reverente, como si le jurara que con él siempre estaría segura, y luego deslizó las manos bajo su camiseta.

La levantó despacio, dejando su piel expuesta a cada centímetro de aire. Sus dedos le temblaban por primera vez en años.

Brynn le ayudó a quitársela, tirándola al suelo. No llevaba sujetador. Dom la miró como si fuera lo más preciado para él. No la tocó. Se limitó a observarla, a memorizar la curva de su abdomen, la redondez que protegía una nueva vida, sus generosos pechos que habían crecido aún más con el embarazo.

Se inclinó y la besó ahí, justo entre sus pechos, donde su vientre iniciaba la curva que albergaba a su bebé.

Brynn gimió quedo, y sus manos bajaron a su nuca.

Él levantó la vista.

—Eres perfecta.

Ella le desabrochó la camisa. La tela cayó como un suspiro. Luego sus dedos bajaron hasta el cinturón. Pero Dominic la detuvo.

—Déjame.

Brynn obedeció. Lo miró desnudarse, cada músculo definido, cada cicatriz pálida como parte de su historia, el tatuaje tribal que bajaba desde su esternón hasta la cinturilla del pantalón como una flecha que prometía el paraíso. Cuando se quedó en ropa interior, volvió a acercarse y le bajó los leggins con la misma suavidad con la que se trata a alguien que ha sido herido muchas veces.

No hizo ningún gesto brusco. Ninguno.

Brynn lo entendió. Y se sintió segura. Por primera vez en mucho tiempo, no había tensión en sus músculos. No había defensa. Solo deseo. Solo él.

—Tócame —le pidió.

Y Dominic obedeció. Se arrodilló ante ella y besó la cara interna de sus muslos. Le quitó la ropa interior lentamente, con una devoción que la dejó temblando. Luego la tumbó sobre la cama colocando unas almohadas para que estuviera lo más cómoda posible con su embarazo, y sus dedos encontraron su humedad.

—Estás tan mojada —susurró, embriagado, recorriendo lentamente toda su hendidura con sus dedos gruesos y ásperos.

—Por ti. Solo por ti.

La acarició con ternura al principio, aprendiendo su cuerpo, y cuando notó que ella empezaba a arquearse bajo su mano, introdujo un dedo, luego dos, moviéndolos con precisión. La llevó al orgasmo con la boca mientras sujetaba sus caderas con firmeza. Brynn se aferró a las sábanas, jadeando su nombre entre dientes. Se vino contra su lengua, con los muslos temblando y el alma volando.

—Dom… quiero más —murmuró, con la voz ronca—. Quiero sentirte dentro.

Se colocó sobre ella. Besó su cuello, su hombro, sus pechos, sus labios.

—Voy a ir despacio —le prometió—. No quiero que asocies esto a nada que te haya hecho daño.

Brynn lo miró, sus ojos llenos de algo más que deseo.

—Lo único que siento ahora… es felicidad. Dom, confío en ti.

Dominic se posicionó, y cuando entró en ella, lo hizo despacio, profundo, con una conexión que casi les hizo sollozar. Brynn se aferró a él, al calor de su cuerpo, al peso de su promesa, a la fuerza de su amor.

Se movió dentro de ella con ritmo constante, sin prisas. Pero cuando ella le pidió más, se la dio. Cuando ella le dijo "más fuerte", la sujetó por la cintura y la tomó con la intensidad que llevaba reprimiendo desde que la había visto por primera vez entrar en *Vinyl* con Tess.

Brynn cabalgó sobre él más tarde, como lo había imaginado. Lo miró a los ojos mientras se hundía una y otra vez, las manos en su pecho, el cabello cayéndole como una cortina sobre el rostro. Lo llevó al borde. Y lo cruzaron juntos.

Al final, ella se tumbó de lado sobre su pecho, jadeando, con el cuerpo empapado y las lágrimas resbalando por las mejillas sin control.

Dominic le acarició el cabello, sin hablar.

—No llores —susurró.

—No es tristeza —dijo ella—. Es que no me acordaba… de lo que era ser feliz.

Dominic la rodeó con los brazos y la mantuvo contra él.

—Vas a ser feliz todos los días, Brynn Mitchell. Te lo juro por mi vida.

CAPITULO 4

El olor a café recién hecho y pan tostado llenaba el dúplex, envolviendo cada rincón en una calidez doméstica que aún le parecía irreal a Brynn. Caminó descalza por el pasillo, con una camiseta negra de Dominic que le cubría el vientre redondo y llegaba a medio muslo, el pelo recogido en un moño mal hecho.

Al doblar la esquina, lo encontró frente a los fogones, cocinando como si estuviera preparando un festín. Iba sin camiseta, solo con unos pantalones de chándal oscuros que colgaban peligrosamente de su cadera. Brynn se detuvo un segundo en la puerta, observándolo en silencio. Su espalda ancha, los tatuajes extendiéndose como raíces por sus brazos, el modo en que movía la sartén con una mezcla de concentración y alegría doméstica. Había una serenidad en ese instante que le golpeó el pecho.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome o vas a venir a besarme? —dijo él sin girarse.

Brynn sonrió. Se acercó despacio, envolviéndolo por la espalda todo lo que daban sus brazos mientras apoyaba la frente entre sus omóplatos.

—No sabía que era físicamente posible ser tan feliz —murmuró contra su piel.

Dom dejó la espátula, bajó el fuego y se dio la vuelta, atrapándola entre sus brazos. Brynn lo miró a los ojos, brillantes y cálidos, cargados de una ternura que contrastaba con su cuerpo imponente y sus rasgos duros. Acarició la mejilla sin afeitar de Dominic con los dedos.

—Llevamos tres días encerrados aquí como animales en celo —dijo con una sonrisa pícara—. ¿No te estás aburriendo?

—¿Aburrirme? —repitió él, con esa voz profunda que parecía diseñada para ponerle la piel de gallina—. Brynn, llevo casi nueve meses soñando con esto. Desde esa noche, cuando me miraste como si solo existiéramos tú y yo. Desde entonces supe que eras mi "para siempre".

Ella bajó la mirada, conmovida. Aunque ya se lo había dicho, cada vez que lo oía de sus labios algo dentro de ella se realineaba. Como si su mundo, tan roto durante años, encontrara por fin el centro de gravedad.

—¿Y si algún día me despierto y me da miedo otra vez?

—Entonces ese día volveré a recordarte quién soy —dijo Dominic, rodeándole la cara con ambas manos—. Y que no estás sola. Nunca más. No tienes que demostrarme nada. Solo existir. Respirar. Ser tú. Y dejarme quererte.

Brynn se echó a reír suavemente, emocionada.

—Eres tan jodidamente perfecto que da miedo.

Dom le dio un beso lento, profundo, lleno de hambre y dulzura salvaje. La sostuvo como si aún no creyera del todo que fuera real, como si se le pudiera escapar entre los dedos.

—Ven, siéntate. Estás comiendo por dos —le dijo, guiándola con una mano en la espalda hasta la mesa redonda frente al ventanal de la cocina.

La mesa estaba llena: tostadas con aguacate, huevos revueltos, fruta fresca, zumo de naranja natural, y hasta tortitas. Brynn arqueó una ceja mientras se sentaba.

—¿Estás alimentando a una embarazada o a un equipo de rugby?

Dom se encogió de hombros con una sonrisa orgullosa.

—Ambos, si me preguntas. Llevo alimentando a ese bebé desde que supe de su existencia, ¿para quién crees que eran todos esos muffins de pistacho, los panecillos de pavo y los dulces de tofe?

—¡Dios mío! —Brynn se rio tan fuerte que se le escaparon lágrimas de alegría.

Dom la miraba como si no pudiera saciarse de verla reír. Como si su sonrisa fuera la respuesta a todas las preguntas que nunca se atrevió a formular.

—Sabes —dijo ella mientras mordía una fresa—, cuando entré en urgencias después de aquella noche, pensé que no volvería a sentirme viva. Pensé que había perdido algo que nadie podría devolverme.

—No lo perdiste, Brynn. Solo te lo robaron por un tiempo. Y ahora estás volviendo a ser tú. Solo que más fuerte. Más tú que nunca —dijo él con esa gravedad que convertía sus palabras en verdades absolutas.

Ella bajó la vista, tragó saliva. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. Dominic la limpió con el pulgar, sin decir nada más.

—Gracias por no rendirte conmigo.

—Eso nunca fue una opción.

Un silencio cálido los envolvió. Se escuchaba la cafetera goteando aún, y la ciudad despertando a lo lejos. Brynn le extendió una mano.

—¿Quieres volver a la cama después del desayuno?

Él alzó una ceja.

—¿Otra vez? Mujer eres insaciable —soltó Dominic divertido.

—Tengo permiso del obstetra, necesito recuperar el tiempo perdido —dijo con una sonrisa descarada—. Y, seamos honestos, aún no me canso de ti. Seguramente nunca lo haga.

—Perfecto. Porque yo pienso hacer que nunca te canses de mí. Además, a saber cuándo podemos hacer otro maratón de sexo después del nacimiento del bebé. Voy a estar en vela los próximos dos años, y no por tus atributos sexuales, me temo.

Brynn sonrió con ternura. Lo supo con certeza: no importaba el ADN, no importaba el pasado. Ese hombre frente a ella sería el mejor padre que su hijo podía tener.

ΔΔΔ

Dominic estaba recogiendo los platos cuando sonó el móvil de Brynn sobre la mesa. El nombre de *Gabriella Thorne* iluminó la pantalla. Brynn lo miró un segundo, con el estómago revolviéndose levemente. Respondió con calma, poniendo el manos libres.

—¿Gabriella?

—Buenos días, Brynn —dijo la abogada al otro lado, con su habitual tono firme y sin rodeos—. Lamento interrumpir tu burbuja de felicidad matinal, pero acaba de llegar una notificación. Robert ha presentado formalmente la demanda de paternidad. Y la jueza Simmons… la ha admitido a trámite.

El aire pareció salir de la habitación durante un segundo. Dominic se detuvo en seco, girando la cabeza con los músculos del cuello tensos. Brynn tragó saliva, conteniendo el impulso de llevarse las manos al vientre.

—¿Y qué significa eso exactamente? —preguntó, manteniendo la voz neutra.

—Significa que, en teoría, se abre un procedimiento judicial para determinar si Robert tiene derecho a solicitar pruebas de ADN o reclamar algún tipo de participación legal como padre del bebé. Estoy presentando recurso para intentar retrasar cualquier vista hasta después del nacimiento. Nuestro objetivo es ganar tiempo y usar todos los recursos legales a nuestro favor. El historial penal, la orden de alejamiento y los informes médicos ya están preparados. Pero…

—No lo retrases —interrumpió Brynn, con una firmeza que sorprendió incluso a Dominic.

Gabriella guardó silencio un segundo.

—¿Estás segura?

—Completamente. No quiero esconderme ni retrasar nada. Quiero verle la cara. Quiero que vea con sus propios ojos que ya no me tiembla la voz, que ya no tiene poder sobre mí. Necesito eso. No solo como parte del proceso legal. Lo necesito para mí.

Dominic se sentó frente a ella, tomándole la mano con fuerza. Sus ojos estaban fijos en los de Brynn, buscando cualquier señal de duda, cualquier grieta. No encontró ninguna.

—¿Estás segura, amor? —le preguntó en voz baja, como si su propia alma dependiera de la respuesta.

Brynn asintió, los ojos brillando con una mezcla de miedo y valor recién nacido.

—Sí. Durante años le dejé vivir en mi cabeza, dominar mi cuerpo, moldear mis emociones. Ya no. Si de verdad voy a criar a este bebé como una mujer libre, tengo que cerrar esa puerta con mis propias manos. Él cree que aún tiene poder sobre mí. Cree que puede arrastrarme a la oscuridad con solo pronunciar mi nombre.

—Y tú quieres que vea que está equivocado —dijo Gabriella, esta vez con un tono que rozaba la admiración.

—Quiero que se quede mirando y descubra que la mujer a la que destruyó ya no existe.

Hubo una breve pausa. Se escuchaba el zumbido leve del frigorífico y el sonido del agua golpeando la vajilla en el fregadero. Dominic no apartaba los ojos de Brynn.

—Entonces haré que se celebre la vista lo antes posible. Hablaré con la jueza y presionaré con todo lo que tengo. Si la celebro antes de que nazca el bebé, la demanda pierde fuerza por falta de prueba biológica. Y tú podrás enfrentarte a él en tus términos. ¿Te parece?

—Perfecto —susurró Brynn.

—Muy bien. Os mantendré informados. Y Brynn… —la voz de Gabriella bajó un tono, cálida y cargada de respeto—. No todas se enfrentan a sus monstruos antes de que les cortemos la cabeza. Te admiro.

Brynn colgó en silencio. Dejó el móvil sobre la mesa. Se quedó mirando su vaso de zumo a medio terminar. No lloró ni tembló.

Dominic se levantó y la rodeó por detrás, abrazándola con todo su cuerpo mientras apoyaba la frente en su hombro. Le besó el cuello con devoción, sin decir nada. Brynn llevó las manos a las suyas, entrelazándolas.

—Durante años pensé que la única forma de estar a salvo era huir —murmuró—. Ahora sé que para cerrar el ciclo tengo que mirarlo de frente. Y tú me has dado la fuerza que me faltaba. No sé cómo lo hiciste. Pero lo hiciste.

—No fuiste tú la que se quedó sin fuerza, Brynn. Solo te hicieron creer que la habías perdido —susurró Dominic contra su piel—. Ahora es el momento de que la uses.

—Y lo haré —respondió ella con un suspiro firme—. Antes de que este bebé nazca, Robert Thomas dejará de ser una sombra sobre mi vida.

El bebé dio una leve patada bajo su ombligo. Como si también quisiera decir algo.

Brynn sonrió por primera vez desde la llamada.

Y Dominic, al verla, supo que nadie podría con ella nunca más.

ΔΔΔ

La sala de exploración estaba tenuemente iluminada, con una pantalla apagada sobre la camilla y el leve zumbido de los aparatos médicos llenando el silencio. Brynn estaba tumbada, con el abdomen descubierto y una sábana cubriendo sus piernas. Dominic estaba sentado junto a ella, sujetándole la mano con los dedos entrelazados como si fueran una extensión natural del otro.

Era la primera revisión oficial a la que acudían juntos como pareja. La de las 38 semanas. La del "todo puede pasar en cualquier momento". Hasta el momento, Dominic la había acompañado a todas las consultas que ella se lo pidió, pero siempre se quedaba

fuera, como un amigo a la espera. Esta vez era diferente, era el hombre de Brynn y el padre del bebé.

La doctora Fields, una mujer de rostro anguloso y voz profesional encendió el monitor y deslizó el ecógrafo sobre el gel que ya cubría la barriga redonda de Brynn.

—Bien… aquí está —dijo, con una sonrisa contenida—. El bebé ya está encajado en posición cefálica. No ha descendido del todo aún, pero está listo. El líquido amniótico está dentro de los parámetros normales. El latido es fuerte. Y… —tecleó algo en la pantalla— parece que ha cogido algo más de peso esta semana. Probablemente supere los tres kilos.

Dominic apretó ligeramente la mano de Brynn, sus ojos fijos en la imagen en blanco y negro del monitor. Un perfil apenas reconocible, pero para él, la criatura más hermosa del universo. Para él era la primera vez que oía el latido del corazón.

La doctora apagó el ecógrafo, limpió el gel con delicadeza y se dirigió a la mesa de escritorio. Tomó una carpeta y empezó a repasar los papeles mientras hablaba.

—Bien, a estas alturas debemos tener definido el plan de parto. Lo básico: si decides epidural o parto natural, si quieres música, luces bajas… todo eso ya está en la hoja que rellenaste. Lo que me falta confirmar es quién será tu acompañante durante el trabajo de parto, y en caso de cesárea, quién se quedará contigo. También necesito saber quién hará el piel con piel inmediato con el bebé si tú no puedes. Y quién tomará decisiones médicas si tú estás inconsciente o en situación de urgencia.

La doctora alzó la vista de los papeles, esperando la respuesta de Brynn.

Brynn abrió la boca, pero no llegó a hablar.

—Yo —dijo Dominic, con voz firme y grave, como si la duda ofendiera.

La doctora lo miró con leve sorpresa, levantando una ceja.

—¿Usted? ¿Es el padre biológico?

Dom se irguió levemente en la silla.

—Soy el padre. Y el hombre que va a criar a esa criatura. Estaré allí cuando respire por primera vez. Si Brynn no puede sostenerlo, lo haré yo. Si hay que decidir, decidiré yo. Si necesita calor, piel, consuelo, fuerza o protección, se lo daré yo. Porque esa criatura —miró a Brynn con una ternura feroz— es mía.

El aire en la consulta se tensó levemente. La doctora ladeó la cabeza, consultando otra vez la carpeta.

—Entiendo… —dijo con tono neutral—. Solo que en el historial médico figura que usted no estuvo presente durante el primer trimestre. Y tampoco en el segundo. Esta paciente ha asistido sola a muchas consultas, ha pasado por procesos emocionales muy complejos. Lo digo únicamente para asegurarme de que no hay conflicto en esa decisión. En ocasiones, con embarazos no convencionales…

—No es un embarazo no convencional —interrumpió Brynn con calma, sentándose un poco en la camilla, la voz suave pero firme—. Es el embarazo de una mujer que sobrevivió a una relación abusiva y que decidió seguir adelante sola… hasta que se dio cuenta de que nunca estuvo sola del todo.

Los ojos de Brynn se clavaron en los de la ginecóloga con una serenidad casi desafiante.

—Dom ha estado a mi lado en todo lo que importaba. En cada consulta se quedaba en la sala de espera, porque yo así se lo pedía. Ha estado en cada momento en que sentí que no podía más. Ha recogido mis pedazos. Ha construido un hogar para nuestra familia. Ha sido la primera persona en hacerme sentir a salvo en toda mi vida adulta. Lo ha demostrado y lo sigue demostrando cada día. Así, que si me pregunta quién será mi sostén durante el parto y en quien debo confiar con el bebé. La respuesta es y siempre será él.

Guardó silencio un segundo. Luego añadió:

—Y, además, doctora… usted lo ha visto. Lo ha visto traerme, esperarme, preguntarles a las enfermeras, vigilar el pasillo. Sabe tan bien como yo que ese bebé ya reconoce su voz.

La doctora Fields ladeó la cabeza, observándolos a los dos durante un instante. Finalmente asintió.

—Bien. En ese caso, Dominic Vance será el acompañante principal. Piel con piel, decisiones médicas, todo. Lo dejaré por escrito.

Dominic respiró con más calma, aunque su mandíbula seguía tensa. Brynn le acarició el antebrazo, bajando sus defensas con un solo toque.

—Gracias —añadió la doctora—. Es importante para nosotros que todo esté claro antes del parto.

—Gracias a usted —dijo Brynn con una sonrisa sincera.

△△△

Tras repasar todo con la doctora y agendar el último control para la semana siguiente, Brynn y Dom salían de la consulta cogidos de la mano, aún envueltos en esa mezcla de espera y vértigo que traía consigo la proximidad del nacimiento. Brynn iba en silencio, procesando todo: el bebé en posición, el plan de parto, el papel de Dominic. Todo se estaba haciendo real.

Pero entonces, justo al doblar la esquina del pasillo que daba a la salida, una mujer de aspecto severo, entrada en años, cabello teñido de rubio y un abrigo caro pero anticuado, venía caminando en dirección opuesta con paso apresurado. No miraba por dónde iba. Y chocó directamente con Brynn.

—¡Uy! ¡Maldita sea! —bufó la mujer, sujetándose el bolso—. Mira por dónde caminas, pedazo de...

Dom reaccionó al instante, sujetando a Brynn por la cintura antes de que perdiera el equilibrio. La ayudó a enderezarse con suavidad, pero ella se había quedado congelada, clavada al suelo como si sus pies se hubieran convertido en mármol.

Sus ojos, abiertos de par en par, miraban a la mujer como si hubiese visto un fantasma. Su voz, cuando finalmente salió, fue apenas un susurro:

—Dee…

La mujer levantó la vista. Su expresión se endureció al reconocer a Brynn. Sus labios pintados de carmín se curvaron en una sonrisa torcida y venenosa.

—Vaya, vaya… —escupió—. Pero si es la fulana que destrozó a mi hijo. La zorra que se metió en mi casa con sus bragas baratas y sus lágrimas de víctima.

—¿Quién coño es esta? —preguntó Dom, tenso como un resorte, girando a Brynn para cubrirla con su cuerpo mientras mantenía la vista fija en la mujer.

—La madre de Robert —murmuró Brynn, sin aliento.

Dom dio un paso adelante, quedando medio metro delante de Brynn, su pecho ancho interponiéndose como un escudo humano. Sus ojos estaban entrecerrados, peligrosos.

—Ah… ya veo —dijo él con una voz baja, helada—. Entonces tú debes ser la madre del malnacido que casi mata a esta mujer.

—¡No me hables así, tú no eres nadie! —espetó ella con furia—. Esta ramera destruyó a mi hijo. Lo humilló. Se largó de casa como una perra sin correa. Y ahora se pasea por ahí con su vientre lleno, como si fuese la Virgen María. ¿Sabes lo que es, grandullón? Una puta. Una adúltera. ¡Una víbora con piernas!

—¡Cállate! —le gritó Brynn, con la voz por fin quebrándose—. ¡Cállate ya!

Pero Dee dio un paso más, con los ojos en llamas. Las cabezas empezaban a girarse en su dirección, atraídos por la voz chillona y desagradable de Dee.

—¡A ti te deberían haber encerrado, puta! ¡Una mentirosa y arrastrada! ¡Tu sitio es la calle, no una sala de partos!

Y entonces, sin aviso, alzó la mano y fue a agarrar un mechón del cabello de Brynn, tirando de él.

—¡EH! —rugió Dominic.

Su reacción fue inmediata. De un manotazo preciso y sin violencia excesiva, apartó la mano de Dee de un golpe seco. Luego la arrinconó contra la pared con una sola mano sujetándola por el antebrazo. Su cuerpo bloqueaba el paso. Su mirada era puro acero.

—Vuelve a tocarla —susurró con una calma tan aterradora que incluso Dee empalideció— y te juro por Dios que ni Robert, ni ningún abogado, ni el puto Papa te van a salvar de lo que te haré. A esta mujer no la tocas. Ni con las palabras. Ni con las manos. Ni con nada. ¿Me has entendido?

Dee se removió, pero no pudo librarse del agarre.

—Estás loco —escupió—. ¡Ella es una traidora! ¡Le robó todo a mi hijo!

—¿Todo? —repitió Dom con una risa seca—. ¿Te refieres a los huesos rotos? ¿A las noches encerrada en el baño llorando? ¿A los moratones que tú también viste y preferiste ignorar? ¿A eso te refieres?

Dee calló, y en sus ojos apareció algo parecido al miedo. No al remordimiento. Miedo puro.

—Sal de este edificio, ahora —ordenó Dominic—. Porque si no lo haces, no me hará falta tocarte. Solo bastará con contarle a la jueza Simmons que has intentado agredir a una mujer embarazada a las puertas del hospital. ¿Sabes lo rápido que eso haría que Robert pierda cualquier mínima esperanza de ganar ese juicio?

Dee lo entendió. Lo vio en sus ojos. Y supo que había cometido un error.

Miró a Brynn una última vez, con un odio visceral, y murmuró:

—Él lo sabe. Lo supo porque yo se lo dije. No vas a robarle a su hijo.

Y se marchó.

El silencio que dejó fue brutal.

Brynn respiraba con dificultad, temblando. Dominic la abrazó sin decir nada. Solo la rodeó con ambos brazos y la sostuvo, como si fuera todo lo que existía.

—Fue ella —dijo Brynn en voz baja, contra su pecho—. Ella le dijo que estaba embarazada. Por eso él presentó la demanda. Lo sabía. Todo el tiempo.

Dom cerró los ojos, conteniendo su furia como un animal encadenado.

—No importa, Brynn. No importa cómo lo supo. Lo único que importa es que él ya no puede hacerte daño. Vamos a ganar ese juicio y si algo sale mal activaremos todos nuestros recursos.

Brynn no respondió. Solo se aferró a él con una fuerza desesperada. Después se encaminaron a la salida.

El aire fuera del centro médico era más cálido de lo que Brynn esperaba, lo suficiente como para borrar la sensación helada que le había dejado el encuentro con Dee. Iba caminando al lado de Dominic, en silencio, con una mano apoyada sobre su vientre y la otra entrelazada con la suya. La tensión aún le palpitaba en la nuca, pero ya no temblaba. Ya no sentía esa parálisis que conocía tan bien.

Ahora sabía que podía mirar a un fantasma del pasado y mantenerse en pie.

—Te llevo a casa —dijo Dom en cuanto abrieron la puerta del coche, su tono suave pero categórico.

Brynn se giró para mirarlo. Había algo en sus ojos que lo hizo fruncir el ceño.

—No. Mis planes no han cambiado —respondió ella, firme, pero con dulzura—. Quedé con Tess para pasar la mañana con Parker. Y luego tengo almuerzo con las chicas en *Velvet*. No voy a dejar que Dee me robe eso. Ni un solo minuto.

Dom apretó la mandíbula. La conocía lo suficiente como para saber que ya había decidido. No insistiría. Pero eso no significaba que

fuera a dejarlo pasar.

—Entonces te llevo a casa de Tess. Y entro contigo.

—Perfecto —dijo ella, subiendo al coche sin discutir.

El trayecto fue breve, silencioso, pero no incómodo. Dominic seguía furioso por ella. No lo decía, pero su cuerpo entero lo gritaba. La forma en que sujetaba el volante, los músculos tensos del antebrazo, la mandíbula apretada. Brynn lo miró de reojo y le puso la mano en el muslo, acariciando su piel por encima del pantalón vaquero.

—Estoy bien, Dom.

—Dee te ha llamado puta, casi te ha tirado del pelo y ha confesado que está detrás de la demanda de ese hijo de puta. Así que no —dijo él con los dientes apretados—, no estás bien. Nadie lo estaría.

—Estoy viva. Tú estás conmigo. Y nada de lo que ha dicho o hecho me ha dado miedo o ganas de huir. Estoy mejor de lo que jamás he estado.

Dom no respondió. Aparcó delante de la casa de dos plantas de Tess y Max y se bajó del coche antes que ella. Le abrió la puerta del copiloto y le ofreció la mano. Brynn bajó despacio, con la torpeza típica de una embarazada y con una sonrisa pequeña por la dulzura que siempre mostraba Dominic con ella, aunque estuviera cabreadísimo.

—Eres mi sombra personal —bromeó mientras caminaban hacia el ascensor.

—Soy tu guardaespaldas, tu pareja, el futuro padre de este bebé y tu hombre. Todo eso implica que te sigo a todas partes —replicó él con seriedad, pero los labios le temblaron un poco con una sonrisa contenida.

Cuando Max abrió la puerta delantera, Parker corrió directo hacia Brynn con una exclamación entusiasta.

—¡Tía Brynn! ¿El bebé ya está listo para salir?

Brynn se agachó como pudo para abrazarlo con ternura.

—Casi, cariño. Está esperando el momento perfecto —le dijo entre risas.

Dom saludó a Max con un gesto breve, luego se volvió hacia Brynn con intensidad renovada.

—Escúchame bien, Brynn.

Ella lo miró. Sabía lo que venía.

—No vayas sola a ningún sitio. Ni al baño de *Velvet*, ¿me entiendes? Si pasa algo raro, si vuelves a ver a Dee o alguien relacionado con ese cabrón, me llamas. No importa si estoy en mitad de una reunión, en el baño, o volando sobre Chicago. Me llamas. ¿Sí?

Brynn asintió, sintiendo cómo ese instinto protector que tanto la asustaba al principio ahora la envolvía como una armadura.

—Lo prometo. Nada de sola. Nada de valiente innecesaria. Nada de nada.

Dom bajó la mirada a su vientre y posó una mano grande y cálida sobre él. Luego alzó la vista otra vez, sus ojos clavados en los de ella.

—Ten cuidado con todo. No solo con Dee. Con el estrés. Con los sobresaltos. Con el cansancio. Quiero que estés bien. Los dos.

—Lo estaremos —susurró ella, sintiendo que algo dentro se le aflojaba por primera vez desde la salida del centro médico. Esa ternura que la desarmaba una y otra vez.

Dom le dio un beso suave, lento, en los labios. Luego otro en la frente. Después miró a Max, que observaba la escena en silencio, con respeto.

—Gracias por cuidar de ella. Estás de guardia, hermano.

—Siempre —dijo Max con una media sonrisa.

Brynn se volvió hacia Tess, dando la espalda a la puerta por la que había salido Dominic. La casa olía a café y a tostadas de canela. Parker revoloteaba por el salón con su pijama de dinosaurios, sosteniendo un libro de animales que, según él, *tenía que enseñarle al bebé para que naciera listo*. Brynn se había acomodado en el sofá

con una mano en la barriga y la otra jugueteando con las páginas del plan de parto que le había dado la ginecóloga.

Tess le colocó una taza de té frente a ella y se sentó a su lado, descalza, con el pelo recogido de cualquier manera y una mirada que decía *habla ya, lo noto en tu cara*.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin rodeos, dejando el tono amistoso de lado—. Dom ha mencionado a Dee *Bruja* Thomas y te ha acompañado hasta dentro y ni siquiera ha hecho el teatrillo emocionado que hace siempre al volver de una visita en la obstetra.

Brynn suspiró. No tenía sentido evitarlo. Ni lo necesitaba. Tess era su hermana. Su persona segura desde que el mundo se había vuelto un lugar hostil.

—Me encontré con Dee a la salida del centro médico —dijo, con voz baja pero firme.

Tess parpadeó.

—¿Qué hacía ella en la consulta de un obstetra?

Brynn se encogió de hombros, como diciendo *Yo qué sé, la bruja siempre ha estado loca*. Tomó un sorbo del té como si le costara articular lo que venía después.

—Me insultó. Me llamó fulana, puta, adúltera… —Tess se irguió de golpe, pero Brynn alzó una mano para detenerla—. También intentó tirarme del pelo.

Tess dejó la taza en la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—¿¡Qué!?

—Dom se encargó de todo. No la tocó más de lo necesario, pero la dejó claro que no se me acercara otra vez. La arrinconó contra la pared y le sacó toda la verdad. Fue ella la que le dijo a Robert que estoy embarazada.

Tess estaba a punto de levantarse, con los ojos ardiendo de rabia, pero Brynn le tomó la mano.

—Estoy bien, Tess. De verdad. Me temblaron las piernas un poco al principio, pero… no me paralicé. No me escondí. Y después… me

sentí en paz. Como si ya no tuviera que fingir que no tengo miedo. Porque ya no lo tengo.

Tess se detuvo, tragando saliva. La rabia se le transformó en orgullo, y luego en ternura pura.

—Joder, Brynn. No tienes ni idea de lo fuerte que eres.

—Sí la tengo —sonrió ella, suave—. Me lo habéis recordado todos estos meses.

Parker se acercó entonces con su libro, trepó de un salto al sofá y se acurrucó contra Brynn. Ella lo abrazó con fuerza, y el niño le acarició la barriga con cuidado.

—¿Ya tiene nombre el bebé? —preguntó con la lógica directa de los niños.

Tess sonrió y repitió la pregunta con más calma.

—¿Has pensado en eso? ¿En cómo le vas a llamar? No sabemos si será niño o niña, deberías tener uno de cada preparado.

—He pensado en muchos —admitió Brynn—. Tengo una lista absurda en el móvil. Algunos son demasiado comunes, otros demasiado raros, y otros demasiado llenos de recuerdos.

Tess asintió, comprendiendo cada palabra.

—¿Y hay alguno que te guste más que los demás?

Brynn dudó. Luego bajó la vista y acarició su vientre con ambas manos.

—Solo hay uno que me suena bien cada vez que lo digo en voz alta —susurró—. Si es niño, me gustaría llamarlo Tate.

Tess parpadeó. El silencio entre ambas se llenó de significado. Porque Tate era el segundo nombre de Dominic. Un nombre que casi nunca usaba. Un nombre que se había reservado para quienes realmente sabían quién era.

Tess sonrió con una mezcla de emoción y comprensión profunda.

—¿Lo sabe?

—No —dijo Brynn, negando con la cabeza—. Y no quiero decírselo todavía. No hasta que nazca. No por miedo. Sino porque si ocurre el milagro de que el bebé sea suyo, ese nombre ya no será solo un homenaje. Será un derecho. Y si no lo es… igual quiero que crezca sabiendo que fue amado por ese hombre desde antes de nacer.

Tess no pudo contener las lágrimas. Se inclinó hacia ella y le rodeó los hombros con un brazo.

—Le vas a dar a ese niño la historia que nosotras nunca tuvimos. Y un inicio limpio lejos de lo que hizo Robert.

Parker levantó la cabeza, curioso.

—¿Entonces el bebé se va a llamar *Tate Dinosaurio Mitchell*?

Brynn soltó una carcajada que limpió todo rastro del encuentro con Dee. Le revolvió el pelo al niño con cariño.

—Lo hablaremos con tu tío Dom, ¿vale? Pero me gusta la propuesta.

—¡Bien! —gritó Parker, corriendo hacia su habitación como si acabara de cerrar un trato importante.

Tess rio también. Luego se puso seria de nuevo y extendió la mano hacia la carpeta del plan de parto.

—Vale, vamos a dejar esto listo. Yo estaré allí. Voy a ser la pediatra que reciba a ese bebé. Y me da igual si tengo que pelearme con medio hospital, Dominic estará presente. Pase lo que pase.

—Gracias, Tess —susurró Brynn—. Por todo. Por no dejarme nunca.

—Lo único que lamento —replicó Tess— es no haberle metido un zapatazo en la cara a Dee cuando tuve la oportunidad.

Ambas se rieron.

El pasado podía volver, sí. Podía arañar la puerta. Pero ya no entraba a hacerle daño, su camino a la curación estaba muy avanzado y era imparable. Porque Brynn ya no estaba sola.

ΔΔΔ

Velvet estaba lleno, como cada mediodía, pero la esquina reservada para ellas estaba a salvo del bullicio, rodeada por plantas, cojines y el tenue murmullo de conversaciones lejanas. La luz que entraba por las ventanas acariciaba el rostro de Brynn cuando entró con Tess y Parker. El niño corrió directo a los brazos de Ivy, que lo recibió con una risa dulce mientras le revolvía el pelo.

—¡Estás más grande cada día, pequeño monstruo! —dijo Ivy, haciéndolo reír.

Sienna ya estaba sentada, removiendo su té helado, con una sonrisa serena y el pelo recogido en una trenza caída sobre el hombro. Saludó a Brynn con una mirada cálida, y enseguida se hizo a un lado para dejarle sitio en el sofá.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con tono suave.

—Cansada. Hinchada como un globo. Y muy, *muy* embarazada —bromeó Brynn mientras se dejaba caer en el asiento—. Pero el bebé está bien. Ya está en posición.

Tess se sentó a su lado con naturalidad, como si llevaran años repitiendo aquella escena.

—¿Entonces ya estamos en cuenta regresiva? —preguntó Ivy con emoción.

—Podría ser mañana o en dos semanas. El ginecólogo me ha pedido que complete el plan de parto, y ya lo tenemos casi todo. Tess estará conmigo como pediatra y Dom… bueno, Dom hará el piel con piel si yo no puedo. Será mi acompañante y tomará decisiones si hay una urgencia.

—¿Dom? —rio Ivy—. Eso se acerca mucho a lo que hace una pareja.

—Lo es —confirmó Brynn sin titubear—. Oficialmente. Desde hace tres días.

—¿Tres días? —Ivy alzó una ceja, traviesa—. ¿Cómo lo estáis llevando?

—Pues digamos que han sido tres días de… reencuentro intensivo. El tipo ha pasado nueve meses acumulando deseo. Y yo también, para

qué negarlo. Aunque, tú lo sabes mejor que nadie, las embarazadas tienen la libido en el techo.

Tess soltó una carcajada mientras se tapaba la cara fingiendo pudor.

—¡No hay quien te aguante desde que tienes sexo con regularidad! —bromeó.

—Perdona, guapa —replicó Brynn—, pero tú y Max lleváis meses con cara de "nos hemos comido vivos en el coche".

—Confirmado, por si no lo sabíais —intervino Tess con una sonrisita —: estamos pensando en darle un hermanito a Parker.

—¿En serio? —preguntó Sienna, sorprendida.

—Sí. No todavía, pero Max y yo queremos ampliar la familia. Sobre todo, ahora que Parker tiene a Brynn y al bebé tan cerca. Quiere ser el primo mayor responsable.

Parker, sentado al lado de Ivy, levantó la mano.

—Voy a enseñarle a gatear. Y a decir tacos.

—*¡*Parker*!* —saltó Tess.

Todas se rieron mientras Sienna le ofrecía un gajo de mandarina para distraerlo.

—¿Y tú, Sienna? —preguntó Ivy—. ¿Cómo va todo con Lan?

Sienna bajó un poco la mirada, pero sonrió, visiblemente feliz.

—Bien. Muy bien. Él es… todo. Lo hace todo increíblemente fácil, no pone pegas a nada y tiene en cuenta siempre mis preferencias. Me mira como si yo fuera lo único que no quiere perder. Toda mi vida he sido casi invisible para mi familia o he tenido que sacrificar todo para cuidar de ellos. Con Lan me siento segura de ser yo misma. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

Las demás asintieron enternecidas por la confesión de Sienna, sabiendo exactamente lo que significaba esa última frase.

—Bueno, ya que todas estáis compartiendo noticias… —dijo Ivy, sentándose derecha—. Me han dicho esta mañana en la ecografía que voy a tener un niño.

La reacción fue inmediata: gritos, aplausos y risas.

—¡Un niño! —repitió Tess—. ¡Madre mía, la próxima generación de *Vinyl* viene fuerte!

Brynn la abrazó con fuerza.

—Vas a ser la madre más guapa, sensual y explosiva de todos los tiempos. Ese niño va a nacer con gafas de sol y chaqueta militar.

—Y rizos rubios —añadió Sienna—. Y un ceño fruncido como el de Ash.

—¡Eso espero! —dijo Ivy riendo.

La conversación fluyó entre anécdotas, risas y bocados compartidos… hasta que Tess, con delicadeza, bajó un poco el tono.

—Brynn, ¿quieres contarles lo que pasó esta mañana?

Ivy y Sienna se giraron al instante, atentas.

Brynn asintió. No tenía sentido callarlo.

—Me encontré con Dee Thomas, la madre de Robert, a la salida de la consulta de la obstetra. Fue… feo. Me insultó, intentó agredirme. Dom la detuvo. Pero ahora sabemos que fue ella quien le dijo a Robert que estoy embarazada.

Hubo un silencio breve.

Luego Ivy dijo, en voz muy baja para que Parker captara lo menos posible:

—Hija de puta…

Sienna se tensó como un resorte. Su expresión cambió. Ya no era la dulce camarera con voz tranquila. Era *Nocturna*.

—¿Has denunciado? ¿O al menos hecho un registro? ¿Hay cámaras de seguridad en la entrada del centro médico?

—Dom estuvo a punto de hacerlo, pero ella se fue antes. Y yo no quería que me robase más tiempo ni energía.

—¿Y Robert *Cabrón* Thomas? —preguntó Ivy. Tanto Tess como ella habían tomado la costumbre de intercalar el insulto calificativo con el

nombre de Robert. Era divertido de escuchar, aunque ellas no lo dijeran como una broma.

—Gabriella me confirmó que presentó la demanda de paternidad. La jueza Simmons la ha admitido. Vamos a tener una vista antes de que nazca el bebé.

—¿Quieres que te acompañemos? —preguntó Tess.

—No sé —dijo Brynn con calma—. Quiero enfrentarle. Quiero que me vea y entienda que ya no me pude romper. Me lo ha dicho mi terapeuta, y yo también lo siento. Es la última piedra del pasado. Quiero apartarla yo misma. Y después ser libre.

Sienna no dijo nada durante unos segundos. Luego dejó su vaso sobre la mesa con cuidado, con los ojos fijos en Brynn.

—No me gusta. No me gusta nada que esa mujer esté cerca. Ni que Robert haya movido ficha justo ahora. Ni que te haya atacado físicamente. Hay algo que me inquieta.

—¿Qué quieres decir?

—Que no confío en ella. Ni en nadie de su entorno. Y no me gusta que vayas a estar expuesta, ni ahora ni cuando el bebé nazca.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Ivy, reconociendo ese brillo intenso en sus ojos.

Sienna sacó el móvil. Sus dedos volaban sobre la pantalla.

—Voy a investigarla. A ella, a Robert y a cualquiera que esté cerca. Si hay algo sucio, un plan, un movimiento sospechoso, lo sabré. Lo seguiré. Lo interceptaré antes de que llegue a Brynn.

Levantó la vista. Sus ojos, normalmente cálidos, ahora estaban fríos y centrados.

—No quiero que te pongas en peligro, Sienna —dijo Brynn, tocándole la muñeca.

—No lo haré. Pero sí quiero tener el control. Prefiero parecer paranoica que llegar tarde.

Las chicas se miraron en silencio. Y todas supieron que Sienna no bromeaba. No cuando alguien a quien quería estaba en peligro.

—Gracias —susurró Brynn—. De verdad.

—Somos una familia, ¿no? —dijo Sienna con una sonrisa breve—. Pues que lo sepa también tu exsuegra.

CAPITULO 5

La luz de la mañana se colaba tímidamente entre las cortinas sin cerrar de la habitación. El aire olía a sábanas limpias, a piel, a café a lo lejos. Brynn se desperezó bajo el edredón y, por un instante, creyó que seguía sola en aquella cama enorme.

Hasta que sintió su mirada.

Abrió los ojos y lo encontró sentado en la butaca frente a la cama, con los codos apoyados en las rodillas, inclinado ligeramente hacia ella. Llevaba solo unos pantalones de chándal, el torso desnudo y tenso como siempre, la mirada fija en ella como si no hubiera nada más en el mundo.

—Llevas mirándome mucho rato, ¿verdad? —preguntó, con voz ronca por el sueño.

Dominic no respondió con palabras. Sus ojos hablaban por él: deseo, ternura, algo casi reverencial.

Brynn se incorporó, dejó caer el edredón y le sostuvo la mirada sin pestañear. Respiró hondo. No lo pensó demasiado.

—Te amo —dijo, con voz firme.

Él pareció tensarse un segundo, como si la declaración le hubiera golpeado en el pecho. Luego se levantó sin prisas, cruzó la habitación con paso silencioso, y se sentó en el borde de la cama. Su mano buscó la mejilla de Brynn con suavidad. No dijo nada. No lo necesitaba. Sus labios se hundieron contra los de ella con una urgencia distinta a la de otras veces. No era hambre. Era como sellar un pacto, una promesa y una declaración.

Ella se dejó caer sobre la cama recostada sobre grandes almohadones, guiándolo, y Dominic se colocó sobre ella, apoyando una mano en la almohada junto a su cabeza. La otra le recorrió el cuerpo con calma, levantándole la camiseta con la yema de los dedos hasta dejar sus pechos al descubierto. Brynn se arqueó apenas al sentir su boca en uno de sus pezones, húmeda, firme, devota.

—Dios… —susurró ella, perdida entre sus caricias.

Dominic alzó la vista, con la boca aún pegada a su piel—. No. Yo no soy Dios, Brynn. Pero juro por todo lo sagrado que voy a adorarte como si lo fuera.

Ella jadeó, aferrándose a sus hombros cuando sintió sus dedos bajar entre sus muslos, acariciándola sobre la ropa interior empapada. Dom gruñó bajo, le bajó las braguitas lentamente, dejando un rastro de besos húmedos desde su ombligo hasta la ingle. Cuando su boca llegó a su centro, Brynn tembló.

—Dom… —gimió, temblorosa, al sentir la lengua de él recorrerla con un ritmo lento, decidido, sin interrupciones—. Por favor…

Dominic no aceleró. Le sujetó las caderas con ambas manos, inmovilizándola con fuerza, y siguió devorándola hasta que Brynn se arqueó con fuerza, gimiendo su nombre al correrse contra su boca.

Él no se detuvo ni un segundo. Cuando subió de nuevo a su altura, su erección marcaba con claridad el pantalón de chándal. Se lo bajó sin ceremonia, quedando completamente desnudo. Brynn le rodeó el cuello con los brazos y le murmuró contra la boca:

—Hazme tuya.

Dom la miró con ojos encendidos, sujetándola de las caderas mientras la penetraba en un solo movimiento firme y profundo. Ambos soltaron un gemido, sus cuerpos uniéndose con fuerza contenida.

Se movía dentro de ella con embestidas profundas, pausadas al principio, como si quisiera memorizar cada milímetro de su interior. Brynn se aferraba a su espalda, sintiendo cómo la llenaba por

completo, estirándola al máximo. Él la tomaba con el cuerpo, pero también con la mirada, como si no existiera otra mujer, otro mundo, otra vida.

—Mírame —ordenó él, con voz grave, cuando Brynn cerró los ojos al borde del orgasmo—. Quiero verte cuando te corras para mí.

Ella obedeció. Y se vino abajo. Un gemido desgarrado, húmedo, atravesado de emoción le estalló en la garganta mientras se corría otra vez, con las piernas temblando y los ojos inundados. Dom no se detuvo, siguió bombeando dentro de ella con fuerza creciente hasta que gruñó su nombre al venirse dentro, empujando hondo una última vez.

Durante un momento solo se oyó la respiración agitada de ambos, mezclada con los latidos acelerados que parecían llenar la habitación entera. Dominic se dejó caer de lado, llevándola consigo, sin salirse de ella, abrazándola con fuerza.

—Yo también te amo, Brynn Mitchell —susurró finalmente, con la voz rota por la emoción y el placer—. Joder si te amo.

Ella sonrió, enterrando el rostro en su cuello, con lágrimas silenciosas empapándole la piel. Por primera vez en años, no tenía miedo. Por primera vez en la vida, sabía que pertenecía a alguien de verdad.

Y ese alguien era suyo también.

ΔΔΔ

La cocina olía a café recién hecho, pan tostado y algo dulce que Brynn había sacado del congelador la noche anterior. Dominic estaba en la encimera, en camiseta blanca ajustada y pantalones deportivos, removiendo el café en dos tazas enormes mientras Brynn, sentada en una de las sillas con las piernas recogidas, mordisqueaba un croissant con una sonrisa tranquila.

—¿Y hoy qué toca, jefa? —preguntó él, girándose para dejarle su taza delante y robarle un beso de los labios con sabor a mermelada.

—Entrevista de trabajo. A las once —respondió, dándole un sorbo al café descafeinado mientras lo miraba por encima del borde de la taza—. Para cubrir mi baja.

Dom alzó una ceja, divertido.

—¿No piensas convertirte en madre a tiempo completo y abandonar tu imperio floral?

—Lo dices como si no pudieras verme embarazada de ocho meses, con la barriga enorme y ordenando pedidos de orquídeas en la trastienda —dijo Brynn, con una sonrisa torcida.

—Te veo, sí —murmuró él, mirándola con una mezcla de deseo y ternura.

Brynn se ruborizó levemente. Aún no se acostumbraba a cómo la miraba, ni siquiera cuando tenía ojeras, marcas de almohada en la cara y un moño torcido que amenazaba con colapsar.

—Tengo el CV de una candidata. Se llama Bianca Peretti. Veinticinco años, experiencia en decoración floral para eventos, buena formación y por teléfono ha sonado muy profesional —recitó Brynn los datos de memoria.

—¿Nombre italiano? —preguntó Dom, apoyando los codos sobre la mesa—. ¿Qué te juegas a que es guapísima?

—La he buscado en Instagram, pero parece que no tiene redes, aunque su voz tenía ese rasgueo ronco tan sexy —rio Brynn—. Pero tranquilo, no tiene pinta de querer robarme el negocio ni al hombre.

—Lo del negocio me da igual —gruñó Dom con tono de broma—. Pero lo del hombre… está muy claro quién soy y de quién soy.

Brynn sonrió, esa sonrisa que sólo le salía con él. Le acarició la mano con los dedos mientras recogían la mesa.

—Vienes conmigo, ¿no?

—¿Para intimidarla un poco?

—Para que te enamores de lo bien que lo he montado todo —contestó, guiñándole un ojo—. Y si te portas bien, puedes ayudarme a etiquetar los jarrones nuevos.

—No me provoques, Mitchell —murmuró él,encaminándola al pasillo para ir a preaprarse.

ΔΔΔ

Una hora más tarde, la SUV negra de Dom se detuvo frente a la pequeña floristería. Brynn bajó del coche, con su vestido veraniego ajustándose a sus pechos y vientre de embarazada y el moño ahora perfectamente recogido. Dom le abrió la puerta con gesto protector, siempre atento, y se encaminaron a la entrada de la floristería.

Desde fuera se veían los estantes repletos de ramos ya preparados, tarros de cerámica, macetas colgantes y tarjetas artesanales. Todo ordenado, delicado y lleno de vida.

Bianca ya esperaba sentada en una de las sillas que Brynn tenía dispuestas junto a la entrada, un pequeño rincón rodeado de macetas de flores, arbustos y una pequeña pérgola que invitaba a sentarse para una charla tranquila. En muchas ocasiones, las novias llegaban agobiadas, nerviosas y sobrepasadas, ese rincón fresco rodeado de vegetación era el espacio perfecto para calmarlas y mostrarles lo bonito y especial que era el momento de escoger las flores para su día.

Bianca era joven, pero en su mirada se vislumbraba una madurez inusual. Tenía el cabello negro azabache, muy largo y suelto, cayéndole como una cascada por la espalda. Piel clara, ojos enormes y oscuros, figura femenina pero menuda. Vestía de forma sencilla: falda larga vaporosa azul marino, blusa color crema de manga corta y unas sandalias sin tacón. Se levantó enseguida al verlos llegar.

—¿Brynn Mitchell? Encantada. Soy Bianca —dijo con una voz suave pero clara, tendiéndole la mano con una sonrisa educada, apenas un atisbo de timidez en sus mejillas.

—Encantada, Bianca —respondió Brynn, correspondiendo al gesto con calidez—. Él es Dominic, mi socio… en la vida, no en la floristería —añadió con humor.

Bianca se rio bajito y asintió.

—Un placer.

—El placer es mío —dijo Dom con un tono cordial, pero se mantuvo en segundo plano, evaluando en silencio como hacía siempre.

Brynn condujo a Bianca al pequeño despacho acristalado al fondo de la tienda. Se sentaron frente a frente, y durante los siguientes veinte minutos hablaron con fluidez. Bianca, aunque al principio parecía algo cohibida, respondió con seguridad. Había trabajado en eventos importantes, sabía organizar pedidos grandes y pequeños, y demostró tener un gusto exquisito por el detalle. También reconoció que le encantaba la floristería como espacio físico, que sentía una conexión especial con el ambiente del local y que, aunque era joven, sabía asumir responsabilidades.

—Lo que necesito es a alguien que no sólo mantenga el ritmo, sino que cuide este sitio como si fuera suyo durante los meses que esté centrada en el bebé —le explicó Brynn con naturalidad, apoyando una mano sobre su vientre.

—Entiendo perfectamente —asintió Bianca, y por un instante sus ojos se suavizaron aún más—. Me parece muy bonito lo que has creado aquí. Yo… no tengo hijos, pero cuidé de mi madre durante años. Sé lo que es asumir cosas grandes cuando toca.

Brynn se quedó en silencio unos segundos. Algo en su voz, en su entereza tranquila, le resultó familiar. Como si la hubiese elegido ya sin darse cuenta.

—¿Puedes empezar mañana?

Bianca parpadeó sorprendida, luego sonrió con ilusión contenida.

—Claro que sí. Muchas gracias, de verdad.

Brynn se levantó, le tendió la mano para sellar el trato, pero Bianca la abrazó brevemente con ternura. Nada fuera de lugar. Simple gratitud genuina. Luego salió, prometiendo enviar los últimos papeles firmados esa misma tarde.

Cuando se quedaron solos en el despacho, Dominic se cruzó de brazos y murmuró:

—Vale. Esa chica es un ángel.

—Y yo que pensaba que ibas a estar todo el rato con cara de gorila celoso.

—Estaba concentrado. Es guapa, pero no es tu rival, nena. Nadie podría serlo. Además —añadió, cogiéndola de la cintura—, esa timidez no me va. A mí me ponen tus miradas descaradas, tu cuerpo jugoso y esa mente tuya, inteligente y fuerte.

Brynn se rio y se dejó abrazar.

—Estoy contenta. Bianca va a ser perfecta. Puedo sentirlo.

Dom besó su frente con fuerza.

—Lo estás haciendo todo perfecto, Brynn. El negocio, el bebé, tú. Estoy tan jodidamente orgulloso de ti.

Brynn tragó saliva, con los ojos vidriosos.

—No me sueltes nunca, Dom.

—Ni en esta vida, ni en la que venga después.

ΔΔΔ

Tres días después, el cielo de Chicago amaneció cubierto por nubes densas y grises, como si la ciudad presintiera la tensión que flotaba en el aire. La SUV negra de Dominic avanzaba en silencio por la avenida que conducía al juzgado. Dentro, Brynn iba con las manos entrelazadas sobre su regazo, serena. Había dormido bien, desayunado ligero y se había vestido con una falda larga de lino burdeos, un jersey fino color crema que dejaba ver su evidente embarazo y una coleta tirante que enmarcaba su rostro con decisión.

Dominic, en cambio, parecía un lobo enjaulado.

Vestía camisa negra con las mangas remangadas, pantalón oscuro, zapatos de cordones impecables. Los nudillos blancos de tanto

apretar el volante. La mandíbula apretada, los ojos fijos en la calle como si pudiera romperla con la mirada.

—Dom —murmuró Brynn, sin dejar de mirar al frente—. Respira.

Él no respondió, pero su pecho se expandió lentamente. Brynn giró la cabeza y le acarició la nuca con la yema de los dedos, suave.

—Estoy bien. Lo tengo todo bajo control.

—No dudo de ti, Brynn. Dudo del sistema —masculló él—. Dudo de ese cabrón al que vamos a ver en esa sala. Y me muero por sacarlo de allí a golpes.

—No vas a hacerlo —le recordó ella, con dulzura firme—. Porque no vas a darle a ese monstruo el placer de verte perder el control. Hoy gana la ley. Y la ley está con nosotros.

Dom bajó un poco la ventanilla para respirar aire fresco y le apretó la pierna con fuerza, sin decir más. Pero su gesto decía lo que sus palabras contenían: *Estoy contigo. Hasta el final*.

A la entrada del edificio, Gabriella ya esperaba. Llevaba su habitual traje de chaqueta ajustado, esta vez en gris oscuro, y el cabello castaño recogido en una coleta baja impecable. A su lado, Tess, en un vestido entallado azul noche, sostenía una carpeta con algunos documentos. Max, de traje negro sin corbata y la camisa abierta en el cuello, miraba el reloj con gesto impaciente.

Cuando la SUV se detuvo y Brynn bajó, seguida de cerca por Dominic, los tres se giraron al unísono. Tess fue la primera en acercarse.

—Estás preciosa —murmuró, abrazando a Brynn con fuerza—. Y fuerte como el acero. Lo tienes.

—Gracias —susurró Brynn.

Max le tendió la mano a Dominic y luego la apoyó en el hombro de Brynn, con su típico gesto serio pero protector.

—Vamos a estar todos dentro. No estás sola.

Gabriella se acercó entonces con un andar firme.

—Antes de entrar, quiero repasar bien cómo va a funcionar esto, Brynn. —Abrió la carpeta y comenzó a hablar con fluidez—. El proceso de hoy es una vista preliminar. El señor Thomas ha solicitado el derecho a una prueba de paternidad, alegando su matrimonio contigo y su supuesto derecho sobre el bebé. Nosotros vamos a presentar la petición de denegación basada en múltiples fundamentos: historial de abuso, denuncias registradas, orden de alejamiento previa y su encarcelamiento actual por agresión con agravantes.

—¿Y la jueza? —preguntó Brynn con voz tranquila.

—Simmons —respondió Gabriella, asintiendo—. Dura. Intransigente. Muy legalista. Pero te diré una cosa, y no me baso en suposiciones: jamás ha fallado a favor de un agresor cuando las pruebas eran claras. No es emocional, pero es justa. Sabe lo que es el miedo. Y odia a los hombres que lo provocan. Ella misma tiene una historia personal, aunque eso no sea de dominio público. Todo eso juega a nuestro favor.

Brynn asintió lentamente.

—¿Y nuestro objetivo?

—Evitar que se autorice la prueba de ADN. Si lo conseguimos, cortamos de raíz cualquier posibilidad de que él reclame la paternidad. No hay prueba, no hay derechos. Y cuando nazca tu bebé, tú decides si quieres registrarlo sin padre biológico. Dominic puede ejercer la paternidad voluntaria después, si así lo deseáis.

Dom asintió con firmeza.

—Lo deseo.

Gabriella lo miró de reojo y añadió:

—La clave es que Brynn no pierda la compostura ni por un segundo. Estás embarazada, fuiste víctima, y tienes a un hombre que no sólo te acompaña, sino que está dispuesto a protegerte con todo. Hoy, más que nunca, tu serenidad es tu poder.

Justo en ese momento, una voz femenina, chillona y desagradablemente familiar, rompió la calma del vestíbulo.

—¡Ah, claro! Todos aquí con sus trajes y su aire de superioridad. Como si esta zorra fuera una santa.

Dee.

La madre de Robert apareció por la entrada lateral acompañada únicamente por el abogado defensor, un tipo pálido, joven, de traje barato y rostro tenso. Dee llevaba un vestido rojo chillón, gafas de sol grandes que no ocultaban su expresión arrogante, y un bolso enorme del que sacó un pañuelo con dramatismo. Todo gritaba vulgaridad.

Intentó acercarse a Brynn directamente, señalándola con un dedo tembloroso de falsa indignación.

—Mi hijo va a demostrar que ese crío es suyo. Y tú vas a pagar por todo lo que le has hecho. ¿Me oyes? ¡Por mentirosa! ¡Por puta!

Dom dio un paso al frente, pero Max lo detuvo con una mano en el pecho.

Gabriella, en cambio, se giró con elegancia letal.

—Señora Thomas —dijo con voz afilada—. Si vuelve a dirigirse a mi clienta sin autorización, le garantizo que esta escena formará parte del expediente de acoso y será añadida como agravante. En este tribunal se permite la defensa legal, no el espectáculo ni la agresión verbal. Señor Parson —añadió mirando al joven abogado de Robert —, controle a su clienta o pediré medidas cautelares contra ambos.

El abogado murmuró una disculpa vacía y tiró suavemente del brazo de Dee, que seguía gritando improperios entre dientes, cada vez más lejos del grupo.

Brynn ni siquiera se había movido.

Dom la miró con asombro y orgullo silencioso.

—Esa —susurró Max—. Es la mirada de quien ya ha ganado. Aunque a esa bruja no le vendría mal un correctivo —dijo con su mirada perdida por donde el abogado de Robert se había llevado a Dee.

Brynn respiró hondo y enderezó los hombros.

—Vamos dentro.

Hacía años que Brynn no parecía tan serena y decidida. Tess la observó orgullosa, Dom asombrado y Max esbozó una media sonrisa peligrosa. Brynn no estaba sola y lo iba a demostrar en unos minutos. A su espalda se erguía una muralla. Una familia.

ΔΔΔ

La sala del tribunal número 4 del distrito judicial de Cook County olía a madera barnizada y a papeles viejos. Brynn se sentó en el banco designado para la parte demandada con Gabriella a su lado. Dom, silencioso pero imponente, ocupó el asiento inmediatamente detrás de ella. Tess y Max se acomodaron junto a Dom y en la fila contigua lo hicieron Ivy, Asher, Landon y Sienna que habían llegado minutos después, todos ellos formando una barrera física y emocional para Brynn.

Al otro lado del pasillo, sólo dos personas. Dee Thomas, altiva y mal maquillada, se sentó como si aquello fuera un concurso de teatro. Junto a ella, el abogado de Robert, el joven Parson, repasaba sus notas con un nerviosismo que no lograba disimular.

La puerta trasera de la sala se abrió. Dos agentes del condado escoltaban a un preso, aunque en esta ocasión lo hacían en calidad de parte demandante.

Robert.

Tenía peor pinta de lo que Brynn recordaba. El mono naranja colgaba de su cuerpo más delgado, ojeroso, el cabello sin brillo y los labios agrietados. Aun así, su mirada era la misma: enferma de odio, retorcida por un orgullo machacado. Nada más entrar, sus ojos buscaron a Brynn como un animal busca a su presa. Ella se mantuvo firme. Ni un pestañeo. Ni una lágrima. Ella mantuvo la vista al frente y no le dio la satisfacción a ese monstruo de reaccionar a su

presencia. El horror seguía vivo en su memoria, sí, pero el miedo había muerto hacía mucho tiempo.

Dom apretó los puños. Solo Max, con una mano firme en su hombro, impidió que se alzara. Tess tragó saliva con fuerza y se inclinó hacia adelante, pero Ivy le tocó la pierna discretamente. Sienna mantenía la mirada baja, pero ya estaba anotando mentalmente el nombre del abogado para investigarlo. Ash, al lado de Ivy, tenía los músculos tensos como acero.

Entonces se escuchó la frase:

—En pie, se abre la sesión. Preside la honorable jueza Alberta Simmons.

Una mujer de unos sesenta años, piel negra tersa y mirada de granito entró en la sala con la autoridad de quien nunca ha dejado un culpable sin castigo ni a una víctima sin justicia. El estrado parecía parte de su cuerpo. Se sentó, revisó el expediente unos segundos y alzó la vista con expresión neutra.

—¿Señor Parson, desea usted presentar su alegato?

El abogado de Robert se puso en pie y tragó saliva antes de hablar.

—Sí, su señoría. Mi cliente, el señor Robert Thomas, solicita el derecho legal a realizar una prueba de paternidad sobre el hijo no nacido de su exesposa, la señora Brynn Mitchell. A pesar de estar actualmente cumpliendo condena por un incidente lamentable, el señor Thomas es el exmarido legal de la señora Mitchell y, de acuerdo con el Código Familiar de Illinois, capítulo 750 ILCS 45/6, considera tener derecho a establecer o impugnar la paternidad del menor, así como a solicitar derechos futuros de visita o custodia compartida, en caso de confirmarse su vínculo biológico.

—¿Tiene alguna justificación de peso para esta petición más allá de la ley mencionada? —preguntó Simmons, con voz impasible.

—Creemos que la paternidad biológica, en este caso, debe prevalecer por encima de cualquier conflicto personal derivado de hechos pasados. El derecho del menor a conocer a su padre biológico es un principio fundamental de equidad.

—Gracias. Señora Thorne —dijo la jueza, girando apenas la cabeza —, es su turno.

Gabriella se puso de pie con la serenidad de quien no necesita elevar la voz para aplastar a su oponente.

—Su señoría, es imprescindible subrayar el contexto: mi clienta, Brynn Mitchell, está divorciada del señor Thomas desde hace ocho meses. El motivo: agresión con agravantes, tentativa de homicidio, y abuso físico y psicológico continuado durante los tres años previos al divorcio. Aquí tiene usted los informes médicos, policiales y psicológicos certificados por los servicios sociales y el hospital Chicago Mercy —Gabriella colocó una carpeta ante la jueza con mano firme—. En la noche en la que este bebé pudo haber sido concebido, mi clienta fue víctima de una agresión brutal que incluyó violencia física extrema, amenaza de muerte y un acto repetido de violación.

Un murmullo recorrió la sala. Simmons alzó una mano y el silencio volvió como un látigo.

—El señor Thomas fue condenado a una pena de siete años y medio por tentativa de homicidio, está cumpliendo condena en el Centro Correccional de Stateville, y no ha mostrado arrepentimiento ni remordimiento alguno. El Código Familiar al que alude el abogado de la parte demandante también contempla —artículo 607.6— que ningún tribunal está obligado a conceder derechos de paternidad a un hombre que ha sido condenado por violación contra la madre del menor.

Gabriella inspiró profundamente.

—El objetivo de esta vista es proteger a un bebé no nacido de un entorno violento, coercitivo y absolutamente incompatible con su bienestar. Mi clienta no solicita venganza. Solicita protección. Y en base al historial del señor Thomas, a su condena vigente y a la legislación estatal, solicitamos la desestimación total de la petición.

La jueza Simmons asintió lentamente. Su rostro, hasta entonces de mármol, adoptó un matiz más severo cuando miró a Robert. Sus

ojos se detuvieron en él como si lo pesara, lo juzgara más allá de la ley.

—Gracias, señora Thorne. ¿Desea ejercer su derecho a alegato final?

Gabriella miró a Brynn y asintió.

—Sí, su señoría. Mi clienta hablará por sí misma.

Brynn se levantó despacio. Todo el banco tras ella se tensó. Dom contuvo la respiración. Tess aferró la mano de Max.

Brynn se plantó firme ante la sala y, sin mirar a la jueza, clavó los ojos en Robert.

—No tienes poder sobre mí —empezó, con voz clara, sin temblor—. No sé si lo tuviste alguna vez, en realidad. Durante mucho tiempo lo confundí con amor, con culpa, con miedo. Pero ya no. Lo que hiciste… el horror al que me sometiste… vive en mí, sí. En mi memoria. En mi cuerpo. Pero ya no me destruye. Y jamás te permitiré acercarte a lo que más amo.

Robert intentó hablar, pero uno de los policías lo empujó con firmeza para que callara.

—Este bebé no será como yo. No crecerá sintiéndose culpable por existir, ni pensando que el amor duele. Y no, no me importa si tu ADN está en sus células. Porque ser padre no se reduce a una maldita prueba.

Su voz se quebró un segundo, pero no cayó.

—Para ser padre hay que ser amable. Tener empatía. Ser protector. Ser tierno sin ser débil. Firme sin ser cruel. Hay que ser capaz de amar sin destruir.

Lo miró como si lo viera por primera vez.

—Tú no eres capaz de nada de eso. Nunca lo fuiste. Y hoy me aseguro de que nunca tengas la oportunidad de volver a entrar en mi vida ni en la de mi bebé.

Entonces se volvió hacia la jueza, hizo una leve inclinación con la cabeza y regresó a su asiento. Dom le cogió la mano con fuerza.

Simmons dejó pasar unos segundos.

Luego se irguió.

—No necesito tiempo para deliberar. Conozco el caso de primera mano y me parecería cruel hacer esperar a una víctima de abuso y maltrato sobre la posibilidad de que su agresor tenga derechos sobre su hijo no nacido.

Su voz sonó como un martillo. Sus palabras despertaron un leve sentimiento de esperanza en Brynn.

—Tras revisar las pruebas, escuchar a ambas partes, y valorar el contexto legal y penal, el tribunal desestima con carácter definitivo la solicitud del señor Robert Thomas. No se autoriza ninguna prueba de paternidad. No se concede ningún derecho de reclamación futura. Este tribunal considera que tal contacto supondría un riesgo para la madre y el menor. Quiero que conste en acta un apunte particular de esta magistrada: Un agresor capaz de someter a otro ser humano al horror, violencia y abuso como el que he visto por parte del señor Thomas sobre la señora Mitchell, no debería tener derecho a ejercer ningún tipo de vínculo familiar con nadie de su entorno, mucho menos si se trata de un menor. Y lamento que la ley no me permita imponer una condena mayor a los aberrantes actos cometidos por Robert Thomas.

Un silencio reverente invadió la sala.

—Se levanta la sesión.

El golpe seco del mazo fue como un portazo definitivo e irreversible al pasado de Brynn.

ΔΔΔ

Las puertas del tribunal se abrieron de par en par, dejando que la luz gris del mediodía bañara los escalones. Brynn salió entre Dom y Gabriella, seguida de cerca por Tess, Max, Ivy, Ash, Lan y Sienna. El aire de verano soplaba con fuerza, pero su pecho ardía de una

mezcla de alivio, fuerza y una emoción que aún no había podido nombrar.

El mundo parecía distinto. Más ligero. Robert había perdido. Y había perdido para siempre.

—Lo hiciste, Brynn —dijo Gabriella, girándose hacia ella—. Lo hiciste tú. Con tus palabras, tu temple y tu verdad. Estoy orgullosa de haberte representado.

—Y nosotros —añadió Max—. Muy jodidamente orgullosos.

Tess la abrazó con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Ya está, Brynn. Se acabó.

Dom no decía nada. Solo tenía los ojos clavados en ella como si quisiera grabarla en su retina, como si su alma entera estuviera atrapada en esa mujer que acababa de ganarle una guerra a su pasado.

Ivy la tomó de la mano con delicadeza.

—Eres la mujer más valiente que conozco.

—Bueno —bromeó Ash en voz baja—. Empieza a parecer que los Vance y los Vaughn no saben enamorarse de otra clase de mujer.

Todos rieron. Brynn sonrió, con las mejillas húmedas y las manos temblorosas.

Y entonces, un chillido estridente rompió el emotivo momento.

—¡Ramera! —gritó una voz aguda.

Fue solo un segundo. Un borrón rojo furioso bajando los escalones. Dee, con el rostro descompuesto por el odio, apartó de un empujón al joven abogado de su hijo y se abalanzó sobre Brynn.

—¡Zorra mentirosa! ¡Le arruinaste la vida a mi hijo! ¡Te mereces pudrirte!

Antes de que Dom o Max pudieran reaccionar, Dee empujó a Brynn con las dos manos abiertas en el pecho. Brynn, que estaba al borde de las escaleras, perdió el equilibrio.

—¡BRYNN! —gritaron varios al unísono.

El mundo pareció ir a cámara lenta.

Brynn cayó hacia atrás, su cuerpo golpeando los tres escalones de piedra con un sonido sordo, seco, cruel. La cabeza rebotó contra el último peldaño, y su cuerpo quedó tendido sobre la acera, de lado, con las piernas encogidas y las manos en el vientre.

—¡NO! —rugió Dominic, arrodillándose a su lado al instante, sin poder respirar.

Tess e Ivy estaban ya sobre ella, sus voces firmes y profesionales, como si un interruptor se hubiera activado. Ash y Lan se habían lanzado sobre Dee, sujetándola con fuerza contra una columna del tribunal. La mujer chillaba e intentaba zafarse, pero ya estaba inmovilizada. Gabriella llamó a gritos a uno de los oficiales del juzgado.

—¡Esa mujer acaba de agredir a una embarazada! ¡Queda detenida por intento de homicidio! ¡Si no la procesan ustedes, lo haré yo personalmente con cada fiscal del distrito! ¡Que se la lleven YA!

Pero nadie miraba a Dee.

Todos estaban sobre Brynn.

—Está consciente —dijo Tess, con voz rápida—. Pupilas reactivas. No hay sangrado externo por el cráneo.

—Brynn, mírame —ordenó Ivy, apoyando las manos en su rostro—. ¿Dónde te duele?

—E-el… vientre —jadeó Brynn, con el rostro empapado—. Me duele… y he roto aguas.

Dom se congeló.

—¿Qué?

—Se ha puesto de parto —confirmó Tess—. Bolsa rota. Líquido amniótico claro. No hay sangrado vaginal visible, lo cual es buena señal, pero no podemos descartar un desprendimiento de placenta. Necesita una ambulancia *ya*.

Sienna ya estaba al teléfono, coordinando con el 911. Ivy se quitó la fina chaqueta de verano y lo colocó bajo la cabeza de Brynn

mientras Dominic le sujetaba la mano temblando.

—Estoy aquí, nena —susurró él—. Estoy aquí, mi amor. Ya va a pasar. Vas a estar bien, tú y el bebé.

Brynn respiraba rápido, con el rostro descompuesto por el dolor.

—Duele, Dom. Duele mucho.

—Lo sé, nena, lo sé. Pero tú puedes. Siempre has podido —empezó a notar humedad en sus mejillas, estaba llorando, por primera vez desde que su madre murió, no pudo contener las lágrimas. Ver a Brynn en el suelo, sin poder moverse, vulnerable y herida lo estaba rompiendo.

Las sirenas sonaron a lo lejos y no tardaron en acercarse. Una ambulancia aparcó frente al tribunal mientras dos sanitarios bajaban de inmediato con la camilla. Tess se puso de pie con autoridad.

—Soy la doctora Tess Mitchell del Chicago Mercy. Esta es Ivy Bennet, enfermera pediátrica de urgencias. La paciente tiene treinta y ocho semanas de gestación. Ha sufrido un traumatismo abdominal y caída desde nivel. Bolsa rota, sin sangrado activo visible. Riesgo de parto prematuro. Posible DPPNI.

—Recibido. Vamos al Northwestern —respondió uno de los técnicos —. Tenemos incubadora neonatal y quirófano preparado.

—Yo subo con ella —dijo Tess.

—Y yo también —añadió Dom, con los ojos húmedos pero fijos en Brynn.

—Uno delante con el conductor —accedió el técnico. Pero ninguno estaba dispuesto a ceder.

—Avísame cuando lleguéis —dijo Max, ya al teléfono con el hospital —. Voy a mover cielo y tierra para que estén listos.

Ivy besó la frente de Brynn, que ya gemía con contracciones regulares. Gabriella volvió junto a ellos, tensa, pero centrada.

—Dee ya ha sido procesada. La llevarán a comisaría. Haré todo lo posible para que no salga libre.

—Gracias —susurró Dom, sin apartar la vista de Brynn.

La camilla entró en la ambulancia. Tess y Dom subieron a ambos lados de Brynn antes de que el técnico se opusiera. Las puertas se cerraron con un golpe seco.

La sirena volvió a sonar mientras el vehículo se perdía entre el tráfico.

La ambulancia atravesó la avenida como un latido desbocado, con las luces reflejándose en los cristales de los edificios y la sirena abriéndose paso entre el tráfico como un grito urgente. En su interior, Tess sujetaba la mano de Brynn mientras monitorizaba su frecuencia cardiaca y controlaba las contracciones con ayuda de los técnicos.

—Ritmo fetal irregular. No bradicardia sostenida, pero hay desaceleraciones —informó Tess con voz tensa—. Está empezando a haber sufrimiento fetal. Hay que actuar pronto.

—Me duele… —gimió Brynn—. Tess… el bebé…

—Lo tienes, Brynn. Solo respira conmigo. Ya casi llegamos. Estoy contigo.

Dominic, sentado junto a la cabeza de Brynn, apretaba los puños con tanta fuerza que se había abierto la piel de las palmas. No podía hacer nada. No podía tocarla. Y la impotencia lo estaba consumiendo.

En cuanto llegaron a Urgencias obstétricas del Northwestern Memorial Hospital, el equipo médico los recibió con una camilla lista y una doctora al mando.

—Paciente de treinta y ocho semanas, caída con traumatismo abdominal, sospecha de DPPNI —dijo Tess, transmitiendo la información mientras caminaban con la camilla en movimiento.

—Soy la Dra. Locke, obstetricia. Vamos a evaluar con ecografía urgente, pero si hay desprendimiento de placenta o sufrimiento fetal confirmado, iremos a cesárea directa.

—¡Quiero estar con ella! —gritó Dom cuando los médicos empujaron la camilla hacia la zona de quirófanos—. ¡Soy su pareja! ¡El padre del bebé!

—No puede pasar aún, señor —respondió uno de los enfermeros, bloqueándole el paso—. Esperaremos valoración de la obstetra.

—¿Y yo? —preguntó Tess, ya cambiada con bata verde quirúrgica.

—Solo personal neonatal. —La Dra. Locke vaciló un instante—. ¿Pediatra?

—Doctora Tess Mitchell, cirujana pediátrica, y, además, conozco el historial. Por favor. Solo quiero evaluar al bebé al nacer.

La médica dudó. Luego asintió brevemente. La obstetra había oído hablar de ella.

—Muy bien. Quédese en la zona estéril. El anestesista ya está preparando el bloqueo espinal. Será una cesárea urgente, no de emergencia. Pero no tenemos margen para esperar. Vamos.

Tess giró la cabeza un segundo hacia Dom, antes de cruzar la puerta doble.

—Si todo va bien, tú harás el piel con piel. Prepárate.

Dom asintió, incapaz de pronunciar palabra.

En el interior del quirófano la tensión era palpable, el silencio solo se rompía ante las indicaciones de la obstetra y el anestesista. Brynn había sido sedada, el dolor de la caída no podía interferir en el procedimiento quirúrgico.

—Anestesia administrada. La paciente está estable.

—Incisión Pfannenstiel. Vamos a bisturí.

Tess se situó junto al equipo neonatal, guantes puestos, mascarilla en su lugar, el corazón acelerado. El campo quirúrgico se abrió entre los paños estériles, y en pocos minutos, la Dra. Locke alcanzó el útero.

—Aquí vamos. Nacimiento inminente.

Un segundo de tensión. Un chorro de líquido amniótico. Y luego, una cabecita emergiendo. Tess se adelantó con el paño quirúrgico limpio entre las manos.

—¡Tenemos a la niña! —anunció la obstetra.

El llanto resonó en la sala antes incluso de que cortaran el cordón. Agudo. Fuerte. Vivo.

Tess la sostuvo con manos expertas, la envolvió en una sábana caliente y se dirigió con ella al área de reanimación neonatal.

La observó.

Y supo la verdad de inmediato.

La niña tenía la piel de un color caramelo suave y uniforme. Nada que ver con el tono enfermizamente pálido de Robert. Su cabello era negro, espeso, desordenado. Y los ojos —aunque aún azul oscuro de recién nacida— eran enormes, almendrados, intensos. No había duda.

Era hija biológica de Dominic Vance.

Tess se quedó en silencio un momento. Luego se giró hacia la zona contigua, donde Dominic esperaba con la bata quirúrgica y los ojos abiertos como si esperara el fin del mundo.

—Dom —susurró ella—. Quiero que la mires bien.

Le entregó el pequeño bulto envuelto. Dominic la recibió como si sujetara un pedazo de cielo.

Y entonces lo vio.

No hizo falta más.

Se quebró en silencio. Lágrimas gruesas bajaron por su barba sin que pudiera detenerlas. La sostuvo contra su pecho, la besó en la frente húmeda. Ella seguía llorando, pero con fuerza. Con vida.

—Es mía —susurró—. Es mi niña. Es mi hija…

—Sí —dijo Tess con una sonrisa emocionada—. Lo es. Lo ha sido desde el primer latido.

Tess colocó al bebé directamente sobre el torso desnudo de Dom, que se tumbó en la camilla auxiliar. La niña se calmó poco a poco al sentir el calor de su piel. Su llanto se volvió un murmullo.

En ese momento, la Dra. Locke apareció junto a ellos, aún con los guantes puestos.

—La madre está estable. La cesárea ha ido bien. Pérdida moderada de sangre, controlada. Ya está en recuperación anestésica. En cuanto se despierte, la trasladaremos a planta. El traumatólogo pasará después a evaluar posibles heridas por la caída, aunque todo parece estar en su sitio.

Dom cerró los ojos, vencido por el alivio.

—Gracias. Gracias, doctora.

—La pequeña está perfecta —añadió Tess—. 10 sobre 10 en Apgar. Ni siquiera necesitamos incubadora. Pero vamos a hacer un seguimiento en neonatos, por precaución.

—Está bien —susurró él—. Mientras pueda estar con ella.

—Y lo estarás —afirmó Tess—. Ella siempre ha sido tu pequeña, da igual las circunstancias, pero ahora, absolutamente nadie te la puede quitar.

La camilla rodó suavemente por el pasillo hacia la sala de neonatología, con Dom llevando a su hija sobre el pecho, la mirada anegada y firme, la emoción desbordada en silencio.

Todo parecía estar ordenándose, tomando su lugar legítimo al fin.

CAPITULO 6

El aire olía a una mezcla de desinfectante y recién nacido, ese olor único de los bebés que acababan de llegar al mundo, inocente y puro. Una luz tenue se filtraba por la cortina cerrada, proyectando una penumbra suave en la habitación silenciosa. El monitor cardíaco emitía pitidos pausados, rítmicos. Sobre la mesilla, una taza de café a medio terminar yacía olvidada, enfriándose desde hacía horas.

Brynn parpadeó con lentitud. Su cuerpo seguía adormecido por la epidural, la cabeza algo embotada por el sedante administrado tras la cesárea de urgencia y por el golpe sufrido en la caída por las escaleras. Pero su corazón y su alma se activaron al instante al reconocer la figura que estaba sentada junto a ella, como una constante silenciosa.

Dominic.

Dormía en la butaca de hospital, despatarrado, con la cabeza ladeada y los párpados cerrados, pero había una expresión tan profunda, tan inabarcable en su rostro, que Brynn sintió que se le encogía el pecho. Sobre su pecho desnudo, acunada contra él con un gorrito de hospital color rosa, había una criatura minúscula. ¿Una niña? Su bebé.

Su hija.

—¿Dom? —susurró, la voz rota por la emoción.

Él abrió los ojos al instante. Parpadeó un par de veces, se incorporó con cuidado, y cuando se inclinó hacia ella, Brynn sintió que la realidad la envolvía al fin.

—Hola, amor —murmuró Dom, con una ternura que le rozó la piel más que cualquier caricia.

—¿Cómo… cómo está? —preguntó Brynn, con la voz ronca. Miraba con hambre al bultito sobre su pecho.

Dom sonrió, y esa sonrisa era luz, como si supiera un secreto, algo milagroso que había sucedido y estaba deseando ver la cara de ella cuando lo supiera. Y así era.

—Está perfecta —dijo—. Es una niña. Una niña preciosa. La más fuerte que he visto nunca.

Con manos suaves, la recogió con infinito cuidado y se la tendió colocándola con seguridad en los brazos de su madre, como si llevara toda la vida haciendo lo mismo. Brynn la recibió temblando, como si sujetase un milagro. La bebé abrió los ojos apenas un instante, dos profundos pozos color azul oscuro con motitas verdes en el fondo que le resultaron tan conocidos que el mundo entero pareció detenerse.

No necesitó más.

El nudo que había contenido durante meses se deshizo. Las dudas y los desvelos olvidados por fin.

Brynn no se engañaba a sí misma, desde que supo que estaba embarazada hubo una lucha en su interior, amando al pequeño ser que crecía en su interior, pero asustada de que cuando lo viera le recordara a su padre. A quién ella había creído que sería su padre.

El fantasma de Robert rodeó todo lo que tenía que ver con su embarazo. Y sí, al final sentía que el bebé era suyo, solo suyo. Y quizá de Dom, que se había ganado el derecho a ser su padre.

Pero esos miedos seguían en el fondo de su mente. Hasta ese instante, en que vio a su hija y toda la ansiedad se esfumó de un plumazo.

—Es tuya —susurró, sintiendo que algo roto en su interior por fin sanaba—. Dominic… es tu hija. Sus ojos, su piel, su cabello. No hay ninguna duda.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. El alivio era más fuerte que cualquier otro sentimiento. Nunca más tendría que preguntarse si Robert o su madre intentarían tener acceso a su bebé. Ese peligro había desaparecido, yo no había lugar para el miedo.

Dom se inclinó, con los ojos brillantes, sin decir nada. Su frente tocó la de Brynn y luego la de su hija. Besó la mejilla de ambas. No lloró, pero sus ojos estaban enrojecidos. Probablemente lo había hecho antes de que despertara, él había visto lo mismo que ella.

—Gracias por no rendirte —le dijo en voz baja—. Gracias por traerla al mundo. Gracias por quererla. Si tu fortaleza y tu resiliencia jamás hubiéramos tenido este momento. Yo jamás habría visto a mi hija nacer. Sabes que quería a ese bebé desde el momento que supe de su existencia, no me importaba el ADN, pero verla venir al mundo, con mi color de cabello, mi piel y probablemente mis ojos, me hizo dar gracias a cielo porque ella tuviera una madre que no se rendía.

Brynn asintió, besando la cabecita tibia de su hija. La pequeña se removió, se acurrucó aún más contra ella. La sala entera se desvaneció hasta que solo quedaron ellos tres.

—No tenía nombre para niña —confesó Brynn al cabo de un rato, acariciando con el pulgar la mejilla suave de su bebé mientras con el resto de la palma acunaba su cabecita—. Solo pensé en uno para niño: Tate. Tu segundo nombre.

Dominic tragó saliva. La miró con un amor tan desbordante que Brynn pensó que se derretiría.

—¿Puedo…? —dijo él, titubeante por primera vez en su vida—. ¿Puedo sugerirte uno?

Brynn asintió.

—Winona —dijo Dominic—. Era el nombre de mi abuela. La madre de mi madre, ella fue la que ayudó a criarnos cuando mi padre se largó, la perdimos un año antes que a mi madre. Ella me cuidaba. Me llamaba *utúhuna*, significa *mi pequeño roble* en lengua Sioux, Winona significa primera hija, en la misma lengua. Era la tribu de mi abuela y de mi madre, ambas eran amables y amorosas, aunque

siempre supe que lloraban por dentro por estar lejos de la reserva donde se criaron. Ambas fueron las primeras personas que me quisieron sin condiciones. De la misma forma que yo amo a esta pequeña. Y a ti.

El silencio se hizo solemne. Brynn tenía los ojos cargados de lágrimas no derramadas. Dominic no era muy explícito con su pasado antes de la casa de acogida. Le costaba horrores hablar de su madre. Ese pedazo de información sobre ella y su abuela era lo máximo que Brynn lo había oído hablar sobre el tema.

—Winona Vance —repitió Brynn en voz baja, dejando que el nombre cobrara forma en sus labios—. Es perfecto. Es… ella.

Dominic le tomó la mano, entrelazando sus dedos con los suyos con firmeza.

—Tenemos que rellenar los documentos —dijo entonces—. El certificado de nacimiento. Esta vez puedo firmar como lo que soy. El padre. Oficialmente. Legalmente. En todo.

Brynn le apretó la mano, la garganta demasiado apretada como para hablar.

—¿Winona Teresa Vance? —sugirió él.

Ella asintió, sonriendo con lágrimas aún en las pestañas.

—Y que sepa que fue concebida por amor. Antes de todo lo malo. Que sepa que vino de un lugar limpio, de un milagro —Brynn levantó la mirada con una sonrisa burlona que aligeró el ambiente cargado de emoción—. Aunque Tess odia su nombre completo, Teresa era también el nombre de nuestra abuela paterna.

Dominic se inclinó para besarla, largo, dulce, con la ternura de quien sabe que acaba de encontrar su lugar en el mundo. Luego se inclinó sobre Winona y dijo en voz baja:

—Eres mía. De los dos. Y voy a pasar el resto de mi vida agradeciendo a los cielos que existáis.

Brynn creyó de verdad que el destino, por primera vez en mucho tiempo, después de tanto dolor, le estaba devolviendo algo hermoso.

Algo real. Su familia.

ΔΔΔ

El ambiente en la Comisaría del Distrito 9 era gélido, no por la temperatura, sino por la tensión condensada entre los ladrillos grises, las persianas a medio cerrar y los rostros cansados de los agentes. En la sala de espera de acceso restringido, Gabriella Thorne estaba sentada con una pierna cruzada sobre la otra, impecable incluso a altas horas de la madrugada. Su traje azul oscuro seguía liso, sus labios, delineados con precisión, y su mirada, afilada como una cuchilla.

Frente a ella, un asistente del fiscal revisaba los papeles que ella misma acababa de poner sobre la mesa: la acusación por agresión agravada contra Dolores Thomas, conocida como Dee.

—No hay margen de negociación —dijo Gabriella con firmeza—. No esta vez. No después de haber golpeado a una mujer embarazada a término con la intención manifiesta de dañarla. No vamos a ofrecer ningún trato ni aceptar nada que no sea un juicio justo para que le caiga la pena máxima exigida por la ley.

Antes de que el fiscal pudiera responder, la puerta se abrió. Entraron dos figuras conocidas: Sienna, vestida con ropa informal pero impecable, mochila colgada al hombro; y Landon, con su sudadera con capucha abierta, el rostro serio, el paso firme.

—¿Interrumpimos? —preguntó Sienna, aunque su tono indicaba que no le importaba demasiado.

Gabriella se incorporó con gesto rápido.

—Depende —replicó—. ¿Traéis algo más jugoso que intento de homicidio?

Landon sonrió de lado. Sienna, en cambio, se acercó directamente a Gabriella y sacó una tableta de su mochila, desbloqueándola con un gesto rápido. Al mismo tiempo, su voz clara llenó la sala.

—Ha nacido la niña —dijo mirando a Gabriella—. Brynn y la pequeña están bien. Y no hay ninguna duda: Dominic es el padre biológico.

Gabriella alzó una ceja, cruzando los brazos con satisfacción.

—Eso complica las cosas para nuestro pequeño demonio en custodia —dijo, mirando hacia el pasillo que conducía a las celdas.

—Eso no es todo —intervino Sienna mientras conectaba la tableta a la impresora portátil del despacho—. Esto es lo que la enterrará.

La impresora empezó a escupir páginas con capturas de pantalla, extractos de mensajes, registros de alquiler y transferencias bancarias.

—Durante las últimas tres semanas, Dee realizó búsquedas en foros ocultos sobre cómo huir con un recién nacido sin dejar rastro. También compró una cuna, biberones, ropa de bebé, pañales… y alquiló una cabaña a cuarenta kilómetros al norte, cerca del lago Paloma. Propiedad bajo un nombre falso, pero el pago se hizo desde una cuenta vinculada a su identidad real.

—¿Secuestro premeditado? —preguntó el asistente del fiscal, blanqueando visiblemente.

—O asesinato y posterior secuestro —añadió Landon con gravedad —. No hay forma de saber cuál era el plan original, pero está claro que no era solo una venganza emocional. Esto fue logístico. Planeado al detalle.

Gabriella recogió los documentos, repasando las pruebas con velocidad de halcón. Su rostro permanecía impasible, pero su mandíbula marcada se tensó.

—Esto es más que suficiente para imputarla por tentativa de secuestro, asociación criminal si conseguimos vincular los foros, y, desde luego, denegación de fianza. Parece que hemos tenido suerte y la falta de autocontrol la ha traicionado. Si hubiera mantenido la cabeza fría probablemente no nos hubiéramos enterado del plan hasta que hubiera sido demasiado tarde.

—Bueno, ya la estaba monitoreando, solo que no me había dado tiempo a revisar los hallazgos —Sienna levantó un hombro, despreocupada, nada de eso se le hubiera pasado por alto. Después del juicio todos sus servidores hicieron saltar las alarmas.

Gabriella la miró y alzó el mentón levemente con una media sonrisa aprobatoria, luego caminó hasta la puerta, la abrió y dio una orden directa al agente de guardia.

—Que preparen el traslado inmediato de Dee Thomas a la sala de interrogatorios número tres. Que venga el juez de guardia. Vamos a presentar cargos formales esta mañana. Y avisad al centro de detención: esta mujer no verá la luz del sol sin una pulsera electrónica o una celda acolchada.

El agente asintió y desapareció con rapidez.

Gabriella giró sobre sus tacones hacia Sienna.

—Buen trabajo. No preguntaré cómo has accedido a estos datos, *Nocturna* —dijo, sin ironía, por primera vez llamándola por su alias hacker.

Sienna sonrió con un destello silencioso en los ojos. Lan le pasó un brazo por los hombros sin palabras, orgulloso.

—La próxima vez que esa zorra levante una mano, será para pedir permiso para usar el baño —gruñó Gabriella—. Y hasta eso lo tendrá que negociar con un guardia armado.

La puerta del fondo se abrió. Dos agentes arrastraban a Dee, aún esposada, con el rostro descompuesto. Al ver a Sienna y Lan, palideció aún más.

—Vais a pagar por esto —masculló.

Gabriella se adelantó un paso, con sonrisa helada.

—No, querida —replicó, depositando sobre la mesa las pruebas recién impresas—. Tú vas a pagar. Y en esta ocasión sin ningún descuento.

ΔΔΔ

A la mañana siguiente, la habitación 312 del ala de maternidad estaba bañada por la luz veraniega de media mañana, una claridad cálida que se colaba por los ventanales altos del Northwestern Memorial. La televisión estaba apagada, las persianas entreabiertas, y el silencio era apenas interrumpido por los sonidos glotones de Winona Vance mientras succionaba un biberón que le ofrecía su padre, Dominic Vance.

Dominic estaba sentado en el pequeño sofá de hospital, con las piernas separadas, el torso inclinado hacia delante y una expresión de concentración absoluta en el rostro. Sujetaba entre sus grandes manos el biberón tibio, inclinado con precisión. En su antebrazo, sostenida con una delicadeza asombrosa, descansaba Winona.

Dominic estaba haciendo gala de todos sus conocimientos sobre bebés. Había leído todo tipo de manuales y libros de recomendaciones sobre recién nacidos, desde autores prestigiosos a gurús *instagramers*.

Finalmente se había quedado con las indicaciones de un libro recomendado por la obstetra de Brynn. Así que lo sabía todo, sobre todo. Desde las señales de hambre hasta la postura en que debían poner a la bebé a dormir, pasando por el significado de los colores de las cacas.

—Eso es, mi chica lista —susurraba Dom, embobado—. Así se hace.

La criatura emitió un ruidito de satisfacción, y él sonrió como si acabara de ganar una guerra. Brynn lo observaba desde la cama con los ojos húmedos, abrazada a la almohada, las mejillas encendidas y el corazón desbordado.

Durante la noche, Dominic lo había hecho todo. Cada cambio de pañal. Cada mecida. Cada instante. No la había dejado moverse ni una vez, protegiéndola incluso de sí misma, y cuando Winona necesitaba dormir, se la entregaba a Brynn con un respeto reverente, como si su contacto con su madre fuera un ritual sagrado.

—Se te da increíblemente bien —susurró Brynn desde la cama, aún dolorida pero incapaz de dejar de sonreír. Por suerte la caída solo le

había dejado un moretón enorme en el trasero y otro en la espalda. Pero sin más consecuencias.

Dom alzó la vista hacia ella con una sonrisa boba, completamente enamorado de sus dos chicas.

—Estoy completamente obsesionado con ella —admitió—. No quiero dejar de mirarla ni un segundo.

Winona terminó el biberón con un pequeño sonido satisfecho. Dom la acomodó sobre su hombro y le dio suaves palmadas en la espalda hasta que soltó un leve eructo.

—Perfecta hasta para eso —murmuró, riendo por lo bajo—. No puede ser real.

Justo entonces, la puerta se abrió con un golpe suave. Tess entró primero, cargando una enorme bolsa de color vainilla con dibujitos bordados de animales. Detrás de ella venía Max con la maleta de Brynn en una mano y una bolsa de papel *Kraft* con productos de aseo en la otra.

—¡Buenos días, familia! —anunció Tess con una sonrisa luminosa.

Brynn se incorporó lentamente en la cama, con un gesto de sorpresa encantada.

—¿Traéis el cargamento completo?

—Con todo el arsenal —respondió Max—. Cremita para el culito, bodis de algodón orgánico, toallitas sin perfume, una mantita de unicornio violeta y hasta una mini colonia sin alcohol, cortesía de Ivy.

—Que por cierto… —dijo Tess, volviéndose justo cuando Ivy y Ash cruzaban la puerta, seguidos por Sienna y Lan—. Está aquí.

El ambiente se volvió aún más cálido al instante. Ivy fue directa a la cama, dejando un beso en la mejilla de Brynn y acariciando suavemente la mano de la madre.

—Estás preciosa —susurró con emoción sincera.

—Estoy reventada —rio Brynn—. Pero creo que soy feliz. De verdad.

—Lo eres —afirmó Ash desde el fondo, donde se había quedado junto a la puerta, con su pose habitual de guardián silencioso.

Sienna avanzó sonriente con un pequeño peluche de un flamenco rosa entre las manos. Lo dejó en la cunita que Max acababa de preparar con la nueva mantita de verano, mientras Lan saludaba con una inclinación de cabeza afectuosa.

—¿Podemos conocer a la estrella del día? —preguntó Sienna, iluminada.

Dominic se volvió, sujetando a Winona como si fuese una carga preciosa.

—Con mucho cuidado, pero sí. Y solo si os laváis las manos como si fuerais a hacer una cirugía a corazón abierto.

Todos rieron, incluso Lan.

—¡Yo primero! —exclamó Ivy saliendo disparada hacia el baño contiguo.

Después de la ronda de abrazos, besos, lágrimas discretas y suspiros enternecidos, Tess miró a Brynn con emoción contenida.

—¿Tenéis padrinos? —preguntó con una sonrisa que ya anticipaba la respuesta.

Brynn alzó una ceja, luego miró a Dominic. Él le devolvió una mirada cómplice y asintió con un gesto lento, solemne.

—Tú y Lan —dijo Brynn, con voz quebrada—. Queremos que seáis sus padrinos. No había otra opción.

Lan parpadeó sorprendido. Tess se llevó la mano al pecho.

—¿En serio? —preguntó Tess, visiblemente conmovida—. ¿Estás segura?

—Estamos más que seguros. Los hermanos pequeños a los que protegimos desde su infancia. ¿Quién mejor para ser los padrinos de nuestra Winona Tess Vance?

Tess se abalanzó sobre Brynn con cuidado de no hacerle daño con la reciente incisión. Tras un fuerte abrazó las dos hermanas se miraron

a los ojos fijamente, hablando sin palabras. Comprendiendo la enormidad de ese momento. Agradecidas de estar bien, en el camino correcto con las personas adecuadas.

Lan asintió despacio, tragando saliva. Luego se acercó a Dominic y a Winona y, con una torpeza poco habitual en él, acarició suavemente la cabecita cubierta por el gorrito de hospital.

—Prometo protegerla con mi vida —dijo con voz baja.

—Ya somos tres con la misma promesa —añadió Ash desde atrás.

Winona dormía, profundamente ajena a las declaraciones solemnes. No había llorado en toda la mañana, apenas emitido pequeños ruiditos. Parecía un pequeño sol entre todos ellos, radiante, silenciosa, brillante en su nueva existencia.

Brynn se recostó contra las almohadas. Seguía adolorida. Tenía la cicatriz de la cesárea, los pechos sensibles, el vientre todavía abultado. Pero el corazón… el corazón era todo plenitud. Nunca se había sentido tan acompañada, tan amada, tan protegida.

Dom se sentó a su lado, acunando a Winona contra su pecho mientras Brynn la acariciaba con un dedo.

—Gracias por darme esto —susurró ella.

Él no contestó con palabras. Solo le besó la frente y cerró los ojos por un segundo, como si grabara ese instante en la eternidad. Porque lo era.

El principio de su verdadera vida.

CAPITULO 7

Seis semanas después

La luz dorada de la mañana se filtraba a través de las cortinas del salón, pintando un brillo cálido sobre el suelo de madera clara. En la cocina abierta, el aroma del café recién hecho se mezclaba con el suave murmullo de la televisión y los ruiditos intermitentes de Winona. Estaba acurrucada entre los brazos de Dominic, sorbiendo con entusiasmo su biberón, con los ojitos entrecerrados por el placer cálido de la leche.

Brynn, con una coleta alta y un conjunto de pijama cómodo de color violeta, acababa de sacar unas tostadas del horno y giró la cabeza para observar la escena. La visión de Dominic Vance, enorme y protector, con su hija pegada al pecho mientras la alimentaba con una ternura casi reverente, le apretó el pecho. A pesar del agotamiento acumulado, de las noches sin dormir y de los llantos desgarradores de Winona durante los cólicos, nada se comparaba con la dicha que sentía al verlos juntos.

—Eres oficialmente mejor que yo con el biberón —murmuró Brynn, apoyándose en la encimera de la cocina con una taza de café entre las manos.

Dominic alzó la mirada hacia ella. Tenía el pelo despeinado, ojeras marcadas y una camiseta blanca algo arrugada con manchas amarillentas de leche de bebé, pero seguía siendo el hombre más guapo que Brynn había visto en su vida. Sonrió.

—He tenido seis semanas de entrenamiento intensivo con una jefa muy exigente. —Besó la frente de Winona y añadió en voz baja—. Y con una bebé que me tiene completamente dominado.

Brynn se acercó despacio y dejó un beso en la mejilla de Dominic antes de sentarse a su lado en la mesa. Le acarició el brazo con suavidad y observó cómo Winona terminaba el biberón, cada vez más adormilada.

—No me creo que tenga tus ojos —susurró Brynn con ternura.

Dominic bajó la mirada a la niña y asintió, como si aún le costara comprender que esa criatura diminuta y perfecta era sangre de su sangre.

—Ni yo. Pero cada vez que parpadea... me recuerda que no estoy soñando.

Hubo un instante de silencio, cargado de amor y cansancio. Brynn se recostó en la silla, estirando la espalda. Aunque su cuerpo se sentía fuerte otra vez y la cicatriz de la cesárea había sanado bien, el agotamiento emocional era otro asunto. Dormían a ratos, hablaban entre llantos, y cualquier intimidad de pareja había sido sustituido por cambios de pañal, gases y baños tibios. Se amaban más que nunca… pero apenas encontraban tiempo para una conversación adulta, ni hablar ya de caricias o algo más. Y eso empezaba a pesar.

—He estado pensando… —dijo Dom con un tono casual mientras acomodaba a Winona sobre su hombro para que echara el eructo— que necesitamos una noche para nosotros.

Brynn alzó las cejas, sin saber si reír o llorar de emoción.

—¿Tú y yo? ¿Fuera de casa?

—Sin pañales. Sin llantos. Sin biberones. —Dom la miró con una sonrisa cansada, pero cargada de deseo contenido—. Solo tú y yo. Comida caliente de adulto. Ropa sin babas. Una cama para dos. Y si no nos dormimos en cinco minutos... puede que hasta hagamos algo más.

Brynn soltó una carcajada, cubriéndose la boca para no despertar a Winona.

—Dios… suena demasiado bien para ser verdad.

—Porque lo es. He hablado con Tess —anunció Dom, como quien revela un plan maestro—. Viene mañana por la noche. Se queda con Winona. Dice que lo necesita para practicar su papel de tía oficial.

Brynn parpadeó.

—¿Mañana? ¿Ya está cerrado?

Dom se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—Sabía que te lo pensarías demasiado si te lo proponía antes. Así que... lo organicé.

Brynn se quedó en silencio. Una parte de ella se sentía culpable por separarse de su hija, aunque solo fueran unas horas. Otra, más profunda, sentía que su pecho se aliviaba con la idea de tener un poco de espacio con Dominic. De recordar que también era una mujer, no solo una madre. De volver a sentirse deseada. Amada. Vista.

—¿Y si llora toda la noche? ¿Y si no duerme? ¿Y si Tess no sabe calmarla?

—¿Tengo que recordarte que tu hermana es una de las mejores pediatras de la ciudad? Además, Tess ha sobrevivido a turnos de veinticuatro horas en urgencias, nena. Creo que sabrá manejar cualquier situación —Dominic apoyó la mano en la rodilla de Brynn y la apretó suavemente—. Pero nosotros... también necesitamos estar bien. Te echo de menos, cariño. Echo de menos mirarte y que no haya un biberón entre nosotros.

Brynn bajó la mirada, sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Yo también te echo de menos —admitió, en voz baja—. A ti. A nosotros. Echo de menos dormir contigo, tocarte, sentir que no estamos atrapados en la rutina.

Dom se inclinó y le rozó los labios con los suyos, apenas un roce.

—Entonces mañana, solo por una noche, volvemos a ser tú y yo. Aunque sea solo por unas horas.

Brynn sonrió, con lágrimas resbalando por sus mejillas mientras Winona dormía entre los brazos de su padre.

—Vale. Mañana salimos. Pero solo si prometes traerme de vuelta a casa pronto para abrazar a nuestra niña.

Dom la miró con ese brillo encendido que no necesitaba palabras.

—Prometo traerte de vuelta. Pero no prometo que vayamos a dormir mucho.

Brynn soltó una risa baja y se inclinó para besarlo con suavidad. El primer beso en semanas que no era apresurado. Era un beso Lento. Cálido. Lleno de una promesa silenciosa.

ΔΔΔ

Brynn se miró una última vez en el espejo del dormitorio. El vestido negro le ceñía el torso con suavidad y se abría con una falda corta de vuelo que rozaba a mitad del muslo. El escote, más generoso de lo que solía permitirse, mostraba el nacimiento de sus pechos llenos desde el parto. Su cuerpo había cambiado, pero no se sentía insegura. No con Dominic.

En otro tiempo hubiera dudado de qué ponerse, descartando casi todo el armario, hasta que finalmente hubiera seguido las indicaciones y exigencias de Robert, porque era mejor obedecer que las consecuencias de no hacerlo.

Pero ahora, se sentía segura, daba igual lo que llevara, porque la mirada de Dominic siempre era apreciativa, nunca le había hecho ningún comentario sobre su ropa, más allá de "estás preciosa" o "estoy deseando quitarte eso más tarde".

Se colocó un poco de brillo en los labios, recogió su melena en un semirrecogido despeinado y se deslizó los pendientes pequeños que Tess le había regalado tras el nacimiento de Winona. Eran un símbolo del infinito de oro blanco con un pequeño diamante. Hacían

juego con el brazalete que le había regalado Dominic, en el que aparecía el mismo símbolo del infinito, pero con las iniciales ligadas de los tres DBW. Era delicado y precioso.

Cuando Ivy había visto la joya había bromeado sobre que normalmente los padres entregaban un anillo a las madres después del nacimiento de un bebé. Dominic había reaccionado con una media sonrisa enigmática, diciendo que el primer anillo que le entregara a Brynn sería el de prometida.

—¿Lista? —La voz grave de Dominic la alcanzó desde el pasillo.

—Casi —respondió, saliendo del dormitorio justo cuando él se abotonaba la camisa gris pizarra. Se la había remangado hasta los codos, dejando al descubierto los antebrazos marcados y tatuados. El pantalón negro se ajustaba perfectamente a sus caderas y a esos muslos que Brynn adoraba.

Se quedaron mirándose en silencio. Dominic la recorrió con la mirada, lento. Luego la tragó entera con los ojos, como si acabara de verla por primera vez.

—Joder, Brynn…

—¿Demasiado? —preguntó con una sonrisa insegura.

Dom negó con la cabeza, acercándose sin pestañear.

—No. Es perfecto. Pero como te mire alguien más así esta noche, voy a tener que llevarte de vuelta a casa antes del postre.

Ella rio justo cuando sonó el timbre.

En la puerta, Tess traía una mochila al hombro y una sonrisa traviesa.

—¿Preparados para recuperar el erotismo con cena incluida? —preguntó mientras entraba y le quitaba a Brynn el neceser de mano.

—Solo si sobrevives a esto —le dijo Brynn, entregándole una hoja impresa, dos hojas manuscritas, un bloc con anotaciones y una pequeña guía plastificada.

—¿Esto es…?

—La lista de instrucciones —confirmó Brynn—. Horarios, tipo de biberón, temperatura de la habitación, lista de canciones para dormirla, signos de cólico, secuencia para el cambio de pañal…

Tess parpadeó, luego alzó una ceja y dejó caer todo sobre la encimera con teatralidad.

—Soy pediatra, Brynn. Cirujana pediátrica. Saco cuerpos extraños del esófago de niños a ciegas con una mano mientras suturo la yugular con la otra. Creo que podré cambiar un pañal sin que explote el universo.

—Ya. Pero Winona es distinta.

Tess sonrió y caminó hacia la cuna donde la bebé dormía como un ángel.

—Es perfecta. Y tú necesitas una noche para recordar que, además de madre, eres mujer. Así que largo. Fuera. Que os quiero sudorosos y deshidratados para la medianoche.

Dominic soltó una carcajada y, sin esperar más, le tomó la mano a Brynn y la arrastró hacia la puerta.

—¡Si llora más de treinta minutos, llama! —gritó Brynn por encima del hombro.

—¡Si no lloras tú, será una decepción! —replicó Tess cerrando la puerta con un guiño.

Ya en el coche, Dominic arrancó el motor y Brynn sintió cómo la adrenalina le recorría el cuerpo. La libertad, aunque momentánea, era embriagadora. Era como haber cruzado una frontera invisible entre la maternidad y el deseo.

Dom condujo en silencio unos segundos, pero su mano encontró la pierna desnuda de Brynn y se quedó ahí, firme. Ella miró su perfil: mandíbula marcada, cuello tenso, los dedos tamborileando contra su piel. Lo deseaba. Lo necesitaba.

Cuando llegaron al semáforo, Dominic giró hacia ella y se la quedó mirando.

—Ven aquí —ordenó con un murmullo, su voz áspera con deseo contenido.

Brynn se inclinó y Dominic la recibió con una mano en la nuca y la otra subiendo por su muslo. El beso fue brutal, hambriento. No había nada dulce en él, solo promesa. Promesa de lo que vendría después.

Su lengua la invadió con furia mientras sus dedos se colaban bajo la falda. Brynn jadeó en su boca cuando él le acarició el interior del muslo, directo y sin rodeos. La seda de su ropa interior no ofrecía resistencia, y Dom gimió bajo.

—Estás húmeda —gruñó contra su boca—. ¿Llevas así desde que te has puesto este vestido?

Brynn asintió, sin aliento. Sus manos se deslizaron por el pecho de Dominic, desabrochando dos botones mientras él empujaba la tela de su braguita a un lado y la rozaba con un dedo firme, cálido y seguro.

—Dios, Dom…

Él sonrió contra su cuello, bajando los besos hasta la clavícula expuesta.

—No sabes lo que me ha costado no follarte durante seis semanas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—De momento, hacer que llegues al restaurante con las piernas temblando.

Insertó un dedo, luego dos, mientras su pulgar presionaba su clítoris con la misma maestría que sus besos la incendiaban. Brynn se agarró al asiento con una mano y a su antebrazo con la otra, adelantando un poco el trasero para darle mejor acceso.

—Mierda… Dom…

Se corrió con un gemido contenido, los músculos de su abdomen temblando, los ojos cerrados y las mejillas rojas. Dominic la sostuvo con fuerza, besándole la frente mientras retiraba los dedos despacio, sin prisa, torturándola un poco más.

—Preciosa —susurró—. Y solo mía.

Brynn se incorporó despacio, aún sin aliento, y le lanzó una mirada cargada de fuego.

—¿Y tú crees que después de esto vamos a llegar al restaurante?

Dom la miró con una media sonrisa peligrosa y pisó el acelerador.

—No. Pero quizá hagamos una parada antes. En algún sitio donde pueda tenerte contra una pared.

Brynn sonrió. Estaban de vuelta.

ΔΔΔ

El restaurante estaba ubicado en pleno *Loop*, en uno de esos edificios antiguos de ladrillo visto, restaurado con un gusto exquisito. Dentro, las luces eran cálidas y suaves, con velas encendidas en cada mesa y un hilo de jazz moderno que flotaba entre las conversaciones apagadas y el tintinear de copas.

Brynn entró primero, aún con las mejillas coloradas por el orgasmo en el coche, con las piernas ligeramente inestables, aunque su andar seguía siendo elegante, seguro y femenino. Dominic la seguía con esa presencia que llenaba el espacio: oscuro, alto, dominante. Las miradas se giraban hacia ellos mientras un camarero los acompañaba a una mesa para dos junto a una de las ventanas laterales.

Apenas se sentaron en una pequeña mesa redonda con un banco semicircular, las chispas comenzaron a encenderse de nuevo. Les trajeron los aperitivos y el especial de la casa.

—No puedes mirarme así —susurró Brynn, bajando la mirada a su copa de vino.

—¿Cómo? —replicó Dominic, recostándose con un aire provocador—. ¿Como si estuviera imaginándome follarte contra esta mesa?

Ella cruzó las piernas despacio, con un gesto estudiado, y deslizó su trasero para estar más cerca de él.

—Estás imaginándolo *demasiado fuerte.* Me estás empapando de solo mirarme.

Dominic soltó una risa grave, y sin romper la mirada deslizó la mano bajo el mantel. Su palma ardiente subió por el muslo de Brynn, lento, firme. Ella se quedó inmóvil, fingiendo beber de la copa. La yema de sus dedos acariciaba el borde de su braguita, aún húmeda, como una amenaza deliciosa.

—Estás mojada —murmuró Dominic—. No has dejado de estarlo desde que salimos del coche, ¿verdad?

Brynn se mordió el labio inferior.

—No. Y ahora estás tocándome delante de todos. ¿Sabes lo jodidamente pervertido que eres? — dijo Brynn en tono de broma.

—Solo soy un hombre enamorado de su mujer. Una mujer con unas piernas de infarto y un coño que me vuelve loco.

Brynn respiró hondo cuando Dominic deslizó dos dedos por dentro de la tela, acariciándola en círculos. Nadie podía ver nada. Nadie sabía. Pero su cuerpo temblaba.

Ella extendió el brazo bajo la mesa, se coló por la abertura de su camisa y empezó a acariciarle el abdomen, luego bajó hacia el cinturón, deslizándose por el tejido. Notó su erección dura, vibrante, latiendo bajo la cremallera. Dom soltó un gruñido leve.

—Si sigues así —susurró él—, vamos a acabar follando en el baño.

—No. Vamos a acabar antes de llegar al postre.

La decisión fue mutua, silenciosa y definitiva. Dejaron parte de la cena intacta. Dom arrojó unos billetes al centro de la mesa, la ayudó a levantarse y la condujo fuera del restaurante con paso firme. El aire caliente de la noche les golpeó como una bofetada de deseo contenido.

El coche rugió al arrancar y apenas quince minutos después cruzaban la puerta trasera de *Vinyl*.

El club estaba animado, pero aún no lleno. La música se filtraba desde la sala principal. Dom ignoró todo. No saludó a nadie. Llevaba

a Brynn cogida de la muñeca, decidido, urgente, con una energía casi violenta.

Cruzaron los pasillos laterales y entraron en su despacho.

Dominic cerró la puerta con un golpe seco. No encendió la luz principal. Solo el aplique de pared en la esquina se encendió con un brillo tenue.

—Date la vuelta —ordenó con voz áspera.

Brynn obedeció. Dominic se acercó, le levantó la falda con brusquedad medida, bajó su ropa interior hasta las rodillas y la inclinó sobre el escritorio.

—He estado soñando con esta imagen desde hace meses. Cada vez que te llevaba el desayuno o un café a la floristería tenía que refrenar el deseo de cargarte sobre mi hombro y traerte aquí.

—Entonces tómame de una puta vez, Dom…

Le encantaba oír a su chica ser tan directa, sin esconder sus deseos y necesidades. Dominic se bajó la cremallera y la penetró de una sola embestida. Ella gritó ahogada, aferrándose al borde de la mesa. Lo sintió tan dentro, tan intenso, que su cuerpo se arqueó instintivamente hacia él.

—Dios, sí… así… —murmuró Brynn.

Él la sujetó de las caderas con fuerza, embistiendo sin compasión. Cada golpe era una promesa rota de contención, una liberación de semanas de deseo. Brynn se corría apenas segundos después, pero Dominic no paró. La tomó una y otra vez hasta que sus músculos se tensaron con un gemido brutal.

—Mierda… —jadeó él, temblando dentro de ella—. Te amo. No sé cómo pude vivir sin esto, sin ti…

Cuando terminó, se apoyó sobre su espalda, ambos respirando como si hubieran corrido una maratón. Brynn sonrió contra el escritorio, sin fuerzas. Se había corrido rápido y fuerte, pero sentir a Dominic perder el control, embistiéndola fuerte y profundo fue incluso más satisfactorio.

—¿Eso era el plan para bailar?

Dom rio bajo, le besó la nuca y la ayudó a incorporarse.

—Aún podemos hacerlo. Pero necesito una copa primero. Y otra mirada tuya así… y lo hacemos en el sofá.

Brynn se giró, le acomodó la camisa abierta y le besó el pecho.

—Entonces vamos. Pero el sofá queda reservado.

Dominic se recolocó, le pasó una mano por el trasero desnudo con descaro, y salieron del despacho sin prisa, como si no acabaran de follarse contra un escritorio.

La cortina oscura del reservado VIP apenas dejaba ver las luces del club. Dentro, Brynn se había sentado a horcajadas sobre Dominic, con el vestido subido hasta la cadera y las bragas —las mismas que él le había corrido en el coche, bajado en el despacho y vuelto a colocar como quien guarda un secreto— ahora completamente desplazadas a un lado.

Dominic tenía la espalda apoyada en el sofá, con una copa en la mano y la otra debajo del vestido de su mujer, los dedos acariciándole el clítoris con una lentitud que rozaba la tortura.

—Si vuelves a arquearte así, voy a meterte los dedos hasta el fondo y no me va a importar quién oiga tus gemidos —murmuró Dom contra su cuello.

Brynn jadeó, aferrándose a su camisa.

—Y si no me los metes ya, te juro que me corro encima tuyo solo de sentirlos ahí.

Dom sonrió con arrogancia, se deslizó más profundo dentro de ella con los dedos mientras su pulgar la masajeaba. El vaivén era perfecto. Despacio, implacable. Brynn se movía sobre su mano con las mejillas ardiendo, la piel electrizada, el deseo latiendo en cada terminación nerviosa.

—No me importa que estemos en público —susurró ella, lamiéndole el lóbulo—. Quiero que me folles aquí, en este sofá, con la música sonando y todos sin saber lo que estás haciendo dentro de mí.

—Ah, ¿sí? —Dom le mordió el cuello suavemente—. Nadie nos va a interrumpir, he dado órdenes, así que lo vas a tener.

Justo entonces, la cortina se abrió sin aviso.

—Perdonad, ¿queréis otra ronda?

La voz femenina, aguda y cargada de azúcar falsa, rompió el momento como una patada en la entrepierna.

Brynn se apartó de Dominic en reflejo, bajándose la falda con rapidez. Él se recompuso con la mandíbula tensa. La camarera, una rubia delgada con pechos abultados y labios sobredimensionados por el relleno, no parecía notar lo que acababa de interrumpir.

—Puedo recomendaros algo especial —añadió con un guiño, sin mirar ni una sola vez a Brynn. Su mirada estaba clavada en Dominic como si Brynn no existiera.

Maldita sea.

Brynn se cruzó de brazos, el pulso aún acelerado, pero ahora por una mezcla letal de deseo frustrado, celos y vergüenza.

Dominic, en cambio, no sonrió. No bromeó. No flirteó.

Su ceño se frunció al instante, y su voz salió seca y dura como el acero.

—No necesitamos nada.

La camarera titubeó, con una sonrisa aún pegada a la cara, como si creyera que era parte de un juego.

—Oh, claro… pero si cambiáis de idea...

—Escúchame bien, Kimberly —interrumpió Dominic con tono de advertencia, dejando la copa sobre la mesa con fuerza—. Este reservado es privado. Si no te llamamos específicamente, no vuelvas a entrar. Y la próxima vez que ignores a mi mujer o le faltes al respeto con tu actitud, no trabajarás ni una noche más en este club.

Kimberly palideció ligeramente, pero aún trató de mantener la compostura. Hizo una inclinación de cabeza torpe y salió con el

vestido demasiado corto moviéndose con prisa contra su culo huesudo.

Brynn se quedó en silencio, mirándolo. Sus ojos brillaban, entre el calor sexual no resuelto y algo más profundo: respeto. Devoción. Protección.

Dominic sacó el móvil de su bolsillo y marcó sin dudar.

—Max —dijo apenas escuchó al otro lado—. Necesito que vengas al reservado tres. Ahora.

Tardó menos de un minuto. Max cruzó la cortina con su andar serio, camisa negra ajustada, expresión alerta. Miró a Brynn y luego a Dominic.

—¿Qué ha pasado?

Dom se incorporó ligeramente, la voz aún tensa.

—La camarera nueva. Kimberly. Ha entrado sin que la llamemos, ignorando por completo a Brynn. Se ha dirigido solo a mí, con actitud coqueta. Ha intentado provocarme delante de mi mujer. Y ha roto el protocolo de privacidad del reservado. No me ha gustado un pelo.

Max apretó los dientes.

—¿La rubia con las tetas de plástico?

Brynn soltó una carcajada seca.

—Esa misma.

Max asintió, molesto.

—Eso no es aceptable aquí. *Vinyl* no es un club de mierda cualquiera. Aquí las reglas son claras: respeto absoluto, nada de coqueteos con los clientes, y menos con los jefes. Haré que Julie la entrene personalmente, y si no mejora en dos días, fuera. —Miró a Dominic con intensidad—. Gracias por avisar. Y gracias por dejarlo claro delante de Brynn. Así se hacen las cosas.

—Aquí dentro nadie juega a estos jueguecitos con nuestras mujeres —sentenció Dom, sin dejar lugar a interpretación.

Max les dedicó una última mirada aprobatoria y se marchó con la misma rapidez con la que había entrado.

La tensión se desinfló un poco. Brynn se acurrucó de nuevo sobre Dom, rozándole el cuello con los labios.

—¿Sabes que eso ha sido… increíblemente sexy?

—¿El qué? ¿Echar a una camarera de mierda?

—No. Decir "mi mujer" con ese tono de alfa posesivo.

Dom soltó una carcajada y volvió a deslizar la mano bajo su falda.

—¿Eso no te asusta? —cuestionó Dominic algo inseguro. Brynn le había dicho por activa y por pasiva que no se parecía en anda al cabrón de Robert. Pero prefería no arriesgarse a asustarla con ninguna de sus acciones —No quiero que creas que eres una posesión o recordarte ciertas cosas.

—Dom… sabes que eso es imposible —le susurró Brynn con la mano abarcando su mandíbula—. Tú eres lo opuesto a él, nada de lo que digas o hagas puede hacer que me asustes de ese modo. Eres posesivo, sí. Pero yo también contigo. La diferencia es que jamás reaccionarías con ira hacia mí, ni me culparías por nada que yo diga o haga—. Brynn tomo una respiración y lo miró fijamente a los ojos —. Jamás controlarías como hablo, lo que digo, como me visto o lo que como. Al contrario. Tú alimentas a mi verdadero yo, me animas a ser quién soy, me aceptas al cien por cien, sin reservas y sin dobleces. Eso es algo que tengo muy claro y de lo que jamás dudaría. Y todo eso y mucho más es lo que hace que te ame tanto.

Dominic se había quedado mirándola fijamente, con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos brillantes. Brynn no podía jurarlo, pero era posible que Dominic estuviera conteniendo las lágrimas de emoción.

—Nena… —la voz de Dominic ronca— Eres mi sueño hecho realidad. Nunca creí posible encontrar a alguien como tú. Era imposible imaginarte, porque no se trataba de una lista de cualidades en una mujer cualquiera. Se trataba de ti, de encontrarte a ti a tu

combinación única de dulzura, fuerza y determinación. Y todo eso es lo que hace que te ame aún más.

Brynn sonrió de forma brillante y apoyó la mejilla contra su pecho. Se quedaron así un buen rato. Brynn escuchando el latido fuerte y sereno de Dominic y él acariciando sus costillas sintiendo su respiración pausada contra su palma.

CAPITULO 8

La consulta de la Doctora Turner estaba decorada con tonos neutros y suaves, una mezcla de blanco roto, beige y verde salvia. El ambiente estaba pensado para que los pacientes se sintieras cómodos y relajados en un espacio seguro. Un lugar en el que desnudar su alma, verbalizar sus miedos, sus traumas y sus peores vivencias, pero también sus esperanzas, sus deseos más profundos y sus avances en sus procesos de sanación.

Brynn estaba sentada en el sofá frente a la terapeuta, las piernas cruzadas, con una manta ligera sobre las rodillas. Vestía unos leggins cómodos y una blusa fluida que dejaba un hombro a la vista. El cabello recogido en una coleta . Había recuperado su figura tras el parto, pero aún se le notaba el cansancio en los ojos, aunque esta vez, no era el mismo agotamiento que conocía. Era un cansancio dulce, lleno de amor, responsabilidad… y noches sin dormir. Pero no miedo. Ya no.

—¿Cómo te has sentido esta semana, Brynn? —preguntó la terapeuta con su voz templada, tomando algunas notas en su cuaderno tipo molesquín.

Brynn respiró hondo, con los dedos entrelazados sobre su vientre.

—Ha sido una semana intensa —admitió—. Winona me absorbe por completo, ya casi no recuerdo lo que es dormir cinco horas seguidas, pero... estoy bien. Estoy realmente bien.

La terapeuta levantó la mirada, evaluando con sutileza cada palabra, cada expresión en su rostro.

—¿Qué significa "bien" para ti ahora?

—Significa que no me despierto con el corazón desbocado por culpa de una pesadilla. Que ya no me reviso el cuerpo cada mañana buscando moratones que no existen. Que no tiemblo cuando oigo un coche aparcar frente a mi casa o alguien llamaR a la puerta. Significa que me siento a salvo. Con Dominic y con Winona.

La terapeuta asintió despacio.

—¿Y cómo ha influido Dominic en todo esto?

Los labios de Brynn se curvaron en una sonrisa suave, cargada de gratitud.

—Es como si siempre hubiera sabido lo que necesitaba, incluso cuando yo no lo sabía. Nunca me ha exigido nada. Nunca ha traspasado mis límites. Me ha dejado sanar a mi ritmo. Cuando me derrumbaba, él sostenía todo. Cuando tuve miedo de tocar a Winona al principio, cuando aún me dolía todo y no sabía si podría con ella, él estuvo ahí. No se quejó ni una vez. Ha cambiado todos los pañales. Ha dado todos los biberones. Me la entrega en brazos cada vez que ella llora. Y me mira… como si yo fuera lo mejor que le ha pasado, como si yo no pudiera hacer nada mal. La maternidad está llena de dudas, tengo miedo de cagarla todo el tiempo, pero Dom me infunde una serenidad que me ayuda a centrarme. Simplemente, si ve que estoy desbordada, me abraza y seguimos juntos como un equipo. Nunca me había sentido tan segura, ni antes de conocer a Robert.

La terapeuta sonrió, complacida por la firmeza en su voz.

—Has hecho avances enormes, Brynn. ¿Recuerdas nuestras primeras sesiones? Hablábamos de tu sensación de ser invisible. De no merecer cuidado, ni afecto, ni ternura. Y ahora estás aquí, describiendo una relación basada en el amor, el respeto y la presencia. No es solo que Dominic sea bueno contigo… es que tú has permitido que lo sea. Te has abierto. Has dejado de esconderte.

Brynn parpadeó con los ojos húmedos, bajando la mirada un instante.

—Todavía me cuesta creerlo a veces. Como si todo esto fuera prestado. Como si en cualquier momento fuera a despertar y descubrir que aún estoy atrapada con Robert… —se interrumpió, respirando hondo—. Pero entonces miro a Winona. Y sé que no. Que no volveré a ese infierno. Que esto es real. Ella es real. Dom es real. Es como sentir el síndrome de la impostora, pero como pareja en vez de como profesional.

La doctora Turner se inclinó un poco hacia ella, con la expresión cálida.

—¿Qué significa Winona para ti?

—Una vida nueva. —La respuesta fue inmediata—. No solo porque sea un bebé, mi hija. Es… mi segunda oportunidad. Cuando la sostengo en brazos, siento que todo lo que viví antes tenía que pasar para poder tenerla a ella. Siempre deseé ser madre, pero con Robert nunca lo creí posible. Desde él creí que no sería una buena madre, ni pareja, ni una mujer feliz. Y ahora, lo soy todo a la vez.

La terapeuta anotó una última frase y luego cerró su cuaderno.

—Has hecho un trabajo inmenso, Brynn. Has enfrentado tus demonios con una valentía enorme. Has llorado, has gritado, te has roto… pero también te has reconstruido. Y ahora estás creando algo que antes parecía imposible: una vida segura, amorosa, estable. Con tu hija. Con tu pareja. Contigo misma. A veces, sanar no es volver a ser quien eras, sino descubrir en quién te has convertido.

Brynn tragó saliva, conmovida por esas palabras. Asintió despacio.

—Gracias. Por no soltarme cuando yo quise rendirme.

—Gracias a ti, por no rendirte. —La terapeuta le sonrió con suavidad —. ¿Te apetece que en la próxima sesión hablemos de cómo integrar esta nueva etapa como madre y pareja en tu identidad personal?

—Sí. Quiero hacerlo. Quiero seguir creciendo. Quiero que Winona tenga una madre que se sienta completa, no una que solo sobrevive.

Se despidieron con un abrazo breve y cálido. Brynn salió de la consulta con la chaqueta a medio poner, el corazón liviano. Al cruzar

la calle, vio a Tess por el ventanal de la cafetería, meciendo con ternura a Winona. La bebé dormía plácidamente.

Tess levantó la vista y sonrió al verla. Brynn entró, se quitó el abrigo y se acercó para besar la frente de su hija.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Tess en voz baja, cogiéndole la mano.

Brynn se sentó frente a ella, miró a su bebé y luego a su hermana pequeña.

—He hablado por primera vez como si ya no fuera la versión rota de mí misma —susurró—. Creo que ya no soy solo la que sobrevivió a Robert. Soy la que eligió vivir.

La cafetería tenía un murmullo suave de fondo, con el sonido de tazas, cucharillas y conversaciones apagadas envolviéndolas en una atmósfera cálida. Winona dormía profundamente en el cuco, envuelta en una manta de hilo beige con dibujos de hojas y solecitos pequeños. Brynn le dio un último sorbo a su infusión y miró a Tess, que se entretenía haciendo pequeños gestos con las manos sobre la capota del carrito, como si quisiera que su sobrina soñara con mariposas.

—Tess, antes de que volvamos a casa tenemos que pasar por la floristería —dijo Brynn, más animada.

Tess arqueó una ceja, divertida.

—¿No puedes delegar eso?

—Lo estoy haciendo. —Sonrió Brynn—. Bianca ha sido increíble. De verdad, no sé qué habría hecho sin ella. Ha llevado todo como si el negocio fuera suyo. Pero hay un par de decisiones que no quiero que tome sola, y además necesito ver cómo están organizando los encargos de otoño. Tenemos dos bodas grandes y un evento corporativo que no quiero que se nos escape.

—Vale. Pero si me sacas a cargar cajas con Winona encima, me declaro en huelga. —Tess la miró con sorna.

—Prometo solo mirar flores. Y documentos. Nada de fuerza bruta. Lo juro.

△△△

El escaparate de la floristería de Brynn, *Wild Bloom*, era un cuadro delicado de ramas secas, hortensias secadas al sol, y jarrones de cristal con agua teñida en tonos terracota. Aquel lugar no era solo un negocio, era una extensión del alma de Brynn: suave, armónica, con carácter.

Nada más entrar, el perfume natural de las flores frescas se mezcló con la fragancia de las hojas de eucalipto y lavanda colgadas en racimos a secar. Bianca se levantó de inmediato del mostrador al verlas cruzar la puerta.

—¡Brynn! —exclamó con alegría sincera—. Qué alegría verte.

Bianca vestía unos sencillos vaqueros y una camisa blanca elegante, sobre la que llevaba el delantal de lino gris bordado con sus iniciales. Uno que tanto ella como Brynn se ponían cuando les tocaba montar centros de flores.

La juventud de Bianca destacaba aun más por la coleta alta, su piel clara inmaculada y esos enormes ojos castaños cargados de dulzura y determinación. Pero tal y como Brynn ya había vislumbrado cuando la contrató, esos ojos escondían más de lo que mostraban, parecían encerrar una sabiduría impropia de su edad. Como si le hubiera tocado vivir más cosas de lo que sus veinticinco años de vida permitían. Sus manos estaban manchadas de polen y tinta de rotulador. Independientemente de su atuendo de trabajo, era una mujer preciosa y exuberante que difícilmente alguien pasaría por alto.

—Bianca —Brynn sonrió al acercarse y la abrazó brevemente—. Gracias por todo. De verdad.

—Para eso estoy —respondió la otra con un gesto firme—. Y ahora, por favor… ¿puedo cargar con la criatura más bonita del universo mientras tú haces cosas de jefa?

Tess soltó una carcajada mientras desabrochaba el cinturón del cuco.

—No se lo digas a su padre, pero sí… se parece muchísimo a Brynn.

—Gracias por el halago indirecto —bromeó Brynn, entregando a Winona con una delicadeza instintiva.

Bianca recibió a la bebé con una ternura evidente, pero con una seguridad natural que dejó a Brynn tranquila. Mecía a Winona con un ligero vaivén mientras la pequeña soltaba un bostezo adorable, ajena a las flores y al mundo.

Brynn se dirigió a la trastienda, donde Bianca había dejado una carpeta abierta sobre la mesa de trabajo. Tess y Bianca se quedaron en el mostrador, charlando entre flores secas y cestas de mimbre mientras Winona dormía en brazos de su nueva admiradora.

—Tiene un carácter fuerte ya, ¿eh? —comentó Bianca en voz baja, mirando a la bebé con adoración.

—Como su madre —respondió Tess—. Aunque espero que saque el sentido del humor de Dominic. Porque si tiene su genio y su seriedad, vamos a necesitar refuerzos.

Ambas rieron. Bianca asintió con complicidad.

—Dominic pasa casi cada día por aquí. Siempre pregunta si necesito algo. Trae café, a veces trae encargos que le hace Brynn… Se nota que la adora —comentó, sin levantar la mirada de Winona.

En el despachito de la trastienda, Brynn revisaba las hojas con anotaciones precisas de Bianca. Los números cuadraban, los calendarios estaban organizados por color, y los proveedores confirmados con semanas de antelación.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Brynn con admiración—. Está todo impecable.

—Lo hago porque confiaste en mí sin apensa conocerme. Y nunca te defraudaría —respondió Bianca desde la puerta, aún con Winona en brazos—. Esta floristería es tu bebé. Bueno, ahora es tu segundo bebé —bromeó con un guiño—. Pero quiero que sepas que me lo he tomado muy en serio. He rechazado dos encargos grandes esta

semana porque no teníamos capacidad real para asumirlos sin arriesgar las bodas. Pero no quería tomar más decisiones sin ti.

Brynn dejó los papeles sobre la mesa.

—Hiciste bien. Siempre me cuesta decir que no… Pero esta vez quiero hacer las cosas bien. Necesito poder conciliar. Por Winona. Por mí. Y por ti también. No quiero que te quemes. Voy a necesitarte de forma permanente aquí, no solo para sustituirme.

Bianca sonrió con gratitud.

—Gracias. De verdad.

—Mira —continuó Brynn, señalando el calendario—. Estas dos bodas de septiembre deberían ser la prioridad. El evento de otoño de *Evelyn & Co.* podemos empezarlo a preparar, pero sin prisa. Y si todo va bien, en noviembre podríamos retomar colaboraciones con ese restaurante que hace cenas temáticas con flores comestibles.

—¿Silvestre?

—Sí. Esos chicos son adorables. Y tienen un gusto exquisito.

Bianca asentía mientras Winona, medio dormida, se aferraba a su dedo meñique con una fuerza desproporcionada para su tamaño.

—Prométeme que no vas a desaparecer otra vez —le dijo Bianca con tono cariñoso pero firme—. Sé que tienes prioridades ahora. Pero esto no es lo mismo sin ti, los clientes siempre acaban preguntando por ti.

Brynn asintió. Se le humedecieron los ojos, pero no de tristeza.

—Lo prometo.

ΔΔΔ

El sol de mediodía caía con fuerza sobre las calles más pintorescas de Chicago mientras Brynn y Tess caminaban hacia *Velvet*. Winona se había vuelto a dormir en el cochecito, su respiración suave acompañando el sonido rítmico de sus pasos. La carpeta de la

floristería ya estaba cerrada, y con ella, la parte más seria del día. Ahora tocaba relajarse.

Al entrar en *Velvet*, el aroma inconfundible de pan recién horneado y hierbas aromáticas las envolvió. Sienna ya las esperaba en una de las mesas del rincón, con su habitual sonrisa cálida y un vestido verde botella que resaltaba su pelo cobrizo. Ivy estaba a su lado, con una mano descansando sobre su vientre redondeado, el brillo en la piel y la luz en la mirada inconfundible de quien vive un embarazo sin complicaciones.

—¡Por fin! —exclamó Ivy, incorporándose un poco para saludar—. Pensaba que os habíais perdido por el camino.

—Teníamos que pasar por la floristería —respondió Brynn, sentándose con cuidado y ajustando el cochecito de Winona junto a la silla—. Bianca está llevando todo de maravilla.

—Eso me alegra —dijo Sienna, inclinándose para hacerle un gesto cariñoso a la bebé—. Y mírala… cada día más preciosa.

—Es como la versión femenina de Dom —dijo Ivy con una media sonrisa —. Pero más guapa y sin el ceño fruncido.

Todas rieron con fuerza, excepto Brynn que con una sonrisa suave acarició una de las cejas de Winona mientras ésta se desperezaba.

La conversación fluyó con naturalidad. Hablaron de flores, de los turnos en el hospital, de las últimas ideas de menú de *Velvet* y de una clienta extravagante que había insistido en que su ramo de boda llevara solo claveles amarillos. Entre risas, Ivy acariciaba distraídamente su vientre.

—El embarazo va viento en popa —comentó, orgullosa—. Estoy terminando el segundo trimestre y, salvo el cansancio, no tengo queja. Ash está insoportable de lo protector que se ha puesto… pero en el buen sentido.

—Insoportable y adorable —corrigió Tess con una sonrisa.

—Exacto. —Ivy sonrió—. Creo que no me deja cargar ni una botella de agua.

—Eso me suena… —dijo Sienna, y sus mejillas se encendieron.

Brynn entrecerró los ojos con complicidad.

—¿Y cómo va lo tuyo con Lan? —preguntó Tess, con tono juguetón.

La respuesta llegó antes de que Sienna pudiera abrir la boca. La puerta de *Velvet* se abrió y Landon entró con paso seguro, su camiseta desgastada de *Mario Bros* ajustada al pecho y los bíceps, la mirada directa hacia ella como si el resto del local no existiera. Sin decir una palabra, se inclinó y la besó, un beso profundo y seguro que hizo que las demás apartaran la mirada… y luego sonrieran con picardía.

—Creo que eso responde a tu pregunta —murmuró Ivy, divertida.

Sienna se mordió el labio cuando Lan se incorporó y le acarició la mejilla y les guiñó un ojo a todas antes de irse hacia la barra para saludar a Max.

—Bueno… —empezó Sienna, fingiendo modestia—. Digamos que… es bastante sólido.

—¿Bastante sólido? —repitió Brynn con sorna—. Si llega a ser más sólido, necesitamos un notario aquí mismo.

Todas rieron, y entonces la conversación giró hacia Tess.

—¿Y vosotros? —preguntó Ivy, ladeando la cabeza—. ¿Cómo va el proyecto de darle un hermanito a Parker?

Tess suspiró, jugando con el borde de su taza de té.

—Pues… aún nada. —Se encogió de hombros con un toque de decepción que no pudo ocultar del todo—. Un poco frustrante, la verdad.

Sienna le tocó la mano en un gesto de apoyo.

—Va a pasar, Tess.

—Sí —asintió Tess, y luego, con una sonrisa irónica—. Además, Max se toma todos los intentos de hacer bebés con muchísimo entusiasmo. Así que… no voy a quejarme demasiado.

Las cuatro estallaron en carcajadas, y Brynn negó con la cabeza.

—Conociendo a Max, no me extraña. Si no os sale un bebé pronto, es porque los dioses están distraídos.

Tess sonrió, y en ese momento, Max pasó por la barra, guiñándole un ojo sin saber de qué se reían. Tess se limitó a sonreírle de vuelta… con esa mirada que, por sí sola, ya decía mucho más de lo que estaba dispuesta a contar en voz alta.

Tras una copiosa comida digna de cualquier *mamma* italiana, las cucharillas tintineaban contra la porcelana mientras compartían una tarta de queso y unos profiteroles. El ambiente en la mesa era cálido y ligero, con bromas cruzadas y comentarios sobre recetas imposibles que cada una decía que iba a intentar en casa. Winona dormía en su cuco, ajena al bullicio de *Velvet*, y de vez en cuando Sienna o Ivy se inclinaban para mirarla con una sonrisa.

El teléfono de Brynn vibró sobre la mesa. Ella lo tomó distraídamente, esperando quizá un mensaje de Dominic preguntando si había comido o si necesitaba que le llevara algo a casa. Pero al desbloquearlo, la pantalla mostró un mensaje de un número desconocido:

> ¿Estás segura de que Dominic está donde dice estar? Un hombre así no se conforma con una sola mujer… aunque ahora tengas su atención, no será para siempre.

Brynn sintió un frío repentino recorrerle la espalda. El mensaje estaba escrito con una neutralidad calculada, sin insultos, sin palabras abiertamente agresivas… pero la insinuación era clara. Lo había recibido antes en su vida, ese tipo de veneno disfrazado de advertencia. Lo conocía bien.

No necesitó más de un segundo para que su instinto reaccionara: no dudaba de Dominic. No había un resquicio, ni una sombra de sospecha en su mente. La devoción de él había sido inquebrantable desde el primer día. Pero el hecho de que alguien quisiera plantar esa semilla le encendió una alarma distinta: quien fuera, quería crear problemas. Y en su experiencia, eso nunca era casual.

Guardó el teléfono boca abajo junto a su taza y forzó una sonrisa mientras Sienna contaba anécdotas sobre Lan intentando recrear las recetas de su madre.

Brynn intentó concentrarse, pero su atención seguía dividiéndose entre la conversación y el mensaje que ardía en su memoria. No iba a decir nada todavía. Primero quería pensarlo, medir cómo y cuándo contárselo a Dominic. Lo último que necesitaba era que él se encendiera sin tener ninguna pista de quién estaba detrás.

La campanilla de la puerta de *Velvet* sonó y su atención se desplazó de inmediato. Dominic y Ash entraron juntos, imponiendo su presencia de forma natural, como si el espacio se moldeara alrededor de ellos. Dominic la encontró con la mirada en el instante en que cruzó la puerta, y la sonrisa que le dedicó hizo que el nudo en su estómago se aflojara.

Ash saludó a Ivy con una mano en el hombro, su gesto protector casi instintivo, mientras Dominic se inclinaba sobre Brynn para besarla, acariciándole la mejilla con el pulgar.

—¿Lo habéis pasado bien sin nosotros? —preguntó él, con un brillo en la mirada que siempre le hacía sentir segura.

—Más de lo que admitiré —bromeó Tess, mientras Max, desde la barra, observaba la escena con aprobación.

Brynn se dejó envolver por la calidez de Dom y el ruido agradable del local. El mensaje seguía ahí, en el fondo de su mente, como una piedra pequeña en el zapato. Pero por ahora, no iba a dejar que nadie, y mucho menos un anónimo, le robara este momento.

CAPITULO 9

Brynn estaba sentada en el sofá, con un vaso grande de té helado en la mano y Winona dormida en el moisés junto a ella. La casa estaba en silencio, solo roto por el suave ronroneo del respirador del bebé. Tomaba un sorbo de té cuando el teléfono vibró sobre la mesa de centro.

Otro mensaje anónimo.

No era una amenaza directa, pero el tono era el mismo: sutil, insinuante y venenoso.

> Seguro que Dominic no está donde dice estar

Brynn suspiró, dejando el teléfono boca abajo.

En los últimos días, había recibido tres mensajes más y al menos una docena de llamadas anónimas. Siempre el mismo patrón: al contestar, silencio… y una respiración prolongada y controlada al otro lado.

Era inquietante.

Había pensado en Dee, incluso en Robert, pero ambos seguían en la cárcel. ¿Quién se molestaría en acosarla de esta forma?

No quería preocupar a Dominic. No todavía. Él reaccionaría con furia inmediata, y si aquello resultaba ser una tontería o un error, no podría deshacer el daño. Necesitaba saber más antes de decir nada.

Con el ceño fruncido, abrió la agenda y buscó el número de Sienna. Si alguien podía averiguar la procedencia de esos mensajes, era ella.

Sienna contestó al segundo timbrazo.

—Hola Brynn —saludó Sienna entusiasta —. ¿Necesitas refuerzos con la pequeña?

—Hola Sien —saludó Brynn —. No, pero sí que necesito ayuda con otro tema. Uno que implica a *Nocturna*.

Un breve silencio y después

—¿Cuándo y dónde? —respondió brevemente Sienna, cambiando de inmediato el tono por otro mucho más calculador.

Se encontraron esa misma tarde en una pequeña cafetería a dos calles de *Velvet*. Brynn había elegido una mesa apartada, con visión directa a la puerta. Sienna llegó puntual, con una chaqueta de cuero negra sobre una camiseta gris y el cabello recogido en un moño desordenado.

—¿Qué pasa? —preguntó Sienna, dejando su bolso sobre la silla antes de sentarse—. Por tu tono en la llamada, no es algo sin importancia.

Brynn le contó todo: el primer mensaje en *Velvet*, los tres posteriores, las llamadas, la respiración al otro lado. Le pasó el teléfono desbloqueado para que lo leyera.

Sienna lo tomó con gesto serio. No era la Sienna amable y discreta que servía copas; era *Nocturna*, *la hacker* que podía convertir cualquier rastro digital en pruebas sólidas.

—Esto no es algo que haya que dejar pasar, Brynn —dijo con firmeza mientras pasaba con rapidez por las pantallas—. Sea quien sea, tiene claro que quiere incomodarte… y posiblemente algo más.

—Lo sé, pero no quiero montar un drama sin tener certezas.

Sienna levantó la mirada.

—Voy a rastrear todo el móvil: mensajes, registros de llamadas, metadatos. Si es Dee o Robert, lo sabré. Y si lo es, Gabriella estará al tanto antes de que acabe el día.

Brynn se inclinó hacia ella, en voz baja le dijo muy seria.

—No quiero que Dom lo sepa todavía. No hasta tener algo concreto.

Sienna apretó los labios, evaluando la situación, el posible peligro al que se exponía Brynn en todo aquel asunto.

—Entiendo que no quieras preocuparle, pero ¿y si esto escala? —preguntó con tono serio—. No quiero recibir tu llamada cuando ya sea tarde.

—No quiero ser una paranoica —replicó Brynn, con más inseguridad que firmeza—. Solo necesito un poco de tiempo y algo de información.

Sienna asintió, aunque estaba claro que no compartía la idea.

—Está bien. De momento esto queda entre tu y *Nocturna*. Pero si veo que hay el más mínimo riesgo, voy a decírselo yo misma.

Brynn tragó saliva, aceptando esa condición sin discutir.

No sabía quién estaba al otro lado de aquellas llamadas, pero una cosa era segura: no le gustaba nada la sensación de ser observada.

ΔΔΔ

Esa noche, Sienna se instaló en su despacho dentro del *loft* que compartía con Lan. Él estaba en el sofá, despatarrado con el pantalón de pijama y siguiendo una partida online en silencio. Sienna cerró la puerta del despacho y encendió sus tres monitores.

El clon del teléfono de Brynn estaba conectado por cable al portátil principal, la pantalla mostrando una cascada de líneas de código y datos en tiempo real. Sienna trabajaba rápido, alternando entre rastreo de llamadas, metadatos de mensajes y triangulación de antenas.

Las horas pasaban y el patrón empezaba a perfilarse… hasta que llegó a un muro. Las llamadas anónimas venían de un número enmascarado a través de un sistema VoIP desechable, prácticamente imposible de rastrear hasta un origen físico. Pero había una grieta: la antena repetidora más cercana al emisor.

Sienna frunció el ceño mientras hacía *zoom* sobre el mapa satelital. El rango de alcance cubría tres puntos clave: *Velvet*, *Vinyl*… y *Wild Bloom*, la floristería de Brynn.

—Mierda… —susurró Sienna. Las implicaciones de todo aquello no le gustaban nada.

Descartó a Dee y Robert de inmediato. La ubicación y el método no coincidían con ellos. Esto era alguien con acceso físico frecuente a esos lugares, o al menos lo bastante cercano como para moverse sin levantar sospechas.

Guardó todos los registros cifrados en su servidor privado y envió un mensaje a Brynn:

> No son Dee ni Robert. El origen está en el radio de Velvet, Vinyl y tu floristería. Voy a seguir tirando del hilo hasta tener un nombre. No pararé hasta tener todos los datos

Minutos después, Brynn respondió:

> Confío en ti. Solo… no se lo digas aún a Dom

Sienna suspiró, dejando el móvil sobre la mesa.

No le gustaba esa parte. No decírselo a Dominic era casi como dejar a Brynn sin su mejor escudo. Pero una promesa era una promesa, y ella nunca rompía las suyas… salvo que la vida de alguien estuviera en peligro.

Se pasó una mano por la trenza ladeada medio deshecha y se quedó mirando el mapa en la pantalla. Dentro de ese círculo de cobertura había demasiadas caras conocidas.

Y a Sienna no le gustaba nada cuando el enemigo estaba tan cerca.

ΔΔΔ

El sol abrasador del mediodía iluminaba el interior de *Vinyl* con un halo cálido, contrastando con el frescor de la entrada gracias al aire acondicionado. Brynn empujó la puerta con el portabebés de Winona en un brazo y un mini ventilador portátil en la mano, del hombro

colgaba una pequeña nevera portátil. El suave murmullo de conversaciones y el sonido de las copas entrechocando mientras los camareros disponían todo para la apertura de la noche, la acompañaron mientras cruzaba el local hacia el pasillo que llevaba al despacho de Dominic.

Había pasado toda la mañana preparando el almuerzo: pasta fresca con setas salteadas y un brownie casero para el postre. Quería sorprenderlo, comer juntos, sentirse parte de su día.

Cuando llegó al final del pasillo, la puerta del despacho se abrió de golpe. Kim, la nueva camarera, salió con paso firme. Llevaba el uniforme ajustado, los labios de un rosa brillante y el escote tan exagerado como siempre. Desde el incidente semanas atrás, su actitud había cambiado: ya no se inclinaba coquetamente sobre la barra cuando Dominic estaba cerca ni buscaba excusas para tocarle el brazo. Pero el saludo que le lanzó a Brynn fue todo menos cordial.

—Hola… —dijo Kim, con una sonrisa que no llegaba a los ojos, bajando la mirada lentamente por el cuerpo de Brynn. Una inspección descarada, de arriba abajo, como si evaluara cada curva y cada prenda.

Brynn sintió un pequeño nudo en el estómago. No era celos, exactamente, sino algo más punzante: esa mirada como si no pudiera concebir que Dominic Vance la quisiera a ella… así, con su vestido sencillo, su coleta alta y el portabebés colgando.

—Hola —respondió Brynn, con una calma que no sentía.

Kim ladeó la cabeza, esbozó una media sonrisa y se fue por el pasillo, moviendo las caderas con exageración.

Brynn respiró hondo, intentando sacudirse la incomodidad. No quería darle más importancia de la que tenía. Sin embargo, mientras miraba la puerta del despacho, la idea se coló en su mente sin permiso: ¿y si los mensajes y llamadas anónimas venían de ella?

Era absurdo… ¿no?

Sienna había dicho que el autor usaba un VoIP enmascarado y que rastrear eso requería un mínimo de conocimientos técnicos. Kim no

parecía ni remotamente el tipo de persona que supiera hacer algo así. Brynn la descartó mentalmente, pero la sensación desagradable permaneció, como una espina bajo la piel.

Ajustó la neverita portátil en su hombro, se inclinó para besar a Winona en la frente y llamó suavemente a la puerta del despacho.

Lo último que quería era que Dominic notara esa inseguridad que empezaba a anidar en su pecho.

Cuando oyó la voz de Dominic indicándole que pasara, Brynn empujó la puerta del despacho con cuidado. Él estaba de pie junto a la mesa, revisando unos documentos, y al verla, su expresión se suavizó al instante.

—Mira eso… —dijo, sonriendo de forma lenta y genuina—. Mis dos chicas favoritas.

Cruzó la estancia en pocos pasos y le besó la frente antes de mirar el portabebés. Winona estaba despierta, agitando los brazos, y Dom la levantó con una delicadeza que contrastaba con su físico imponente.

—Has venido a salvarme —añadió, señalando la bolsa térmica—. Estaba a punto de conformarme con otro café.

Brynn rio, acomodándose en una de las sillas mientras él dejaba a Winona en el sofá junto a un pequeño cojín. Sacó la pasta fresca y el brownie, y Dom ya estaba sirviéndose una porción generosa.

—¿Cómo ha ido la mañana? —preguntó ella.

Dom se dejó caer en su sillón, soltando un bufido breve.

—Reuniones con dos de los nuevos, papeleo y un par de contratos. —Le dio un sorbo a su vaso de agua—. Y la camarera nueva… Kim. No sé si me convence. Le estoy dando los tres meses de prueba que marca su contrato, pero no veo cómo podría encajar a largo plazo.

Brynn, con el tenedor en la mano, asintió despacio.

—Es… diferente al resto del personal de *Vinyl* y *Velvet*. Aquí todo el mundo es discreto, profesional… incluso cuando no están de acuerdo con algo. *Vinyl* no es solo uno de los mejores clubes de Chicago. Con

vuestras conexiones con el *MC Legend* de Sam y la *Bratva* de Maksim, se necesita saber manejarse con clientes que esperan cierto nivel y cierta prudencia.

Dom la miró con atención, como siempre que hablaba de negocios.

—Exacto. No se trata solo de servir copas. Es cuestión de leer el ambiente y no llamar la atención de la forma equivocada.

La conversación se fue relajando mientras comían. Brynn le sirvió un poco más de pasta y Dom atacó el plato con hambre, comentando anécdotas de la mañana, algunas con un humor seco que la hizo reír.

Cuando terminaron, él tomó el biberón que Brynn había preparado y se lo ofreció a Winona, que lo aceptó con un suspiro satisfecho. Dom la sostuvo con el brazo izquierdo, inclinado hacia ella, mirándola como si el resto del mundo se hubiera desvanecido.

—No me canso de mirarla —murmuró, acariciando la mejilla de la niña con un dedo enorme en comparación con su carita—. Es perfecta.

Brynn lo observó en silencio, sintiendo cómo la calidez de ese momento desplazaba cualquier sombra que Kim hubiera intentado proyectar antes en el pasillo. Ahí, con él y su hija, era imposible dudar.

Dominic terminó de darle el biberón a Winona y, tras colocarla erguida para ayudarla a eructar, levantó la vista hacia Brynn. Su mirada había cambiado: más intensa, más lenta… recorriéndola sin pudor desde las piernas cruzadas hasta el escote que asomaba por su vestido veraniego, observando interesado como los pezones de Brynn se endurecían bajo la fina tela, disparando la imaginación de Dominic.

—Joder, nena —su voz era grave, áspera—. Con ese vestido y esas curvas… no tienes ni idea de lo que me estás haciendo ahora mismo.

Ella sintió cómo el calor le subía por el cuello, clavada en su silla, incapaz de apartar los ojos de él.

—Ah, ¿sí? —murmuró, ladeando la cabeza con una sonrisa pequeña, provocadora.

Dominic apoyó a Winona suavemente en la hamaca portátil que tenían en el despacho. No dejó de mirarla mientras lo hacía.

—Si nuestra niña no estuviera aquí —dijo, con una calma que era puro autocontrol—, te tumbaría ahora mismo en ese sofá y te follaría hasta que gritaras mi nombre.

La confesión le golpeó directo entre las piernas. Brynn apretó los muslos bajo la mesa, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba y el calor se instalaba bajo su piel.

—Parece una promesa… —respondió, intentando mantener la voz estable.

Dom sonrió, esa sonrisa oscura que siempre anunciaba que hablaba en serio.

—No, nena. No parece… *es* una promesa. En cuanto lleguemos a casa, voy a arrancarte ese vestido y voy a recordarte quién es el único hombre que puede tocarte así.

Brynn tragó saliva, notando la humedad crecer entre sus piernas. Él volvió a sentarse, como si no acabara de encenderle la sangre con esas palabras, y siguió acariciando distraídamente el pelo de Winona. Pero la mirada que le lanzó antes de bajar la vista era clara: esa noche, no habría escapatoria.

ΔΔΔ

Tras el almuerzo en *Vinyl*, despedirse de Dominic con una promesa en la mirada y una caricia casual que recorrió todos los botones de su camisa hasta la cinturilla del pantalón, Brynn se dirigió a casa de Tess. Al llegar, Winona dormía plácida en el portabebés, y la bolsa con las cosas de la bebé colgaba de su hombro. Tess le abrió la puerta con el pelo aún húmedo por la ducha, en pijama de verano y con una taza de café humeante en la mano.

—Llegas en el momento perfecto —sonrió Tess, dejándola pasar—. Parker está en el suelo del salón con sus piezas de Lego y yo planeaba dejarme caer en el sofá con él y no moverme en toda la tarde.

El salón estaba bañado por la luz dorada de media tarde. Max no estaba, según Tess, había salido a resolver unos asuntos y no volvería hasta la noche. Brynn se dejó caer en el sofá mientras Tess acomodaba a Winona en la hamaca junto a Parker, para que ambos niños estuvieran cerca.

Hablaron de cosas ligeras al principio: el hospital, una receta nueva que Tess quería probar, la última vez que Parker había intentado "ayudar" en la cocina. El ambiente era cómodo, familiar.

Pero en un momento de silencio, Brynn se removió, incómoda.

—Tess… necesito contarte algo.

Tess giró la cabeza, percibiendo el cambio de tono.

—Dime.

—Desde hace unos días… estoy recibiendo mensajes anónimos. Y llamadas. —Su voz era baja, como si el mero hecho de decirlo en voz alta le diera más peso—. Las llamadas son siempre iguales: silencio y una respiración. Los mensajes… insinuaciones sobre Dom, como si quisieran que dudara de él.

Tess frunció el ceño, sentándose más erguida.

—¿Desde cuándo?

—El primero fue hace unos días en *Velvet*, cuando estábamos con Ivy y Sienna. Desde entonces han llegado tres más y como una docena de llamadas.

—¿Dom lo sabe? —preguntó Tess directa, con la firmeza la caracterizaba cuando trataba un tema serio.

Brynn negó con la cabeza.

—No quiero que reaccione de forma impulsiva sin tener datos. Sienna está investigando el origen… cuando sepa algo concreto, se lo diré.

—Brynn… —Tess dejó la taza sobre la mesa—. Sé que quieres protegerlo de una preocupación innecesaria, pero en una relación lo más importante es la comunicación. Él debe saber lo que pasa, aunque no tengáis todas las respuestas. Así podrá protegerte mejor y créeme, tu ansiedad disminuirá bastante.

Brynn suspiró, apartando la mirada.

—Lo sé… —hizo una pausa, como si buscara las palabras correctas —. Te prometo que en cuanto Sienna tenga algún dato, se lo contaré. No quiero ocultárselo para siempre. Solo… no aún.

Tess asintió, aunque era evidente que preferiría que no esperara.

—Vale. Pero si algo cambia, si las cosas se ponen feas, me prometes que se lo dirás de inmediato.

—Lo prometo.

Justo en ese momento, el móvil de Brynn vibró sobre la mesa. Ella lo tomó sin pensar… y sintió un escalofrío.

El mensaje era más específico que los anteriores:

> Ese vestido que llevabas hoy… te queda como el culo. Difícil que Dominic te quiera como mujer con esas pintas y ese culo enorme

El pulso le golpeó en los oídos. Miró a Tess con el teléfono aún en la mano, los dedos tensos alrededor del dispositivo.

—Tess… —su voz era apenas un susurro—. Esta persona… me ha visto hoy.

Tess le quitó el móvil suavemente para leerlo. Sus ojos se endurecieron.

—Esto ya no es casualidad. Y ya no es solo una molestia. Alguien está observándote, Brynn.

Brynn tragó saliva, sintiendo que la incomodidad que llevaba días arrastrando se convertía en una presión fría en el pecho. Ya no era una sospecha vaga: había alguien ahí fuera, mirándola de cerca.

Brynn se quedó mirando la pantalla del móvil unos segundos más, repasando mentalmente su recorrido de aquel día. No había hecho

ninguna parada improvisada, ni había pasado por lugares concurridos.

—Espera… —murmuró, enderezándose de golpe—. Hoy… solo he ido de casa a *Vinyl*, y de *Vinyl* aquí. Del garaje al club y del coche a la puerta, y nada más.

Tess la observó, comprendiendo que su cabeza iba a toda velocidad.

—¿Qué estás pensando?

—Que para que alguien haya visto el vestido… o me está siguiendo, y eso es… —la palabra le costó— aterrador o es alguien con quien me he cruzado.

Tess se inclinó hacia delante.

—¿Con quién, Brynn?

—Kimberly. —El nombre salió con duda—. La nueva camarera de *Vinyl*. Me la crucé saliendo del despacho de Dom, y… me miró como si le resultara inconcebible que él me deseara. Fue incómodo. Muy incómodo.

Tess entrecerró los ojos, sopesando.

—¿Crees que podría ser ella?

—No lo sé. Sienna dijo que quien está detrás de esto sabe enmascarar llamadas, y Kim no parece la herramienta más brillante de la caja —se detuvo, mordiéndose el labio—. Pero a veces la gente sorprende. Y la manera en que me miró hoy —dudó de nuevo — casi parecía personal.

El silencio entre ambas se llenó con el sonido de Parker jugando en el suelo y los ruiditos de Winona. Brynn respiró hondo, intentando calmar la sensación de tener un nudo de alambre en el estómago.

—Esta noche se lo voy a decir a Dom —decidió al fin—. No todo lo de los mensajes, no todavía… pero sí lo incómoda que me hace sentir Kim. No quiero que piense que estoy exagerando, pero necesito que lo sepa.

Tess asintió lentamente.

—Me parece lo correcto. Y si resulta que no es nada, mejor. Pero si es algo, al menos él ya estará alerta.

Brynn miró de nuevo el mensaje, sintiendo el peso de esas palabras anónimas. Tal vez no tuviera aún la certeza, pero sí tenía un plan. Y, con Dominic al tanto, Kim no tendría margen para jugar con ventaja. Si era ella la acosadora. Porque si no era ella, a Brynn se le acababan las opciones.

ΔΔΔ

El sonido de la llave girando en la cerradura rompió el silencio suave de la casa. Brynn estaba en la cocina, cortando unas verduras mientras el aroma del pollo al horno llenaba el aire. Winona dormía en su habitación, y la música suave que salía del altavoz de la encimera creaba una calma engañosa, como si nada en el mundo pudiera romperla.

Dominic entró con pasos seguros, dejando las llaves y la chaqueta sobre la mesa del recibidor. Cuando la vio de espaldas, con el cabello recogido en un moño alto y ese vestido sencillo que tanto le gustaba, no se contuvo. Se acercó por detrás, rodeándola con los brazos y apretando su cuerpo contra el suyo, para después inclinarse y besarle el cuello.

—Mmm… —murmuró contra su piel, deslizando una mano por su cintura—. Así sí que me gusta llegar a casa.

Brynn sonrió, pero se giró para recibirlo de frente. Sus labios se encontraron en un beso profundo, lento al principio, luego más urgente. Dominic la sostuvo con firmeza, como si tuviera todo el tiempo del mundo para devorarla ahí mismo.

Fue ella quien rompió el beso, apartándose apenas lo necesario para mirarlo a los ojos. Tenía que decirle lo que estaba pasando, no podía seguir ocultando todo. Pero el miedo a que Dom hiciera algo que los pudiera separar era más fuerte. Confiaba en él, profundamente. Pero sus miedos venían de un lugar más oscuro, un lugar en su interior

que había sido dañado. Sanar ese lugar le llevaría más tiempo que los meses que habían pasado desde la última vez que vio a Robert.

—Dom… necesito hablar contigo —Brynn fijó su mirada en un punto del hombro de Dominic.

Él frunció el ceño de inmediato, pero no dijo nada, esperando.

—Es sobre Kimberly… la nueva camarera de *Vinyl* —Brynn soltó el aire despacio—. No me gusta cómo se comporta contigo. Coquetea demasiado. Y hoy intentó menospreciarme con una mirada que… bueno, no me gustó nada. Me hizo sentir incómoda.

La mandíbula de Dominic se tensó al instante. Sus manos, que seguían apoyadas en su cintura, la apretaron ligeramente.

—¿Qué hizo exactamente? —su voz bajando en un gruñido grave.

—No fue algo que dijera. Fue… la forma en que me miró. Como si no entendiera cómo podrías desearme a mí. Siempre es impertinente e insinuante, no hace ni dice nada abiertamente, pero siempre hay un doble sentido en todo lo que dice. Decirlo en voz alta me hace sentir algo tonta, como si estuviera exagerando.

Dom la estudió en silencio unos segundos, y Brynn supo que estaba evaluando cada palabra. No había incredulidad en su expresión, sino algo mucho más afilado: alerta.

—No creo que estés exagerando —dijo por fin, con un tono bajo y firme—. De hecho… —se inclinó un poco más hacia ella—. Sé que tú no me dirías algo así si no hubiera un motivo de peso detrás.

Brynn bajó la mirada un instante, pero él le levantó el mentón con un dedo para obligarla a mirarlo.

—Si hay algo más, quiero saberlo. Todo.

Ella dudó apenas un segundo, lo justo para que él notara que no le estaba diciendo todo.

—Ahora no… —susurró—. Pero te lo prometo, Dom, te lo contaré.

Él no insistió, pero sus ojos seguían clavados en los suyos con esa intensidad que le decía que no iba a dejarlo pasar. No la presionaría,

sabía cuándo soltar un poco la cuerda. Brynn le diría lo que estaba pasando a su propio tiempo. Solo le quedaba estar atento.

—Está bien —murmuró—. Pero a partir de ahora, cuando Kimberly esté cerca, voy a estar mirando. Y si hace algo más… será la última vez que trabaje para nosotros. Como te dije esta mañana, no creo que ella ni su actitud encajen en *Vinyl*.

La besó de nuevo, esta vez con una posesividad marcada, como si quisiera dejar claro a cualquiera, especialmente a ella, a quién pertenecía.

Dominic no soltó su cintura después de ese último beso. Sus manos la apretaron con intención, arrastrándola hacia la isla de la cocina. La mirada que le dedicó no dejaba espacio a dudas: iba a retomar exactamente lo que había prometido a mediodía.

—Quítate el vestido, nena —ordenó con voz ronca.

Brynn, con las mejillas encendidas, deslizó la cremallera mientras él la observaba sin apartar los ojos de su cuerpo. El tejido cayó al suelo, dejándola en ropa interior. Dom la giró y la apoyó contra la encimera, sus manos recorriendo con firmeza la curva de su espalda hasta bajar y agarrar sus caderas.

—Mírate… —murmuró, acercando la boca a su oído—. Podría estar follándote así todo el día.

Sus dedos apartaron la tela de la braguita y la acariciaron con firmeza, encontrándola ya húmeda. Brynn gimió, arqueando la espalda contra él. Dom desabrochó su pantalón sin dejar de tocarla y, con un movimiento rápido, la penetró.

El primer empuje la hizo aferrarse al borde de la encimera. Él la sostuvo firme contra su pecho, moviéndose con fuerza y control, embistiéndola hasta que el sonido de su piel contra la de ella llenó la cocina junto con sus jadeos.

—Eres mía, Brynn… —gruñó contra su cuello—. Mía para siempre.

Brynn se corrió primero, temblando en sus brazos. Dominic la siguió poco después, empujando hasta el fondo antes de quedarse quieto,

respirando agitado. La besó de lado, acunando la nuca de Brynn con la mano abierta, lento, contrastando la intensidad con la ternura.

Sin decir palabra, la tomó en brazos y la llevó directamente al baño. El vapor empezó a llenar la ducha mientras él la apoyaba contra los azulejos, el agua resbalando por sus cuerpos. La volvió a besar con hambre, sus manos recorriendo cada curva.

Esta vez fue más lenta la penetración, más profunda. Dominic la sostuvo por los muslos, levantándola para que se anclara a su cintura. El agua caliente mezclada con la fricción los hizo perderse rápido; Brynn gimió su nombre justo antes de correrse por segunda vez, y él la siguió con un gruñido, apretándola contra sí.

Se ducharon entre risas suaves y besos cortos, limpiándose el uno al otro antes de salir.

Bajaron a la cocina, aún con el cabello húmedo, para servirse la cena que Brynn había preparado. Apenas habían empezado a comer cuando el llanto de Winona resonó desde su habitación.

Dominic dejó el tenedor, sonriendo.

—Nuestra niña es un cielo, nos deja terminar antes de pedir su cena.

Brynn estalló en una carcajada que llenó la estancia. Dom se quedó mirándola, apoyado en la silla, como si quisiera grabar ese momento en su memoria.

—Joder, Brynn… —dijo con absoluta sinceridad—. Estoy tan enamorado de ti que me duele.

Ella sonrió, y en sus ojos se mezclaban ternura, deseo y la certeza de que, con Dom, estaba exactamente donde debía estar.

CAPITULO 10

El viernes por la noche, *Velvet* brillaba bajo la iluminación cálida y elegante que Ash siempre mantenía impecable. Era la primera salida nocturna de chicas de Brynn desde el nacimiento de Winona y, aunque intentaba disimularlo, estaba algo nerviosa. Tess la había arrastrado literalmente hasta el coche con el argumento de que "un par de horas fuera de casa no iban a matar a nadie" y que Max se encargaría de Parker y Winona sin problemas.

Ivy, a punto de entrar en su tercer trimestre, caminaba despacio, apoyada en el brazo de Sienna, quien insistía en que no tenía prisa. La camarera-hacker había dejado el uniforme por un vestido negro liso y unas botas hasta la rodilla que le daban un aire mucho más urbano de lo habitual. Tess, como siempre, lucía impecable: vestido de satén verde botella, labios rojos y ese aire de "podría salvarte la vida con un chicle y un clip" que la caracterizaba.

La cena en *Velvet* transcurrió con risas y conversaciones fáciles. Ivy habló de cómo Ash había empezado a planificar la habitación del bebé con una obsesión por la seguridad que rozaba lo paranoico. Sienna contó entre bromas un par de anécdotas sobre clientes de *Velvet* que intentaban impresionarla sin saber que su cerebro estaba ocupado calculando códigos y rastros digitales. Brynn se dejó llevar por la calidez de la noche, describiendo a Winona como "su pequeña alarma programada a las tres y a las seis de la mañana" y confesando que Dominic parecía amar esas horas tanto como los abrazos del día.

Al terminar, cruzaron la calle hasta *Vinyl*. La música grave y envolvente las recibió al entrar, junto con el olor a madera, cuero y

güisqui caro. Dominic había bloqueado el reservado VIP para que pudieran estar tranquilas. Una vez acomodadas, la charla fluyó entre sorbos de cócteles sin alcohol para Ivy y Sienna, y gin-tonics para Tess y Brynn.

La puerta del reservado se abrió y apareció Kimberly. Vestía la falda reglamentaria de *Vinyl,* unos centímetros más cortan de lo permitido, tacones imposibles y una sonrisa artificial que no llegaba a los ojos. Su mirada recorrió a cada una como si evaluara su valor… y lo encontrara escaso.

—Buenas noches —dijo con un tono cargado de condescendencia, como si les estuviera haciendo un favor—. Soy Kimberly y me encargaré de vuestra mesa.

Se giró hacia Tess y, con un gesto forzado, añadió:

—Espero que todo esté a la altura de tus estándares… —y en lugar de esperar respuesta, pasó a mirar a Brynn con una mueca apenas disimulada—. Vaya, que vestido más… original. Quizá no deberías ponerte algo tan provocativo, ya me han contado que te… ya sabes.

Brynn parpadeó, entendiendo la implicación de lo que había pasado con Robert, parece que alguien se había ido de la lengua entre los empleados. A ninguno de los chicos iba a gustarle aquello.

—No, no lo sé. Qué me, ¿qué? —preguntó con voz calmada pero afilada.

—Nada, nada… —dijo Kimberly, como quien deja caer una insinuación sin valor—. ¿Quieres que te recomiende algo *sencillo*? No vaya a ser que se te haga cuesta arriba…

Ivy la fulminó con la mirada antes de que Brynn pudiera responder. Tess, a su lado, tensó la mandíbula.

—Con nosotras no uses ese tono —dijo Tess despacio, cada palabra cargada de autoridad—. Trae la carta y haz tu trabajo, nada más.

Pero Kimberly no parecía captar la advertencia. Al pasar junto a Sienna, dejó caer el bloc de notas sobre la mesa de forma descuidada, casi empujándolo hacia ella.

—Supongo que debes estar acostumbrada a tomar tú la nota, siendo camarera y eso —comentó con una sonrisa sarcástica, como si Sienna no mereciera la misma atención —puedes traerme la lista a la barra cuando decidáis.

Sienna levantó la vista despacio. Sus ojos, normalmente suaves, tenían un filo que muy pocos conocían.

—Creo que Tess ha sido muy clara, no uses ese tono con nosotras, haz tu trabajo y cállate —respondió con una calma tan gélida que por un momento hizo retroceder a la camarera —No soy el tipo de persona a la que quieres cabrear, hazlo y será tu última noche en *Vinyl*.

Ivy apretó los dedos contra la copa, el respeto aflorando en su mirada, pero preparada para defender a Sienna si hacía falta. Tess la miró de reojo: ambas estaban listas para saltar si Kimberly volvía a abrir la boca de esa forma.

Brynn, mientras tanto, respiró hondo. No dudaba de que Dominic, de enterarse, haría mucho más que fulminar con la mirada. Las cuatro se miraron en silencio y, sin decirlo en voz alta, se pusieron de acuerdo: esa noche ninguna iba a dejar que Kimberly les arruinara la salida.

Kimberly miró a Sienna unos segundo más de lo normal, seguramente vio que era mejor no provocarla más, la pelirroja era dulce e introvertida, pero tenía ese lado feroz que intimidaba cuando lo sacaba a pasear.

En cuanto Kimberly salió por la puerta, el aire pareció aligerarse un poco. Brynn dejó la copa sobre la mesa y bajó la voz, aunque sus ojos seguían clavados en la puerta.

—Creo que es ella —dijo, con un tono grave—. La que me manda los mensajes y hace las llamadas.

Tess frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—No puedo probarlo… todavía —respondió Brynn mirando a Sienna —, pero ese tono, las insinuaciones, es el mismo veneno.

Sienna dejó su copa a un lado y sacó el móvil. Sus dedos se movieron veloces sobre la pantalla, casi sin mirarla.

—Voy a actualizar mis filtros y protocolos —murmuró—. Si es ella, voy a saberlo antes de que termine la noche.

Ivy, que llevaba todo el rato con los hombros tensos, se inclinó hacia adelante.

—Si resulta que es Kimberly, no pienso quedarme sentada a ver cómo se ríe de ti —dijo con una furia controlada, hasta el momento había estado callada. Pero Ivy no eran de las que se quedaban mirando sin más.

La puerta del reservado se abrió sin previo aviso y apareció Ash, impecable en vaqueros oscuros y camiseta negra, con ese aire de presencia dominante que parecía llenar la habitación. Se inclinó para besar a Ivy en la sien, rozando su vientre con la mano en un gesto instintivo.

—Solo he venido a verte un minuto —le susurró, antes de soltarla—. Voy a reunirme con Dominic.

Ivy sonrió, y justo entonces Kimberly regresó con la bandeja de copas. Su mirada recorrió a Ash como si evaluara el terreno, pero él ni se molestó en mirarla. Depositó las bebidas sobre la mesa con movimientos rápidos y secos.

—Aquí tienen —dijo con frialdad—. Espero que sea de su agrado.

Tess sonrió despacio, con un brillo burlón en los ojos.

—¿Te pasa algo, Kimberly? Estás tan simpática que temo que nos caiga un rayo.

La camarera torció la boca, fingiendo una sonrisa. Se inclinó para dejar la copa frente a Brynn… y en un movimiento demasiado torpe para ser creíble, volcó el contenido sobre su vestido claro.

—¡Uy! —exclamó, con un tono de falsa sorpresa—. Perdón, ha sido un accidente.

Brynn se quedó helada un segundo, mirando el líquido correr por su regazo. Antes de que pudiera reaccionar, Ivy ya estaba de pie.

—No —dijo con voz baja, firme y letal—. No fue un accidente.

Se acercó a Kimberly, lo suficiente para que ambas sintieran el calor de la otra. Ivy nunca había tenido problemas en enfrentar lo que fuera, ni su embarazo iba a detenerla.

—Escúchame bien, muñeca de escaparate —continuó Ivy, con una media sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Podrás creerte muy lista, pero no puedes ni empezar a competir con ella. Ni en belleza, ni en clase, ni en nada que importe. Brynn no necesita rebajarse para brillar, y tú no vas a ensuciar su nombre ni a tocar un solo pelo de su cabeza. ¿Ha quedado claro?

Kimberly tragó saliva, intentando sostenerle la mirada y fallando.

Ash, que había observado toda la escena con una calma gélida, dio un paso adelante.

—Recoge tus cosas —dijo, sin alzar la voz, pero con un tono que no admitía réplica—. Estás suspendida de sueldo desde este momento. Dominic y yo estudiaremos tu despido mañana.

Kimberly abrió la boca para protestar. No había calculado bien su movimiento. A ojos de los demás no parecía lo suficientemente lista como para ocultar huellas digitales de forma tan sofisticada como lo hacía la persona que acosaba a Brynn.

—No puedes…

—Puedo —la interrumpió Ash, sin moverse ni un centímetro—. Y si tienes algo más que decir, el personal de seguridad estará encantado de acompañarte fuera.

La expresión de Kimberly se endureció un instante, pero la helada calma en los ojos de Ash la hizo retroceder. Sin decir nada más, se dio la vuelta y salió del reservado.

Ash se giró hacia Brynn.

—¿Estás bien?

Ella asintió, todavía sorprendida por la rapidez con la que todo había escalado. Ivy, a su lado, seguía con la mandíbula tensa.

—Ahora sí —respondió Brynn, y Sienna, sin levantar la vista del móvil, añadió:
—Dame unos minutos y sabremos si esa Barbie de imitación también es una acosadora digital.

Ash dejó un beso rápido en la frente de Ivy antes de salir del reservado y encaminarse al despacho donde lo esperaba Dominic. El murmullo grave de la música volvió a adueñarse del ambiente.

Brynn estaba secándose todavía las últimas gotas de la copa que Kimberly había derramado cuando su móvil vibró en la mesa. El corazón le dio un vuelco: otro mensaje anónimo.

> El sofá del despacho de Dom debe de ser el mueble más transitado de Chicago. No eres la única que lo calienta, cariño

La burla y el veneno rezumaban de cada palabra. Brynn apretó el teléfono hasta que los nudillos se le pusieron blancos. No dudaba ni por un segundo de Dominic, pero el asco y la rabia le subieron como un latigazo.

—Míralo —le dijo a Sienna, pasándole la pantalla.

Sienna lo leyó, y sus ojos, normalmente tranquilos, se afilaron como cuchillas. Sin decir nada, empezó a deslizar los dedos por el teclado virtual de su móvil.

—Voy a rastrear el origen —murmuró, el ceño fruncido—. Si lo ha enviado estando aquí…

Los segundos se estiraron. Sienna trabajaba con la concentración de un francotirador, alternando pantallas y ejecutando procesos en segundo plano que para cualquiera serían indescifrables.

—Lo tengo —anunció al fin, sin levantar la voz—. La señal procede de un dispositivo conectado a una de las antenas más próximas a *Vinyl*. No está triangulado con precisión de metro, pero te aseguro que el emisor está aquí, dentro o justo al otro lado de la calle.

Tess entrecerró los ojos.

—Ivy, ¿tú estabas pensando lo mismo que yo?

—Iba a decirlo —respondió Ivy—. Es demasiada coincidencia.

—Kimberly —susurró Brynn, la voz cargada de certeza.

Sienna no levantó la vista de la pantalla.

—Es muy probable. Pero… —hizo una pausa— no sé si es lo bastante lista como para enmascarar el rastro así. Esto está hecho con cierto cuidado. No a nivel profesional, pero sí alguien que sabe lo suficiente para no dejar todo en bandeja.

Ivy bufó con desprecio.

—Lo que le falta de cerebro le sobra de veneno. Puede que tenga ayuda… o que esté usando algo prestado.

Brynn miró el teléfono con la mezcla de indignación y dolor que solo provoca un golpe bajo contra alguien a quien amas.

—No sé qué busca exactamente, pero no va a encontrar lo que quiere.

Sienna levantó la mirada por fin, y su tono fue más grave que nunca.

—Pues vamos a darnos prisa en confirmarlo, porque si Kimberly cree que puede meterse en tu relación y salir indemne, está más loca de lo que pensaba.

ΔΔΔ

No había pasado ni quince minutos cuando la cortina opaca del reservado se abrió de golpe. Dominic llenó el umbral, los hombros tensos, el rostro tan serio que las demás callaron de inmediato. Sus ojos fueron directos a Brynn, recorriéndola con un repaso rápido para comprobar que estaba bien.

—Conmigo —dijo, seco, sin saludar.

Brynn se levantó sin protestar. El calor de su mirada y la forma en que Ash lo había preparado para esta conversación dejaban claro

que Dominic no estaba de humor para medias tintas. La guio a través del pasillo hasta su despacho, cerrando la puerta tras ellos.

—Quítate el vestido —ordenó, sin perder la calma, pero con una voz grave y firme.

Brynn obedeció despacio, deslizándose la tela húmeda por los hombros. Quedó en ropa interior, con las gotas frías resbalando aún por la piel. Dominic la observaba de pie, los brazos cruzados, y cuando habló, lo hizo con la certeza de quien está tomando una decisión irrevocable.

—Esta ha sido la última vez que has tenido que cruzarte con Kimberly. No volverá a tocarte ni a faltarte el respeto. Lo juro.

Brynn asintió, pero no dijo nada sobre los mensajes y las llamadas. Esa batalla la pelearía con Sienna en silencio.

Él se dejó caer en el sofá de cuero, abriéndose de piernas para invitarla a acercarse. La mirada que le dedicaba no dejaba lugar a dudas: no importaba lo que dijera ninguna víbora, Dominic solo la veía a ella.

Brynn dudó un instante, las palabras del mensaje zumbando en su cabeza. Pero al mirarlo, vio la intensidad pura en sus ojos, el deseo y la posesión que eran solo suyos. Se subió a horcajadas sobre él, sintiendo la dureza de sus muslos bajo los suyos, el calor de su cuerpo cubriendo el suyo.

Dominic deslizó las manos por sus caderas, bajando lentamente hasta atraparla contra él. Su boca se acercó a su cuello, aspirando su olor, y la mano derecha se deslizó bajo la fina tela de su braguita.

—Mía —susurró, con la voz áspera.

Brynn jadeó cuando sus dedos encontraron su centro, húmedo y palpitante. Dominic la acarició con precisión, jugando con su clítoris en círculos lentos mientras con la otra mano le sujetaba la nuca, impidiéndole apartar la mirada de él.

—Quiero que sepas —murmuró, aumentando el ritmo— que ni este sofá, ni esta oficina, ni yo, hemos sido de nadie más desde que

entraste en mi vida.

Brynn apretó los labios para no gemir demasiado alto, pero sus caderas ya se movían solas, buscando más presión. Dominic deslizó dos dedos en su interior, curvándolos para encontrar ese punto que la hacía temblar.

—Dime que lo sabes —exigió, moviendo sus dedos con fuerza controlada—. Dime que sabes que eres la única.

—Lo sé —jadeó Brynn, arqueándose contra él, las uñas marcando sus hombros.

Él la llevó al orgasmo sin apartar la mirada, disfrutando de cada espasmo de su cuerpo, de cada suspiro entrecortado. La mantuvo sobre su regazo hasta que sus latidos empezaron a calmarse, y entonces la abrazó con una mano firme en su espalda, como sellando su promesa.

El vestido de Brynn, colgado junto a la estufa eléctrica del despacho, ya estaba seco. Dominic lo tomó y se acercó a ella, ayudándola a pasarlo por la cabeza con la misma calma con la que minutos antes había hecho todo lo contrario. Sus manos recorrieron sus brazos al ajustar la tela en su sitio, y ella le regaló una sonrisa dulce, de esas que solo él sabía provocarle.

—Vamos —dijo él, levantando un brazo para rodearle los hombros y que pudiera acomodarse a su lado—. Acabemos la noche y luego nos vamos a casa.

Brynn asintió, y los dos salieron del despacho con esa sensación compartida de que, en cuanto se cerrara la puerta de su dormitorio, solo existirían ellos dos y el suave pitido del vigila bebés de Winona sobre la mesita de noche.

Pero apenas dieron dos pasos en el pasillo, se toparon con una figura recostada contra la pared, justo al lado de la puerta. Kimberly. Llevaba los brazos cruzados y la expresión de quien no sabe si fingir inocencia o sonreír sin malicia.

—¿Estabas esperando aquí? —preguntó Dominic, su voz fría como el acero.

—No, yo… —titubeó ella, incorporándose con rapidez—. Solo pasaba y pensé que…

—¿Que podías quedarte de guardia junto a la puerta, escuchando cuando estoy con mi mujer? —la interrumpió Dom, sin elevar la voz, pero con esa autoridad que hacía que la gente reculara por instinto.

Kimberly tragó saliva, pero intentó recomponerse.

—Dominic, creo que esto es un malentendido. Yo solo estaba…

—No te atrevas a terminar esa frase —la cortó él, un paso más cerca —. Estás despedida. No vuelvas a poner un pie en *Vinyl*.

—Pero…

—Fuera. Ahora —sentenció, sin darle oportunidad de negociar—. Te mandaré tu liquidación mañana.

Kimberly apretó la mandíbula, conteniendo una réplica. Sabía que no tenía nada que ganar. Cuando se giró para marcharse, lanzó a Brynn una mirada cargada de veneno, un destello que no intentó disimular: odio, envidia y un desafío silencioso.

Brynn sostuvo la mirada sin apartarse ni un milímetro, pero sintió el calor de la mano de Dominic apretando la suya, como si le recordara que no estaba sola, ni lo estaría jamás.

Sin más palabras, la pareja siguió caminando hacia el reservado, dejando a Kimberly detrás como un capítulo cerrado… aunque Brynn, en el fondo, sabía que no sería la última vez que tendrían que lidiar con el eco de su veneno.

CAPITULO 11

El lunes amaneció tranquilo, con la casa bañada por una luz dorada que se filtraba por las cortinas. Brynn había aprovechado para poner una lavadora temprano, y ahora Winona dormía en su moisés del salón, envuelta en una manta color crema, con los puños junto a la cara.

Sobre la mesa del comedor, Brynn tenía abierto el portátil y un archivador repleto de muestras de telas y paletas de color que Bianca le había enviado desde la floristería. El encargo de la boda de otoño era uno de los más importantes de la temporada, y aunque seguía de baja, no podía evitar implicarse. Entre una y otra tarea doméstica, revisaba combinaciones de burdeos con tonos cobre, imaginando los centros de mesa iluminados por velas altas.

El sonido del teléfono, apoyado junto a las muestras, la sacó de ese momento de calma. Era un mensaje.

Lo abrió sin pensar… y el mundo se le detuvo.

La pantalla mostraba una fotografía borrosa, tomada con mala luz, pero lo suficientemente nítida como para que la silueta masculina sobre la cama resultara reconocible. Tórax ancho, abdominales definidos, piel ligeramente bronceada. Solo llevaba unos pantalones de chándal bajos en la cadera. La cabeza descansaba de lado, pero la foto estaba cortada justo en la línea de la mandíbula, ocultando la cara. Aun así, todo en esa imagen —la complexión, la postura, incluso la forma de la mano apoyada en la sábana— parecía gritar Dominic.

Debajo, un único mensaje:

Mientras tú cuidas de su hija, él disfruta en un hotel con otra

Brynn sintió un escalofrío helado recorrerle la espalda. No porque creyera realmente que Dominic fuera capaz de hacer algo así, sino porque el simple hecho de recibir esa imagen removía un algo en su interior.

Se obligó a respirar hondo. Observó de nuevo la imagen, buscando cualquier detalle que no encajara. La sábana era blanca, de hotel, sí… pero también lo era la que usaban en su propia habitación de invitados. El ángulo era extraño, como si se hubiera tomado desde una puerta entreabierta. Y la ropa… no estaba segura de haber visto a Dominic con esos pantalones.

Winona se removió suavemente en el moisés, como si percibiera la tensión de su madre. Brynn dejó el móvil sobre la mesa, tomó a su hija en brazos y la acunó, concentrándose en el ritmo de su respiración para no dejar que la rabia o el miedo la desbordaran.

Sabía que Dominic estaba reunido con Ash y unos inversores para un nuevo local. Si llamaba ahora, interrumpiría algo importante. Pero tampoco podía quedarse con esa imagen clavada en la cabeza.

Con el pulgar, guardó la fotografía en una carpeta protegida de su teléfono, como le había enseñado a hacer Sienna. Luego, escribió un único mensaje a Dominic:

Cuando tengas un momento, llámame.

Es importante.

Se quedó mirando la pantalla, esperando esas tres pequeñas burbujas de respuesta… pero no aparecieron.

Brynn cerró los ojos un instante. No, no iba a dejar que alguien jugara con sus inseguridades. Hablaría con él cara a cara. Había llegado el momento de contarle todo a Dominic. Solo sacando todo a la luz podrían acabar con todo aquello. Esperaba también que Sienna tuviera información pronto.

ΔΔΔ

El silencio de la casa comenzó a volverse insoportable. Cada minuto que pasaba sin una respuesta de Dominic era una gota más cayendo en un vaso que ya estaba a punto de rebosar. Brynn se sentía atrapada en un bucle de imágenes mentales, repasando la foto una y otra vez, buscándole errores, queriendo encontrar la prueba irrefutable de que no era él… pero cada vez que cerraba los ojos, veía ese torso, esa postura.

Finalmente, dejó el teléfono sobre la encimera y marcó el número de Tess.

—¿Puedes venir? —su voz sonó más tensa de lo que quería—. Es… necesito ir a *Vinyl* y no quiero llevar a Winona.

—Claro, ¿qué pasa? —preguntó Tess, ya en alerta.

—Te lo explico cuando llegues.

Menos de quince minutos después, Tess apareció en la puerta con Parker colgado de su cadera, ambos envueltos en el olor cálido del aire de la calle. Brynn les dejó pasar, la ansiedad marcando cada uno de sus movimientos.

En el salón, mientras Tess dejaba a Parker sobre la alfombra junto al moisés de Winona, Brynn habló rápido, con frases cortas:

—He recibido otro mensaje. Esta vez es una foto. Parece Dominic, en una cama de hotel. No se le ve la cara, pero… quieren que crea que está con otra mujer.

Tess frunció el ceño, visiblemente irritada.

—¿Y tú crees eso?

—No —respondió Brynn con firmeza—. Pero necesito verle la cara cuando lo hablemos. Ha llegado el momento de contarle todo.

Tess asintió.

—Ve. Yo me quedo aquí.

Brynn tomó las llaves y salió casi corriendo. El trayecto hasta *Vinyl* se le hizo eterno, el corazón golpeándole en las costillas, las manos apretando el volante hasta tensarle los nudillos. Poco antes de llegar, el teléfono vibró en el asiento del copiloto. Era él.

—Brynn —su voz era grave, preocupada—. Acabo de ver tu mensaje. ¿Qué pasa?

—Estoy llegando a *Vinyl*. Quiero que me encuentres en tu despacho. Es importante.

Hubo un silencio breve, pesado.

—Voy de camino —respondió, con un tono que dejó claro que no estaba dispuesto a retrasarse ni un segundo y que tampoco estaba en *Vinyl*.

Colgó sin más, y Brynn supo que en cuanto cruzara esa puerta, se encontrarían los dos con la verdad desnuda sobre la mesa. Lo que aún no sabía era si ese momento serviría para reforzar el vínculo que habían construido… o para abrir la puerta a una amenaza mucho más peligrosa. Porque de una cosa estaba segura, Dominic no dejaría pasar aquello, iría hasta las últimas consecuencias y la persona que estaba detrás de todo aquello no parecía dispuesta a ser atrapada ni a rendirse.

Vinyl estaba medio vacío a esas horas, apenas un murmullo de voces en el bar y música suave saliendo de los altavoces. Brynn cruzó el local sin mirar a nadie, sintiendo las miradas de algunos empleados curiosos, y subió las escaleras hacia la zona de oficinas. Entró en su despacho y cerró la puerta, intentando controlar el temblor de sus manos.

No tuvo que esperar mucho. La puerta se abrió con un golpe seco y Dominic entró, vestido con camisa oscura y americana informal, el ceño fruncido y la mirada fija en ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sin preámbulos, cerrando la puerta tras de sí.

Brynn tragó saliva. Tenía el móvil en la mano, ya con la foto abierta.

—Quiero que lo veas. Pero antes… —respiró hondo— necesito contarte algo que debería haberte dicho antes.

Dominic se quedó de pie, cruzado de brazos, en actitud atenta pero cautelosa.

Brynn le explicó todo, desde aquel primer mensaje anónimo que recibió en *Velvet*, las insinuaciones veladas sobre su fidelidad, las llamadas silenciosas, hasta llegar al mensaje de hoy. No omitió nada.

—No te lo dije porque no quería que pensaras que dudaba de ti. Y porque no quería que esto… —señaló la pantalla— se metiera en nuestra vida. Sienna estaba sobre ello y en cuanto hubiera tenido algo sólido, te lo hubiera contado todo. La foto de hoy lo ha precipitado todo.

Dominic tendió la mano y ella le dio el móvil. Él miró la imagen con calma, casi con frialdad, como si la estuviera diseccionando.

—Este no soy yo—sentenció al cabo de unos segundos, girándole el teléfono para mostrarle—. Fíjate.

Señaló el pectoral izquierdo del hombre en la foto.

—La semana pasada me hice un tatuaje aquí —se desabrochó la camisa lo suficiente para mostrarle la tinta fresca, todavía con la piel ligeramente enrojecida: *Winona*, en un trazo elegante, justo bajo el corazón—. No está en la imagen. Y los tatuajes del brazo están modificados, no son los míos.

Brynn lo miró, el nudo en su estómago deshaciéndose poco a poco. Era cierto. No solo el tatuaje nuevo no aparecía, sino que los trazos de los demás eran diferentes, como copiados y alterados.

—Quieren que pienses que soy yo, Brynn. Quieren que dudes. O al menos perturbarte lo suficiente. Y ahora entiendo algo —dijo Dominic, apagando el móvil y acercándose a ella—. Todo esto es lo que ocultabas. La incomodidad con Kimberly, tus silencios, todo tiene que ver con esto.

Ella bajó la mirada, sintiéndose expuesta y un poco avergonzada.

—Cuando la vi coqueteando contigo en cada ocasión que podía, no sabía si estaba conectada con los mensajes o si solo era una camarera sin modales. Pero después de aquel encuentro en el pasillo de *Vinyl*, empecé a pensar que podía ser parte de lo mismo.

Dom la tomó suavemente del mentón y la obligó a mirarle a los ojos.

—Voy a descubrir quién está detrás, Brynn. Y cuando lo haga, te prometo que no volverán a acercarse a ti ni a Winona.

Domle devolvió el teléfono a Brynn y, con un movimiento lento pero lleno de fuerza contenida, sacó el suyo. Marcó un número sin apartar la vista de ella.

—Lan. Necesito que tú y Sienna estéis en *Vinyl* ya —su voz era baja, controlada, pero con un filo de acero que no admitía réplica—. Tenemos un problema.

Colgó antes de que Lan pudiera hacer preguntas.

Brynn, aún con el pulso acelerado, le dijo:

—Sienna ya estaba siguiendo la pista de los mensajes… Se lo dije hace unos días. Descubrió que alguien estaba enmascarando el origen. Solo sabía que las señales indicaban que los enviaban desde aquí o desde las calles cercanas, pero nada más. Durante la noche de chicas que tuvimos aquí hace unos días estuvo cerca de descubrirlo, pero dio con otro callejón sin salida.

Dominic apretó la mandíbula, y durante unos segundos solo se quedó mirando la puerta fijamente, pensando quién de su personal podía ser capaz de algo así.

—Entonces hoy vamos a dejar de adivinar —respondió.

No pasaron ni quince minutos cuando la puerta del despacho se abrió y entraron Lan y Sienna. El primero llevaba el portátil bajo el brazo; la segunda, una mirada centrada sabedora de qué iba la llamada de Dominic.

—Lo tenemos —dijo Sienna, sin preámbulos —. En mi defensa diré que creía que Brynn debía decírtelo desde el primer momento, pero prometí guardar el secreto y con esas cosas no juego.

Brynn se incorporó en el sofá mirándola entre avergonzada y agradecida, y Dominic se giró hacia ellos con la tensión de un depredador a punto de saltar.

—Kimberly —soltó Sienna—. Ella está detrás de todas las llamadas y mensajes.

Brynn sintió que el aire se le atascaba en la garganta.

—¿Cómo…? Pero si aparenta ser tonta como una piedra.

Sienna se agachó sobre la mesa y abrió el portátil.

—El enmascaramiento era bueno, pero no lo suficiente. El rastro de señal estaba manipulado para parecer irreconocible, pero las torres de emisión no mienten. Coinciden con el tiempo y ubicación de cuando ella estaba trabajando aquí. Y hay más.

Lan tomó la palabra, su tono seco, de guerra.

—Kimberly no está sola. Está conectada con Robert y con Dee. Lleva meses escribiéndole a Robert a la cárcel. Lo ha visitado tres veces en las últimas seis semanas.

Brynn parpadeó, atónita.

—¿Qué…?

—Y eso no es todo —continuó Lan—. A través de un contacto de la cárcel, Robert le consiguió un programa para enmascarar llamadas y mensajes, el mismo que hemos rastreado en tu teléfono. No es que ella fuera lista, es que le dieron algo ya preparado y con instrucciones fáciles de seguir.

Sienna cerró el portátil de golpe, con un chasquido que resonó en la habitación.

—Y pensar que en un principio descartamos a Robert y a Dee… —su tono estaba cargado de rabia—. Han jugado con tu cabeza, Brynn. Y con la de Dom. Esto no era solo para molestarte: estaban intentando romper lo que tenéis.

Brynn se llevó una mano a la frente, intentando procesarlo. Robert… siempre había sabido que era capaz de cualquier cosa, pero esto no lo había esperado. Creía que por fin estaba en paz, que no podía llegar a ella.

Dominic, en cambio, estaba inmóvil. Su rostro era una máscara fría, pero sus ojos echaban chispas.

—No van a volver a acercarse —dijo al fin, con una voz que no admitía discusión—. Ni a ti, ni a Winona, ni a nadie de esta familia.

El silencio que siguió fue denso, Lan y Sienna se miraron, hablando sin palabras. Ambos sabían que habían pinchado al león lo suficiente, ahora más valía que estuvieran preparados para la que se les venía encima. Empezando por la Barbie de imitación.

Dominic no dejó que la discusión se enfriara. Con el teléfono en la mano, marcó el número de Gabriella sin apartar la mirada de Brynn.

—Necesito que bloquees todas las llamadas y comunicaciones de Robert desde la cárcel. Ahora —dijo en cuanto la abogada contestó —. Te enviaré un resumen y pruebas de que ha estado usando a alguien para acosar a Brynn. No quiero que vuelva a oír su voz, ni siquiera por error.

Gabriella, fiel a su estilo, no perdió tiempo en preguntar por detalles que podía recibir por mensaje. Su voz fue firme, cortante:

—Dalo por hecho. Y ya que estamos… me encargaré de que la persona que lo ha ayudado no salga bien parada.

Dominic sonrió sin humor.

—Para eso también te necesito. Voy a convocar a Kimberly aquí en *Vinyl*, con la excusa de pagarle su liquidación. Quiero que la policía esté preparada para detenerla. Prepara también cualquier cosa de la que se la pueda acusar. Lan y Sienna te mandarán los detalles por correo cifrado.

Lan y Sienna se pusieron manos a la obra con las instrucciones de Dominic.

—Ya lo tienes —respondió Gabriella—. Pásame la hora exacta.

Cuando colgó, Dominic se volvió hacia Brynn. Ella lo miraba con preocupación, apretando una de las esquinas del cojín del sofá entre sus dedos.

—No quiero que entres en una confrontación directa con ella —dijo Brynn, su voz baja pero decidida—. Esto no es solo una camarera con problemas de actitud, Dominic. Ha estado demasiado cerca de Robert, sabe todo de mí, de nosotros.

Él cruzó la distancia entre ambos, posando las manos firmes en sus hombros.

—No va a pasar nada, Brynn. No es tu guerra, es mía. Esto es por todas las veces que nadie te pudo proteger. Por la noche en que nos conocimos y no pude protegerte. Gabriella tiene todo controlado. Tú vas a estar aquí, conmigo, y vas a ver cómo termina esto.

Su tono no admitía réplica. Lan y Sienna intercambiaron una mirada breve: ambos sabían que cuando Dominic Vance se expresaba así, no había marcha atrás.

Kimberly tardó algo más de media hora en aparecer. No puso excusas. De hecho, según le dijo al camarero en la puerta, venía "a arreglar cuentas" con Dominic.

Entró en el despacho con una seguridad estudiada, una sonrisa de quien cree que puede manejar la situación… hasta que vio lo que había dentro.

Brynn, sentada en la esquina del sofá, con las piernas cruzadas y la barbilla alta. Lan, de pie, junto a la puerta, bloqueando cualquier intento de salida. Sienna, apoyada contra el escritorio de Dom, con los brazos cruzados y la mirada fija en ella como si ya la hubiera condenado.

Kimberly parpadeó un instante, evaluando la escena, y luego se giró hacia Dominic, que estaba tras su escritorio, observándola como un juez al acusado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con un deje de burla, aunque su voz ya no sonaba tan segura.

Lo que no sabía era que, en ese mismo momento, Gabriella ya había avisado a la policía y un par de agentes estaban cruzando el local para subir a las oficinas.

Dominic no se sentó. Se plantó frente a Kimberly, con las manos en los bolsillos de su pantalón, la voz baja y afilada.

—Se acabó el juego, Kimberly. —Le sostuvo la mirada hasta que ella parpadeó—. Sabemos que llevas semanas acosando a Brynn.

Sabemos de los mensajes, las llamadas. Y sabemos que no lo haces sola.

—No sé de qué estás hablando —replicó ella, fingiendo desconcierto —. ¿Mensajes? ¿Llamadas?

Sienna se apartó del escritorio, abrió su portátil y giró la pantalla hacia todos.

—Los registros de las torres y el software que usaste. Coinciden con tus turnos en *Vinyl* y con tus visitas a la cárcel —dijo, su voz fría como el acero—. No hay margen para la casualidad.

Lan sacó un dosier del bolsillo de su chaqueta y lo dejó caer sobre la mesa con un golpe seco.

—Correspondencia firmada por ti a Robert. Fechas, horas, sellos de la prisión. Y tres visitas en seis semanas. Lo suficiente para que él te diera el programa con el que intentaste borrar tus huellas.

Kimberly intentó esbozar una sonrisa despectiva, pero Dominic dio un paso adelante y su tono se volvió más grave.

—No me importa cuánto creas que puedes negarlo. No me importa si te crees lista. Te metiste con mi mujer. Y eso es algo que no voy a dejar pasar y no voy a perdonar.

La fachada de inocencia se quebró. Los hombros de Kimberly se tensaron, y sus ojos se oscurecieron.

—¿Tu mujer? —bufó, girándose hacia Brynn—. Por favor. Robert tenía razón: no eres más que una niña rota que se cree especial porque alguien le presta atención. Él me contó lo patética que eras, siempre suplicando cariño. A su lado yo sí me sentí importante. Tú… ni siquiera sabes lo que es complacer a un hombre de verdad.

Lan dio un paso, pero Dominic levantó una mano para detenerlo. Brynn ya se había puesto de pie. Este era su momento de poder, el momento en que tomaba ella el control de todo lo que fue con Robert. No levantó la voz. No tembló.

—Robert casi me mata —dijo con calma—. Me rompió huesos, me dejó sin respirar más veces de las que puedo contar. Así que créeme

cuando te digo que, después de sobrevivir a eso, tus mentiras y tus mensajes anónimos son un juego de niños.

Kimberly apretó la mandíbula, pero Brynn siguió, firme:

—No conseguiste que dudara de Dominic ni un segundo. No conseguiste que me sintiera débil. Y si crees que has ganado algo al estar con Robert, te compadezco. Porque solo una mujer sin autoestima se fijaría en alguien como él. ¿Quieres a Robert? Todo tuyo, cielo. Pero ten en cuenta que lo que me hizo a mí, te lo hará a ti. Y reflexiona sobre algo: ¿Por qué querría Robert crear problemas entre Dominic y yo? —Brynn estaba más calmada que nunca, sacando a la luz una verdad inamovible —Te diré porqué. Porque tú no le importas, solo quiere seguir haciéndome daño y te ha utilizado para ello. Lo que ninguno de los dos sabéis es que Robert ya no tiene ese poder. Solo es un hombre patético y acomplejado. Un maltratador de manual.

Por un instante, el silencio fue absoluto. Entonces, algo cambió en la expresión de Kimberly: una sonrisa extraña, casi satisfecha, se dibujó en sus labios, como si supiera algo que los demás no.

En ese momento, la puerta se abrió. Gabriella entró acompañada de dos agentes uniformados.

—Kimberly Stone, queda detenida por acoso y complicidad con un criminal condenado para seguir hostigando a su víctima —recitó la agente, impasible.

Los policías la esposaron sin que ella opusiera resistencia, pero no dejó de mirar a Brynn con esa sonrisa inquietante hasta que la sacaron del despacho.

Brynn, aún erguida junto al sofá, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Esa sonrisa no era de derrota. Era de quien ha jugado una pieza… y todavía tiene más en el tablero.

Cuando la puerta se cerró tras Kimberly, el silencio que quedó en el despacho fue denso, cargado de algo más que alivio. Brynn soltó lentamente el aire que no sabía que estaba conteniendo, pero esa inquietud en su estómago no desapareció.

Dom se acercó y le pasó una mano por la espalda, un gesto firme, posesivo, como marcando que allí, con él, nadie la tocaría.

—Se acabó —dijo, aunque su voz no sonó tan convencida como sus palabras.

Brynn asintió, pero sus ojos seguían fijos en el lugar donde, segundos antes, Kimberly había sonreído.

—No, Dominic… —susurró, con una certeza helada recorriéndole la piel—. Esto no ha hecho más que empezar.

Lan y Sienna intercambiaron una mirada que confirmaba que ellos también lo sentían. Afuera, en el local, el murmullo habitual de *Vinyl* continuaba como si nada hubiera pasado. Dentro, en ese despacho, todos sabían que la verdadera amenaza seguía ahí fuera.

CAPITULO 12

La mañana olía a hierba recién cortada y tierra húmeda, el otoño asomaba su cabeza en Chicago. Brynn abrió el cierre metálico de la floristería con el hombro, equilibrando una caja de dalias amarillas que había traído del mayorista. Dentro, Bianca ya tenía el delantal puesto y el pelo recogido en un moño bajo impecable; estaba montando un centro pequeño con ranúnculos crema y ramas de olivo. Trabajaba en silencio, con esa precisión suya que convertía cualquier encargo en algo que apetecía mirar dos veces.

—Buenos días —dijo Brynn, sonriendo—. Huele a domingo, aunque sea martes.

Bianca levantó la vista, apenas una chispa de luz en unos ojos cansados.

—He adelantado los pedidos de mediodía. La señora que viene todas las semanas por las rosas ha llamado: hoy quiere peonías, si quedan.

—Quedan —asintió Brynn—. Y gracias por venir tan temprano.

Bianca encogió los hombros. A su lado, el móvil vibró una vez sobre la mesa de trabajo. Ella lo giró boca abajo sin mirarlo.

Fue un día con ritmo. Entró una pareja joven a por un ramo "que dé las gracias sin parecer una pedida de mano", un vecino que quería "algo que huela a campo" para el aniversario de su madre, y dos encargos para funerales. Brynn se movía con profesionalidad, sin forzar el cuerpo, con la mente más en casa que en ningún otro sitio. Cada vez que miraba el reloj, pensaba en Winona dormida en su

cuna, en el murmullo grave de Dominic cuando la mecía, en su casa que era como el punto exacto donde volver.

A media mañana, Gabriella llamó para una actualización. Brynn apoyó el hombro en la puerta del almacén y escuchó en silencio.

—El juez ha aceptado la medida cautelar —informó Gabriella—. Robert está en aislamiento, correo y llamadas prohibidas hasta encontrar a quien le ha ayudado con todo el tema del programa informático que usaba Kimberly. Hay una investigación interna sobre el tema. Digamos que conozco a la oficial encargada, no se dará por vencida. Están controlando a Dee también. Kimberly ha salido bajo fianza, pero la orden de alejamiento y la pulsera localizadora en el tobillo la tendrá atada en corto. No habrá juicio rápido, pero vamos bien.

—Gracias, Gabi —dijo Brynn—. Por todo.

—Para eso estoy. Y por favor, descansa. Han sido un par de semanas intensas.

Brynn colgó con una exhalación larga. Cuando volvió al mostrador, Bianca estaba empaquetando el centro de olivo con papel *Kraft* y un cordel de yute, tan simple y bonito que tenía a Brynn enamorada de sus manos.

—Bianca —empezó Brynn, apoyando los dedos en el mostrador—. Quiero hablar contigo un momento, si te va bien.

Bianca detuvo el movimiento. Se limpió las manos en el delantal, como si se preparase para algo solemne.

—Claro.

—Estoy volviendo poco a poco —dijo Brynn—. Quiero estar más en casa con Winona y con Dom. Y esto —abarcó con la mano la tienda, la luz, el olor— no se sostiene sin alguien que lo quiera como yo. Tú lo quieres. Se te nota en cómo miras los tallos y en como tus manos montan arreglos sin casi esfuerzo. Los clientes te aman y a ti se te da bien tratar con novias histéricas.

Bianca parpadeó, desconcertada por el cumplido.

—Me gusta estar aquí.

—No. Te gusta hacerlo bien —corrigió Brynn, sonriendo—. Quiero ofrecerte un contrato indefinido. Buen sueldo, seguro pagado, vacaciones pactadas. Y… —buscó las palabras, directa— quiero que seas mi compañera aquí. No una "ayudante", sino la otra mitad de *Wild Bloom*.

Durante un segundo Bianca no respiró. La sorpresa le tensó la mandíbula; luego se le humedecieron los ojos con una dignidad feroz.

—¿Estás segura?

—Del todo. Y si algún día cambias de idea, lo hablaremos. Pero hoy, esto es tuyo tanto como mío.

Bianca asintió, la emoción comprimida en un gesto mínimo, y soltó un hilo de risa nerviosa que no le conocía.

—Sí. Sí, claro que sí. Gracias.

Se abrazaron sin alharaca, un roce de hombros y olor a verde. Al separarse, Brynn reparó en el bolso de Bianca, demasiado lleno, siempre pegado a su cuerpo, y en ese cansancio que no era solo de madrugar. También había visto dos tiques arrugados del mismo motel, idénticos, salir del bolsillo del delantal cuando ella sacó un bolígrafo.

—¿Estás bien? —preguntó Brynn, sin rodeos.

Bianca dudó. Su mirada se fue un instante hacia el móvil boca abajo.

—Estoy… —tragó saliva, estuvo a punto de decir "bien" pero quizá había llegado el momento de confiar en alguien. Sentía que en ese lugar y con Brynn podía encontrar su lugar, un hogar, personas buenas de las que rodearse que la apreciaran por ella misma y no por lo que podían conseguir a través de ella—. Estaba compartiendo piso. Tuve que irme. Fue precipitado y ahora no encuentro nada que no sea… —torció la boca— cutre o carísimo. Estoy en un motel desde la semana pasada. No es lo ideal, pero puedo con ello.

"Puedo con ello" sonó a un hábito viejo. Brynn asintió, sin invadir.

—Vale —dijo—. Te propongo algo mejor. Mi apartamento. El antiguo de Tess. El alquiler está pagado hasta final de año. Solo tendrías que hacerte cargo de los gastos. Así ahorras, buscas sin prisa y duermes en un sitio que es un hogar, no un lugar de paso. Y si te gusta te ayudo a negociar un nuevo contrato con el casero. Algo justo.

Bianca abrió la boca y la cerró. El "no" reflejo le tembló en los labios: por orgullo, costumbre de no deber nada, miedo a soltar el control.

—No quiero que… —empezó.

—No es un favor —la cortó Brynn con suavidad—. Es una decisión práctica. El piso está vacío. Yo no voy a volver. Prefiero que alguien que respeto respire allí. Y si me dices que no, igualmente voy a buscarte algo decente hoy. Ahorremos tiempo.

Bianca rio por lo bajo. La risa se quebró y se convirtió, sin querer, en un sollozo mínimo que ella se tragó con rabia.

—No estoy acostumbrada a que me lo pongan fácil —admitió.

—Una vez al año no hace daño —replicó Brynn, ladeando la cabeza —. Dime que sí y nos acercamos luego. Puedo pedirle a Max las llaves a mediodía. Te quedas esta noche si quieres. No tienes que volver al motel.

Bianca miró el local como si necesitara anclarse a algo. Los ramos en agua, la mesa de trabajo con restos de tallos, el tiesto de albahaca que Brynn había traído y aromatizaba toda la tienda, la figurita de sol de madera que Dominic había tallado a cuchillo un domingo. Los paneles de madera natural de las paredes. Luego miró a Brynn.

—Sí —dijo, en voz baja, firme—. Acepto. Gracias. No sabes… —se calló, como si hubiera una frase demasiado grande para sacarla, tragó saliva como si estuviera tragando palabras—. Gracias.

—Vale —sonrió Brynn—. Entonces firma esto —dijo señalando el contrato fijo que le ofrecía Brynn en la tienda —y deja que te invite a un café decente. El de máquina del motel no cuenta.

Bianca soltó un resoplido que sonó casi a alivio. Firmó el precontrato con letra apretada. Mientras Brynn preparaba dos cafés en la cafetera italiana del fondo, el móvil de Bianca volvió a vibrar. Una notificación se encendió y se apagó en la pantalla antes de que ella lo atrapase con un gesto rápido. Por reflejo, apretó el teléfono como si su vida dependiera de ello, los nudillos blancos de la fuerza que ejercía sobre el aparato. Lo guardó sin mirarlo.

Volvieron clientes. Volvieron cintas, papeles, encargos. Brynn se movía con calma y profesionalidad, pero de vez en cuando, su mente se iba a casa. Al apartito en forma de búho que funcionaba como vigila bebés, el olor de la cabecita de su hija, la promesa de Dominic de pasarla a recoger al cierre. Su vida, por fin, era lo que ella siempre había deseado.

—¿A qué hora terminas? —preguntó Bianca mientras cerraban la caja, ya por la tarde.

—En veinte minutos. ¿Te viene bien ir a por las llaves?

—Me viene perfecto.

Brynn mandó un mensaje rápido a Tess:

> ¿Tienes las llaves? ¿Te pillo en casa?

La respuesta llegó de inmediato:

> Sí y sí. Max se acercará al portal y os dará las copias.

Brynn sonrió. Escribió a Dominic:

> Voy a llevar a Bianca al piso. ¿Me recoges luego?

La respuesta tardó tres segundos:

> Siempre.

Brynn se quedó con esa última palabra, una que también era la promesa que Dominic le había prometido: Siempre.

Cerraron el local con esa satisfacción simple de un día productivo. En la calle, la luz se filtraba tibia entre los árboles de la avenida. Mientras caminaban, Brynn hablaba de tonterías útiles: dónde están los interruptores de la caldera, cómo suena la puerta del balcón si el

viento sopla, el supermercado que no engaña con el precio de la fruta. Bianca asentía y guardaba en la memoria cada detalle, como si fueran instrucciones para un aterrizaje seguro.

Frente al portal, Max apareció con un manojo de llaves y una sonrisa breve.

—Te las traigo y desaparezco —dijo—. Enhorabuena por la socia.

—Gracias —contestó Brynn—. Y gracias por seguir pagando el piso. Hoy nos ha venido de diez.

—Para eso estamos —replicó él, y se fue con la naturalidad de alguien seguro y confiado.

Subieron las escaleras. El piso olía a limpio reciente; alguien del equipo de Max había pasado a ventilar y limpiar durante la tarde. Brynn abrió, encendió las luces, recorrió con la mirada ese lugar que había sido su refugio durante los momentos más duros de su vida y ahora se sentía como que estaba entregando su refugio a alguien que parecía necesitarlo casi tanto como ella. En la cocina, la taza de porcelana blanca con flores talladas seguía en el estante alto. Brynn la bajó y se la tendió a Bianca.

—Primer gesto oficial para que sea tu hogar: esta taza es tuya.

Bianca la cogió con las dos manos, como si fuera frágil. Paseó la vista por el salón, por el balcón que daba a la calle estrecha peatonal, por la habitación en la que el vacío parecía una oportunidad, no una amenaza. Respiró hondo. Parecía que aterrizaba en un lugar seguro, algo que no había tenido en muchísimo tiempo.

—Me quedo —dijo con simpleza, pero de forma decidida.

Brynn le tocó el brazo, leve.

—Si necesitas volver a por cosas al… —buscó la palabra correcta— motel, voy contigo. O con Dominic. O con los dos. No estás sola, Bianca. Ya no.

Bianca asintió, tragando. En el reflejo oscuro del cristal del balcón, su cara parecía la de otra persona: la que aún no conoce, la que

todavía no sabe que puede dormir sin sobresaltos. Cuando Brynn se despidió con un abrazo, Bianca se quedó un momento en medio del salón, hipnotizada por la quietud.

Sacó el móvil. Había tres mensajes sin leer y una llamada perdida de un número que sabía de memoria. Miró la pantalla durante un rato, mucho rato, hasta que el parpadeo de la batería la obligó a decidir. Abrió los mensajes y los leyó rápidamente. El último le arrancó una sonrisa triste. Después los borró todos. Apagó el teléfono.

Acarició el borde liso de la taza nueva y sonrió sola, con ese gesto pequeño que a veces vale por una promesa. Brynn no lo sabía, pero acababa de salvarla en más de un sentido: de la noche pegajosa del motel, del cansancio de estar alerta, y de algo que por fin empezaba a quedarse atrás cuando cerró, por dentro, la puerta del piso.

ΔΔΔ

La mañana en Chicago tenía ese frío limpio que corta la respiración, aunque el sol prometa otra cosa. Brynn y Dominic llegaron caminando por Chicago Ave; la floristería olía a verde desde la acera. *Velvet* quedaba a tres locales, con el cartel apagado y la puerta lateral entornada para el reparto. Al otro lado de la calle, unos locales más allá, se encontraba la entrada de *Vinyl*, cerrada, con el neón apagado y los portones negros ocultando al equipo de limpieza que se esmeraba en preparar el club para la apertura de la noche.

—Vuelvo en un rato —murmuró Dominic, pegándola a la puerta.

El beso fue de los que cambian el pulso. Brynn se arqueó; Dom apretó un segundo más de la cuenta, la mano en su nuca.

—Esta noche —prometió contra su boca, con la voz ronca—. Acabaremos esto, nena.

Brynn sonrió, aún con la respiración desordenada. Dom se separó medio paso cuando sonó el móvil de ella. El nombre de la canguro vibró en la pantalla.

—¿Sí, Mia? —contestó Brynn, aun sonriendo.

El silencio al otro lado la puso en alerta al momento. Brynn enderezó la espalda y clavó la mirada en Dominic. Este entendió de inmediato que algo sucedía, solo rodeó la muñeca de Brynn con firmeza, la misma que sujetaba el móvil junto a su oído, esperando a que Brynn hablara.

—Brynn… lo siento, lo siento muchísimo —la voz de la chica iba a trompicones—. Ha venido… ha venido la abuela de Winona. Ha dicho que te había escrito, que venía a dar un paseo corto al parque, que… que tú lo sabías. Tenía una mantita y el portabebés. Me ha dicho tu nombre y el de Dominic. Se ha llevado a Winona hace diez minutos. Yo… he… he sido una imbécil.

Brynn dejó de oír el tráfico. Notó a Dominic acercarse más a ella, ajustando más la mano en su muñeca.

—¿Qué abuela, Mia? —preguntó, la voz plana.

—No lo sé. No la había visto nunca. Llevaba un abrigo gris, moño, gafas… parecía… —la chica sollozó— parecía una abuela.

A Brynn se le congeló la sangre. Toda ella se paralizó, la mirada perdida y en su mente reproduciéndose sus peores pesadillas.

—Mia, ¿estás en casa? —intervino Dom, tomando el teléfono de la mano de Brynn.

—Sí. He salido corriendo tras ella, pero ya no estaban. Lo siento, Dominic, por favor…

—Cierra con llave y no toques nada —ordenó Dom, con una calma antinatural—. Estamos ahí en tres minutos.

Colgó. En su cara no había nada. En su voz, solo un ligero temblor.

—Se han llevado a nuestra hija —dijo, sin florituras—. Vamos.

Echaron a correr. Dom cruzó la calzada sin mirar, Brynn pegada a su costado, el corazón a golpes. Entraron en el coche y Dom salió disparado, se saltó algunos semáforos y algunas señales de tráfico vitales. Pero no tenían tiempo que perder. Al llegar frente a su edificio, ambos bajaron apresurados, dejando el coche mal aparcado en la entrada y la puerta de Dominic aun entreabierta. El ascensor

hasta la planta del dúplex era un retraso innecesario, ambos subieron las escaleras de dos en dos. Cuando la puerta del piso se abrió, Mia estaba pálida, con las manos temblando.

—Lo siento —repitió—. Llamó al timbre, me dijo "soy la abuela, vengo a por mi nieta un ratito". Dijo tu nombre, Brynn. Dijo que Dominic ya estaba avisado. Tenía… tenía este llavero —señaló un peluche pequeño de sol que colgaba de la mantita de Winona—. Yo pensé… ese solecito está en todas partes y Winona tiene uno igual en su bolsa de pañales.

—No es culpa tuya —la cortó Brynn, aunque le ardía el estómago—. Dime exactamente qué se ha llevado, cómo iba vestida y hacia dónde ha ido.

Mientras Mia hablaba a trompicones, Dom ya estaba marcando.

—Lan. Venid ya a mi casa. Trae a Sienna. Se han llevado a Winona. Hace veinte minutos. Necesito cámaras de la calle y del portal. Ya — Colgó y marcó a Max—. Trae a Tess. Y cierra *Vinyl*. Avisa a Ash, que haga lo mismo con *Velvet* —Pausa— Sí. Ya.

Mia les tendió el móvil.

—Tengo las notificaciones del videoportero y del pasillo. No sé si sirven.

—Sirven —dijo Brynn, y el temblor le bajó a las manos.

Sienna y Lan llegaron en seis minutos que parecieron una hora. Max y Tess, detrás, con la respiración entrecortada. Sienna fue directa al rúter, ya con el portátil abierto. Lan enchufó un segundo equipo a la Smart TV del salón. Max se ocupó de Mia, le dio agua, le hizo repetir la descripción con una calma militar.

—Puerta del portal, 11:12 —cantó Sienna, los ojos fijos—. Mujer, abrigo gris, moño alto, mascarilla quirúrgica, carrito plegable. No mira a cámara. Subrayado de nerviosismo: ninguno.

—Pasillo, 11:14 —añadió Lan—. Mismo abrigo. Lleva a Winona en el portabebés, capota bajada. Sombrero de lana de bebé encima de la capota. No hay prisa.

—¿Escaleras o ascensor? —preguntó Max.

—Ascensor a la baja, 11:15 —respondió Lan—. Salida a calle, 11:16.

—Cámara de esquina en Chicago con Wood —Sienna ya estaba pinchando una IP que no debería existir—. Dame… sí. La tengo. Cruza a pie hacia el otro lado de la calle. Sigue hasta la parada de bus. —Hizo *zoom*—. No espera el bus. Mira a la izquierda. —Tecleó —. Coche parado en doble fila a las 11:17. Sedán oscuro, parece un Camry viejo, 2012-2014. —Congeló la imagen y le pasó un filtro de alta resolución—. Placa parcial: C… 9… 7. Illinois. Difícil.

—Voy a por LPR —murmuró Lan—. Red de lectores de matrículas del distrito 12 y 13. —Tecleó a una velocidad febril—. Filtro por tramo y minuto… Dame algo… Aquí. Dos lecturas en Chicago Ave a las 11:17: Camry negro, IL C37 9Y… no se ve. Otra lectura en Ashland 11:19, mismo patrón. Si es ese, ha girado hacia el sur.

—¿Puedo…? —Tess se acercó a Brynn, la cogió por la nuca, la obligó a mirarla—. Respira conmigo. Winona es fuerte, Brynn. Y no se la ha llevado cualquiera al azar. Esto tiene un nombre.

—¿Quién? —la voz de Brynn salió rota y llena de odio—. ¿Quién se la lleva llamándose "abuela"?

A Sienna se le heló la cara. Acababa de abrir otra ventana.

—Lan —dijo, baja—. Busca a Dee Thomas en la cárcel del condado, órdenes judiciales en activo e historial penitenciario.

Lan ya estaba en ello. Tecleos, filtros.

—Joder —escupió—. Dee Thomas. Orden de detención por alteración del orden en un juzgado, desacato y agresión con agravantes. Ingresó hace tres meses en el correccional de mujeres estatal. Estado: liberada hoy a las 8:42, bajo reconocimiento y con orden de alejamiento de… —leyó— "Dominic Vance y Brynn Mitchell". —Miró a Dominic—. Lo han hecho sin notificaros porque la orden es municipal y el papel se ha cruzado de juzgado. Acaba de salir.

—Abuela de nadie —gruñó Dom, la ira trasformando sus rasgos en una mueca oscura—. La madre de Robert ha perdido la cabeza del

todo.

—Tiene una dirección vieja en un edificio de Humboldt Park —añadió Sienna—. Pero no creo que vaya allí. Acaba de salir y la recogieron con el coche ya preparado. El Camry podría ser de cualquiera o alquilado. —Sus dedos iban solos—. Voy a por cámaras de CDOT en Ashland, Damen y Ogden. Si ha tirado al sur, pudo coger I-55 o ir a Pilsen/La Villita. —otros clics a la velocidad del rayo—. Tengo el Camry en la 18 con Ashland a las 11:24. Siguiente cámara… desaparece en Loomis. Siguiente lectura LPR, Halsted con Archer, 11:31.

—Archer —repitió Max—. Camino de Back of the Yards o Brighton Park. ¿Tenemos gasolineras con cámaras?

—Voy —dijo Lan—. Y aviso a Sam para que ponga motos en las salidas de Archer y Pershing. No van a correr más que ellos. —Marcó directamente al presidente del MC Legend—. Sam, un favor. Acaban de secuestrar a la hija de Dom, mujer mayor en un Camry negro, matrícula IL C379Y. Nos movemos por Archer. Te mando fotos.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó Tess, mirando a Brynn.

Brynn trago saliva. Miró a Dominic. Este asintió con un gesto firme.

—Llama a Skylar. Dile que es un secuestro de menor de tres meses. —Le tembló la voz—. Dile que es Winona.

Max ya estaba marcando. Skylar contestó en el primer tono. Palabras cortas, coordenadas, nombres, todo con precisión militar. “Amber Alert” salió de la boca de Skylar como una bala.

“Enviadme la imagen del coche y la de la mujer. No toquéis a nadie si la veis.”

—Sienna —Dominic se plantó frente a ella—. Dame una cara.

—Afirmativo —susurró—. Tengo la imagen del portal, a las 11:12, cuando se baja la mascarilla un segundo para ajustar la bufanda. — la pasó por un filtro de alta resolución. El rostro de Dee emergió en la pantalla: piel tensada por los años, moño tirante, ojos fríos, línea

de labios fina. Sienna la colocó junto a la foto de ficha policial. Encajaba.

—Es Dee —confirmó Lan, sin margen—. Y no ha salido de la ciudad. Aún está dentro del Distrito 9 o 10 por el ping de una cámara de tráfico cercana. —Pausa—. Voy a tirar de aparcamientos de supermercados. Si tiene dos dedos de frente, parará a "descansar" o a comprar algo de última hora.

—No la tiene —escupió Brynn, la rabia ya firme—. Tiene maldad. Y si le toca un pelo, la mato.

Dom le cogió la cara con las dos manos, firme.

—No va a tocarla. En cuanto pare, la tenemos. —Se volvió hacia todos—. Max, haz de enlace con Skylar. Saca la *Amber Alert* ya. Lan, Sienna, monitorizad todo, guiad a las motos de Legend, ellos pueden ser más rápidos que la poli. Necesitamos a Asher ya. Hay que avisar a Gabriella también.

Las horas pasaron lenta y dolorosamente, Brynn cada vez más desesperada y Dominic más cabreado.

En el salón, la televisión mostraba un mapa con líneas azules: I-90 hacia el noroeste, la Jane Addams. El Amber Alert había hecho vibrar todos los móviles a la vez; el nombre de Winona, la descripción del Camry negro, la foto de Dee congelada en la ficha policial. Cada pitido dejaba a Brynn un poco más vacía.

Gabriella llamó tres veces. A la cuarta, su voz ya no tenía cortesía.

—La liberaron a las 8:42 sin notificar la orden de alejamiento —escupió—. Un juez municipal firmó por rutina y nadie miró el anexo. Estoy moviendo a la Fiscalía del Condado y a dos jueces de guardia. Si cruza de estado, entra el federal. Skylar ya ha pedido apoyo de la Policía Estatal de Illinois. No os acerquéis solos si la localizáis. Lo repito: no os acerquéis solos.

—Haz lo tuyo —respondió Dominic, helado—. Nosotros haremos lo nuestro.

Brynn estaba en el borde del sofá, la mirada perdida en el mapa. Tess le sostenía la nuca, firme, marcándole la respiración con su propio pecho. Ivy, pálida, le sujetaba las manos, anclándola con los dedos entrelazados. Había llegado poco después de saltar la *Amber Alert*, Asher se mantenía cerca de Max, ambos preparando estrategias por si tenían que entrar en acción, su entrenamiento militar era como montar en bici, jamás se olvidaba.

—Conmigo —susurraba Tess—. Entra por la nariz, sale por la boca. Otra vez. Eso es.

—No voy a vivir si… —empezó Brynn, sin voz.

—Vas a vivir —la cortó Ivy, sin temblar—. Te lo prometo. Dominic la traerá. Nosotras te sostenemos hasta que vuelva.

En la mesa, Sienna y Lan trabajaban en paralelo, dos teclados que parecían uno. Lan se había metido en la red de lectores de matrícula del peaje; Sienna había abierto media docena de cámaras de tráfico "imposibles de abrir".

—Marengo Toll Plaza, 12:09 —dijo Lan—. El Camry pasa por los carriles sin I-Pass. Lectura parcial coincide. Sale por la I 90 sin detenerse. Velocidad constante.

—Belvidere Oasis, 12:27 —añadió Sienna, arrastrando fotogramas—. No para. Siguiente cámara, Irene Road… perdido por un camión. Joder.

Se hicieron las 13:00. Sam puso motos en los enlaces de I-90 con 39 y 20; Max habló con Skylar cada diez minutos; Dom no se sentó. Cada vez que el mapa parpadeaba, el salón dejaba de respirar. Nada. Nada. Una gasolinera con cámaras malas. Un cruce con demasiada sombra. Dos horas de vacío.

A las 15:16, Sienna se enderezó de golpe.

—Lo tengo.

Los demás acudieron como si les hubieran tirado de un hilo.

—Rockford, salida Perryville —anunció—. Cámara de un Road Ranger al lado de la rampa. El Camry entra, aparca al fondo, junto a los

camiones. —hizo zoom—. Dee baja sin el portabebés. Entra en la tienda. —Rebobinó dos segundos y congeló—. Esto es de hace tres minutos. No han salido. —Sus dedos volaron—. Otro ángulo desde la marquesina: el portabebés sigue en el asiento trasero. La niña está sola.

Lan ya estaba trazando.

—Si sale de ahí, tiene dos opciones: seguir por la I-90 hacia Beloit, Wisconsin, o bajar por la 39 hacia Freeport y luego subir. Si busca llegar a Canadá, querrá cruzar de estado cuanto antes para dispersar la jurisdicción. Wisconsin está a veinte minutos. —Marcó a Skylar—. Ubicación viva. Necesito patrullas en Perryville, y un bloqueo suave en la rampa de incorporación a la I-90. Sin sirenas hasta que os diga.

—Voy con la Policía Estatal de Illinois y el Departamento de Policía de Rockford —respondió Skylar, en seco—. En cinco minutos tenemos coches discretos y un helicóptero en camino. Mantened distancia. Si la veis salir, no os crucéis. Dejadnos cerrarla.

Dominic cogió las llaves.

—Nos vamos —dijo.

—Voy con vosotros —intervino Max—. Tess e Ivy se quedan con Brynn hasta que Skylar nos dé luz verde.

—Voy con Dom —replicó Brynn, levantándose, tambaleándose—. No me dejéis aquí.

—Vienes conmigo —aceptó Dominic, mirándola a los ojos, sabía que ni podía ni debía detenerla—, pero no te bajas del coche. Te lo juro: te la pongo en los brazos hoy.

Tess le colocó una chaqueta a Brynn, le besó la frente.

—Te llamo cada cinco minutos. Si notas que te ahogas, me llamas y te guio, si hace falta a gritos. Puedo gritar mucho.

—Te veo en un rato —dijo Ivy, apretándola—. Va a salir bien.

—Adelantaos —dijo Ash, con la mirada calculadora —. Voy a por Sam, le vamos a necesitar.

Salieron en dos coches. Dom y Brynn en el primero; Max detrás con Lan y Sienna, el portátil en las rodillas; había montado un punto caliente con el móvil para seguir conectada. El tráfico de media tarde se abrió por puro instinto al verlos pasar a la derecha, sin luces, a una velocidad que bordeaba lo legal pero no lo cruzaba.

—Actualizo —cantó Sienna por el manos libres—. Dee ha salido de la tienda con una bolsa. Parece fórmula y agua. —Sienna fijó la mirada en el detalle de la imagen—. No, es agua y pañales. Está nerviosa. Mira al cielo: ha oído el helicóptero. Vuelve al coche. —Pausa mínima —. Arrancan.

—Cortes —entró la voz de Skylar en el altavoz—. Dos coches no marcados en State y Perryville listos. Policía Estatal de Illinois en la rampa de acceso a la I-90, sentido norte. Helicóptero encima sin foco. Esperamos a que se muevan.

—Se mueven —dijo Sienna—. Salen por State hacia el este, semáforo en verde, giran a la izquierda en Perryville rumbo norte. Si siguen, enlazan con la I-90 en dos millas.

—Recibido —respondió Skylar—. Equipo uno, dejadles pasar el primer cruce y situaos detrás. Equipo rampa, preparados para un "*rolling block*". Nada brusco: bebé a bordo.

Brynn clavó los dedos en el muslo de Dominic. Él no apartó la vista de la carretera. Eran momentos decisivos. Tenían que parar a Dee como fuera.

—Respira —le dijo, bajo—. Ya estamos con ella.

Delante, los carteles verdes empezaron a anunciar la siguiente salida hacia Rockford. El cielo de media tarde se volvió plomizo, tan gris como el ánimo de todos los implicados en el rescate de Winona.

—Si cruzan a Wisconsin… —murmuró Lan.

—No van a cruzar —cortó Dominic, con calma—. No con nosotros aquí.

—Confirmo — dijo Sienna, los ojos clavados en la pantalla—. Entran a la rampa de la I-90 norte. Policía Estatal de Illinois, es vuestro.

En la radio, la jerga profesional se volvió como una coreografía:

Unidad uno detrás del objetivo.

Dos vehículos civiles a la izquierda, despejando.

Bloqueo progresivo carril derecho.

Sin luces, sin sirenas.

—Están dentro del embudo —informó Skylar—. Cuando diga, cortamos delante con un coche camuflado y les obligamos a salir en Avenida Roscoe. Hay un área segura junto a la rampa. Equipo médico en camino.

—Roscoe —repitió Sienna, marcándolo en el mapa—. A cinco millas de la línea estatal. Si salen ahí, tenemos margen.

Brynn cerró los ojos un segundo. Le ardieron. Volvió a abrirlos. Afuera, la señal "Línea estatal a 10 millas" apareció y se fue como un latido. La ansiedad se estaba apoderando de ella de nuevo.

—Aguanta, pequeña —susurró—. Mamá está aquí.

—Ahora —ordenó Skylar por la radio.

Y todo empezó a moverse a la vez.

CAPÍTULO 13

El bloqueo en la Avenida Roscoe casi funcionó. Dee, pegada al carril derecho, fingió dudar en la salida y, en el último segundo, se coló por una vía de servicio que llevaba a un motel de carretera. Era un edificio desangelado con la fachada de ladrillo visto, un aparcamiento en U, puertas exteriores verdes y numeradas y una barandilla desvencijada en el segundo piso. Aparcó al fondo, bajo un pino mustio. El Camry quedó encajado entre una furgoneta blanca y una pickup oxidada.

La Policía de Rockford y la Policía Estatal de Illinois cercaron el perímetro en minutos: dos coches sin distintivos a cada extremo, patrullas cerrando los accesos, un negociador con chaleco hablando por el móvil al pie de la escalera metálica. El helicóptero flotaba alto, sin foco. La orden fue clara: sin luces ni sirenas. Bebé a bordo.

Brynn temblaba sin darse cuenta. Dominic la sostenía por la cintura, los ojos clavados en la barandilla que llevaba al piso de arriba. Max hablaba con Skylar a media voz junto a la oficina del motel. Lan y Sienna se habían instalado junto a una de las furgonetas policiales, con los portátiles abiertos y auriculares puestos. El aire olía a gasolina y asfalto deteriorado.

—Dee, escucha —la voz del negociador, alta y paciente, reverberó en la galería—. Nadie quiere hacerte daño. Hay una niña contigo. Necesitamos verla. ¿Puedes acercarte a la ventana y enseñarnos que está bien?

Una cortina barata se movió apenas en la habitación 112. La voz de Dee llegó áspera, sin el teléfono, gritada desde dentro.

—¡Es mi nieta! ¡La hija de Robert! ¡No me vais a quitar a mi familia otra vez!

Brynn dio un paso al frente, ciega.

—Brynn —Dominic la sujetó—. Mírala, no está en sus cabales. Si te ve o te oye, puede hacer cualquier cosa.

—No está armada —intervino Skylar, sin apartar la vista de la barandilla—. Pero ha cogido un cuchillo de la cocinita. Y por la posición de la sombra, la niña está en la cama o en el suelo, cerca de la ventana. —Alzó la voz hacia el negociador—. Mantén la llamada. No subas. Gánale minutos.

El móvil de Max vibró.

—Ash está a cinco minutos —informó—. Viene con Sam. Dos de Legend les hacen de escolta. Que los bloqueos policiales les dejen pasar sin pararlos.

Sienna ya había sacado el mapa del motel: plano de licencias municipales descargado de una web vieja y una foto de Google que le servía de alzado. Señaló con el dedo.

—Todas las habitaciones son iguales. Cocina minúscula a la entrada, baño a la derecha, armario al fondo junto a la pared que comparten con la habitación contigua. Las puertas de conexión aquí —tocó el punto entre la habitación 112 y 114— están clausuradas desde hace años, pero el tabique es de pladur. Si entramos por la 114, podemos abrir desde el armario, de forma silenciosa, sin exponer a la niña.

—¿Entramos cómo? —preguntó Dominic, seco, no iba a arriesgar a Winona con un asalto de los SWAT.

—Con llave —dijo Lan, con el móvil en el oído—. La gerente está asustada y odia a Dee, ha visto las noticias y la Alerta Amber desde esta mañana. Nos va a dar la tarjeta maestra si Skylar lo firma.

Skylar los había oído. Se acercó, dejando al negociador con un gesto.

—¿Tenéis un plan sin granadas, sin golpes de ariete y sin que nadie dispare? —preguntó, midiendo las palabras.

—Sí —respondió Sienna, segura—. Un corte de luz parcial para que salga a la ventana, alguna distracción para mantener la atención de Dee, la entrada limpia por atrás. Dos comandos entrando y Lan y yo de guía desde aquí.

—¿Y quién está preparado para una operación así, sin planificación previa ni conocimiento del medio?—preguntó Skylar medio burlona.

—Ellos —dijo Max, y miró hacia la entrada del aparcamiento.

Ash y Sam se materializaron entre los coches, ambos vestidos de negro con equipamiento y botas militares. Ash saludó con un gesto mínimo, los ojos fríos y calculadores y el cuerpo erguido en modo operativo. Sam, más ancho y musculoso, pero igual de alto, miró el edificio y se ubicó en un segundo.

—Interior en T —evaluó Ash, señalando el edificio—. Galería metálica, puertas a 2,4 metros entre sí. Si el negociador la fija delante, entro por el armario desde 114. Nada de alterarla, disparos, ni humo. —Se giró hacia Dominic y lo fijó con la mirada—. Tú no entras hasta que yo diga. Ni medio paso.

Dominic aguantó la mirada.

—La traes sana y salva.

—La traigo sana y salva —confirmó Ash.

Skylar respiró hondo, miró a los suyos. Luego tomó una decisión que la iba a perseguir y que, aun así, haría otra vez.

—Retiro el perímetro interior —ordenó por radio—. Mantengo primera línea a cincuenta metros, sin visual directa a la puerta de 112. Negociación activa. Nadie sube a la galería. Los… —miró al grupo buscando la palabra adecuada—"consultores" llevan esto en mi canal. Si sale mal, lo asumo yo. Y a ver si alguien me consigue la maldita llave de 114. Ya.

La gerente apareció con una tarjeta temblona. Sam se la quitó con dos dedos y se la dio a Ash. Ash y Sam abrieron la bolsa negra que habían dejado sobre el capó del coche: Un endoscopio, un cúter

grande, cinta americana y dos palancas pequeñas. Parecía un equipamiento ridículo, pero suficiente para la misión de rescate.

—Cortamos la luz en el ala con el cuadro de mantenimiento —murmuró Sienna—. No saltará la general si solo bajamos los dos de la izquierda. —Miró a Skylar. Ella asintió y chasqueó los dedos a un policía de paisano. El hombre salió corriendo.

—Cuando la luz se vaya, el negociador le dirá que es un fallo del motel y que baje a recepción a quej… — Todos giraron la cabeza y fijaron la mirada en Max. Este dejó la frase en el aire: nadie esperaba que Dee obedeciera.

—Solo necesito que camine a la ventana —dijo Ash—. Sam, te quedas en la puerta de la 114 para asegurar. Yo hago el agujero y asomo el ojo. Si el objetivo está a tiro, entro y hago una extracción rápida y limpia. Si no, fijo contra la pared a Tango y tú entras y me cubres. Nada de golpes secos. Todo presión. —la jerga militar hacía difícil seguirlos. Pero parecía que era algo fácil para ellos dos, como otro día en la oficina.

—Copiado —gruñó Sam, echando la cazadora hacia atrás lo justo para mostrar el mango de una herramienta de apertura.

—Lan, Sienna, a mi oído —pidió Ash. Se colocó un pinganillo, otro Sam. En la red de Skylar, todas las voces se coordinaron—. Empezamos el baile.

Cortaron la luz. La galería se hundió en una penumbra inquietante. En la 112, la cortina se movió. El negociador elevó la voz, impostando normalidad.

—Dee, esto pasa cada dos por tres. La gerente ya viene a darte otra habitación. ¿Me oyes? Tranquila, respira. ¿Puedes acercarte a la ventana para que nos oigamos mejor?

Ash y Sam se deslizaron por la parte trasera del edificio, pegados al muro, sin más sombra que la suya. La puerta de la 114 aceptó la tarjeta con un pitido apagado. Dentro, el olor a ambientador barato y a moqueta vieja les golpeó sin distracción. Cerraron sin ruido. Ash

apoyó el oído en la pared; oyó la voz de Dee y un arrullo pequeño, como una respiración de pájaro.

Con cinta americana, sujetó un plástico transparente sobre un rectángulo que marcó en el yeso del armario, lo suficientemente grande para caber él y Winona. Cortó con el cúter despacio, bordeando el perímetro del rectángulo para que el polvo se pegara al plástico, sin caer. Sam sostenía una linterna pequeña, tapándola con el pulgar para dar luz mínima. Ash retiró el rectángulo de pladur como si abriera una caja de zapatos. Al otro lado un vacío oscuro, la parte trasera del armario de la habitación 112. Repitió la operación, cinta, corte, mano dentro. La tabla cedió con un susurro.

Sam le colocó el endoscopio. La microcámara mostró, en blanco y negro, la pared interior del armario de la habitación 112, enfrente una puerta entreabierta de melamina que dejaba entrever un pasillo estrecho hacia la cama. Al fondo y de frente, el portabebés sobre el colchón, la capota estaba replegada. Ash vio con claridad la carita girada hacia él de una Winona adormilada. Brynn, abajo, oyó un hilillo de llanto y le fallaron las rodillas. Dominic la abrazó por detrás, sujetándose a ella a la vez que la sostenía.

—El bebé está en la cama, lado ventana —susurró Ash—. Dee en la zona de la puerta, cuchillo en mano, hablando con el negociador. Está de espaldas a mí. Voy.

Quitó el resto del pladur con movimientos minúsculos, lo justo para pasar un hombro. Sam se colocó a su espalda, era un bloque. Ash se deslizó al otro lado, como un fantasma. El suelo crujió lo suficiente para que el negociador subiese medio tono y Dee girase un centímetro hacia la ventana, no hacia el armario.

Solo eran tres pasos, medidos y precisos. Ash cruzó la habitación pegado a la pared, los ojos en la niña primero, sin perder de vista a Dee. Llegó a la cama, apoyó una rodilla y, con un movimiento que no hizo ruido, levantó el portabebés con ambas manos. La niña abrió la boca, pero no lloró. Ash paralizado en aire un segundo más de lo normal. Retrocedió despacio, sin hacer ruido y sin dar la espalda a Dee, al llegar al armario fijó la mirada en Sam.

—Tengo a la niña —murmuró, seco.

Sam soltó el aire.

—Sácala —ordenó Ash, tendiéndole el portabebés. Sam lo recibió y desapareció por el hueco hacia la habitación 114.

El instante en que Winona dejó la cama, la realidad volvió. Un leve crujido del suelo de vinilo del armario puso a la secuestradora en alerta. Dee se dio la vuelta, los ojos locos y el cuchillo por delante.

—¡LADRÓN! —se abalanzó hacia la cama.

Ash ya estaba en guardia. Interceptó la muñeca de Dee a mitad de trayecto con una llave que le giró el pulgar y la clavó de cara a la pared, sin golpearla pero sin darle espacio para un corte. La hoja cayó al suelo con un tintineo sin eco. Dee chilló, descompuesta, gritando insultos y sinsentidos.

—¡Es mi sangre! ¡Es de Robert! ¡Es mía!

—No es tuya —dijo Ash al oído, inmóvil—. Y tampoco es de él.

Le inmovilizó los brazos a la espalda, le controló la cadera con la rodilla. Sam ya estaba de vuelta, sin la niña, con una brida. Le ató las muñecas con limpieza y le sujetó los codos. Skylar entró en la habitación un latido después, con la mano abierta, sin arma y escoltada por dos agentes.

—Dee Thomas —anunció, profesional, volviendo a colocar el mundo en su sitio—. Está detenida por secuestro agravado de menor, desacato, y por violar una orden de alejamiento. Tiene derecho a guardar silencio…

Dee sollozaba sin lágrimas, desquiciada. Ash se apartó sin teatralidad. Sam recogió el cuchillo con un guante y lo entregó a un agente. El negociador dejó la línea en silencio. En el cielo, el helicóptero se fue.

En la habitación 114, Dominic tenía a Winona pegada al pecho, el portabebés olvidado en el suelo. Se le derritió la cara, literalmente, algo animal y sagrado le cruzó la mirada. Brynn entró, tropezando con la moqueta, y Dominic se la puso en los brazos en un latido.

—Hola, mi sol —susurró Brynn, la voz hecha trizas, pero con la ternura de una madre—. Ya está. Ya está, mi amor.

Winona emitió un quejido corto y se encogió contra el calor de su madre. Brynn besó la frente tibia, el pelo oscurísimo, los ojos que cada vez eran más verdes. Eran los ojos de Dominic. Nadie con dos dedos de frente creería otra cosa.

Dominic le rozó la sien con los labios, cerró los ojos un segundo largo. Ash asomó en la puerta, y Dominic le dio un abrazo rápido, seco, hombro con hombro, el único que Ash aceptaba en momentos así.

—Gracias —dijo Dom, con intensidad, como un juramento.

Sam se inclinó hacia Winona y le guiñó un ojo, serio.

—Bienvenida a casa, pequeña.

Skylar, en el umbral, habló con Max a media voz.

—Todo limpio. La entregamos al Departamento de policía de Rockford, es quien tiene la jurisdicción y yo me ocupo de que nadie meta la pata en el papeleo. Llamad a Gabriella. Necesito que esto sea rápido y quirúrgico.

—Ya la tienes al otro lado —respondió Max, mirando su móvil—. Y Tess e Ivy están al teléfono pidiéndome que os diga que las llaméis en cuanto se pueda.

—Diles que… —Brynn levantó la vista, con lágrimas rodando limpiamente por sus mejillas—. Diles que está bien. Que… ya está en nuestros brazos.

Max sonrió de lado y tecleó:

> Resuelto. Winona en brazos de mamá. Todos bien.

Luego alzó la vista con su media sonrisa típica. No hacía falta verla para oírla gritar de alivio desde Chicago.

Mientras sacaban a Dee esposada por la escalera, con la cabeza baja y la boca aun repitiendo “mi nieta”, Skylar se cruzó con Ash y Sam.

—Os debo una —dijo, sin rodeos—. Y si alguien me pregunta, estabais actuando bajo mi supervisión.

—No estabas mirando —replicó Ash, sin humor.

—Ni falta que hacía —contestó ella, y se marchó a firmar papeles.

En el aparcamiento, con el primer azul del anochecer, Dom, Brynn y Winona se quedaron un minuto dentro del coche con la puerta abierta y el mundo en pausa. Brynn apoyó la frente en la de su hija. Dom las cubrió con el cuerpo entero, como si pudiera impedir que el frío del aire, o cualquier otra cosa, volviera a rozarlas.

—A casa —dijo por fin, la voz baja y limpia—. A nuestra casa.

CAPITULO 14

La floristería olía a mañana limpia y fría: eucalipto recién cortado, lavanda secándose en ristras y el dulzor mantecoso de los ranúnculos abiertos bajo la lámpara. Brynn colocaba tallos de peonía en un jarrón de cristal cuando oyó el gorjeo inconfundible de Winona desde su trona alta. Su hija ya no lloraba como un gatito perdido; ahora reclamaba el mundo con gritos y manos ansiosas. Se estaba comiendo el puño con una seriedad adorable.

—No pienso negociar contigo —murmuró Brynn, inclinándose para besarle la mejilla—. A las once toca biberón, no antes.

Winona le sonrió con media lengua fuera y un brillo en los ojos verdes que era todo Dominic. Brynn todavía notaba el impacto de ese parecido cada vez que la miraba: la piel morena con matices dorados, el pelo negrísimo y espeso, la mirada segura, brillante y serena como su padre. Se le apretó el pecho de orgullo.

—He hecho seis ramos de campo y dos clásicos de rosas —anunció Bianca desde la trastienda, asomando con la coleta alta y la camiseta de la tienda manchada de verde—. La pareja de las alianzas ha llamado; quieren paso de iglesia con paniculata y velas de cilindro. Te he pasado el presupuesto por correo.

—Eres una máquina —respondió Brynn.

Bianca sonrió de lado, satisfecha. Tenía esa forma de moverse en silencio, como si siempre midiera los pasos, y a la vez había recuperado en los últimos meses una ligereza que no estaba al principio. A veces, al cerrar por la noche, Brynn encontraba a Bianca canturreando en susurros mientras limpiaba cubos, como si se

hubiese acordado de que tenía voz. Esa era una de las muchas curiosidades de Bianca que le hacían preguntarse de dónde venía, pocas veces soltaba algún fragmento de su pasado. Ella era discreta y Brynn no iba a ser la que la presionara. Bianca se abriría a ella a su tiempo. Lo que Brynn veía en el fondo de su mirada era un dolor profundo en el que se reconocía a la perfección.

—Hoy te toca media jornada, ¿no? —preguntó Bianca.

—Sí. Comemos todos en *Velvet* —dijo Brynn, acomodando un ramo en la vitrina—. Dom, Max, Ash, Ivy, Lan, Sienna… Y Tess se pasa ahora con Parker.

—La familia al completo —dijo Bianca, y hubo algo cálido, casi incrédulo, en la forma en que pronunció "familia".

Brynn le sostuvo la mirada un segundo de más. No le hacía preguntas. De lo poco que le había dicho sabía que Bianca había salido de casa con una mochila, un móvil prepago y un miedo profundo pegado al cuerpo. Sabía, también, que ahora dormía bien en el antiguo apartamento de Tess. Que ahora era su hogar, que comía sin contar los bocados y que a veces se reía con ganas cuando Winona le lanzaba un escupitajo de papilla. Brynn solo se aseguraba de que supiera que allí estaba segura.

La campanilla sobre la puerta sonó con un tintineo y entró el huracán del pequeño Parker, arrastrando a Tess de la mano.

—¡Nona! —gritó, señalando la trona alta.

—Hola, chicas —rio Tess, todavía con sus crocs rosa brillantes del hospital puestos y la bata colgando de su mochila del trabajo—. ¿Nos dejas invadir tu imperio de flores, hermanita?

—Invadid lo que queráis —dijo Brynn, soltando un trapo para ir a abrazar a su hermana pequeña—. Estás preciosa de cansada.

—Lo mismo digo. —Tess le sujetó la cara entre las manos y la besó en la frente—. Y esa criatura… —Se inclinó hacia la trona—. A ver, señorita Winona, ¿le enseñamos a tu primo Parker como haces "pa-pa-pa"?

Parker ya estaba apoyado en el mostrador, subido al taburete alto y nariz contra nariz con Winona, haciéndole ruidos y dándole su tesoro: un dinosaurio de peluche con la cola torcida.

—Para ti, Nona —anunció, solemne. Había empezado a llamarla así la primera vez que Winona le sonrió, y al final casi todos la llamaban así, era el diminutivo familiar y cariñoso que usaban, excepto Dominic, para él era su Winona querida.

Winona aleteó las manos, fascinada. Logró agarrar una pata del dinosaurio y la llevó directa a la boca.

—Eso es amor —sentenció Tess, apoyando la barbilla en el brazo—. ¿Podemos quedarnos a vivir aquí?

—Me reserváis un rincón y firmo donde haga falta —añadió Bianca, riendo.

La tienda se llenó de un murmullo cómodo. Tess y Brynn acomodaron el cochecito junto al mostrador. Parker recogía, con una concentración heroica, pétalos caídos de gerbera y los iba depositando en el regazo de Winona como si fueran medallas.

—He pensado que a la una y media podemos estar en *Velvet* —dijo Tess, sacando el móvil para mirar el reloj—. Max se escapará de *Vinyl*. Ash ha mandado un mensaje al chef de *Velvet* con una lista de cosas que Ivy "puede" comer. —Hizo comillas en el aire—. Como si fuera la primera vez que Ivy come allí. Está de un protector que da risa.

—Ivy está preciosa con la barriga —dijo Brynn, y le cambió el tono la ternura—. La vi el otro día y me pareció que no le quedaba nada para dar a luz. Cuando nazca el bebé Ash va a estar imposible.

—Está feliz. Y hambrienta. —Tess bajó la voz, conspiratoria—. Creo que Ash duerme peor que un residente de primer año. Dice que oye a la criatura moverse y se le activa el radar.

—Normal —contestó Brynn riendo, y pensó en Dom, en la forma en que paseaba a Winona apoyada en su antebrazo, como si fuese una extensión de su cuerpo. "Mía", decía con esos ojos claros. Y lo era. Lo eran, los tres, uno del otro.

El recuerdo del día del secuestro se acercó como una ola fría, recordando a su vez la sonrisa fría de Kimberly cuando la detenían. No habían podido probar nada, pero Brynn estaba convencida que ella conocía el plan de Dee y de Robert. Sabía, sin pruebas, que los tres estaban compinchados en lo mismo. A pesar de ello, se permitió dejar ir ese sentimiento que le atenazaba la garganta.

La ola fría se rompía y se disolvía, igual que le había enseñado su terapeuta. Había regresado mil veces al mismo punto y, cada vez, el final era el mismo: Winona dormida contra su pecho, con Dominic rodeándolas con un brazo protector y firme. Brynn respiró hondo y el olor a eucalipto la ancló.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tess, lista como siempre.

—Nada —sonrió Brynn—. Que soy feliz. Y que huele a domingo, aunque sea martes.

—Hueles a domingo tú —replicó Tess, dando un golpecito contra su hombro—. Por cierto, Julie ha mandado un mensaje: dice que hoy el postre es por cuenta de la casa porque la pequeña princesa cumplirá seis meses en nada.

—Julie es un peligro —dijo Brynn, la sonrisa agrandándose sola —esa chica la consiente demasiado. Desde que Sienna ha dejado *Velvet* para dedicarse a la ciberseguridad a tiempo completo, todos tenemos subidones de azúcar cada vez que saca el tiramisú especial de la casa.

Tess rio con ganas, a Brynn no le faltaba razón. Bianca regresó de la trastienda con una caja de cartón llena de botes pequeños.

—He preparado mini arreglos con paniculata y espigas para dejar en *Velvet* —explicó—. Si queréis, los llevo yo cuando cerréis. Así de paso me cojo un café.

—Trato hecho —dijo Tess—. Y te sientas con nosotras, ¿eh?

Bianca dudó un segundo, un reflejo. Luego asintió, firme.

—Vale.

La puerta volvió a sonar y entró un señor mayor con un sombrero flexible, buscando "algo para pedir perdón". Brynn atendió con paciencia y un poco de guasa hasta que el hombre salió con tres margaritas y la promesa de "no volver a discutir por el fútbol". Al cerrar, notó a Bianca rígida y le rozó el antebrazo con los dedos.

—¿Bien?

—Sí —asintió Bianca, soltando aire—. Solo… no me gustan los desconocidos que se quedan de más.

—Aquí no se queda nadie si tú no quieres —dijo Brynn, sin dulcificarlo. Le resultó curiosa la mirada de temor de Bianca cuando vio al hombre mayor con sombrero. Parecía que un recuerdo le había nublado la vista.

Bianca asintió de nuevo, esta vez con gratitud.

Parker reclamó atención golpeando la barra con el dinosaurio. Tess le dio un beso rápido en la coronilla.

—Pequeño caballero, ¿te apetece llevar tú el cochecito hasta la puerta como un guardaespaldas?

—Sí —dijo él, plantando los pies—. Soy fuerte.

—Eso lo he oído antes —se rio Brynn, pensando en Dominic.

Mientras Bianca recogía unas tijeras y Tess hacía una foto a Parker y Winona para mandársela a Max:

> para que te derritas en la silla

Brynn aprovechó para mandar un mensaje a Dominic:

> A la una y media. Nona y Parker ya están conspirando. Te amo.

La respuesta llegó dos segundos después, como si él hubiera tenido el móvil en la mano esperándolo:

> Contando minutos. Mis dos chicas guapas.
>
> Os amo más.

Se le aflojaron los hombros. Aún le sorprendía esa paz. No la calma vacía, sino la llena: el saber que podía girarse y él estaría, sin

promesas épicas ni discursos, con su ternura y sus manos enormes sosteniéndolo todo.

—¿Vamos? —preguntó Tess, colocándose la chaqueta—. Si llegamos pronto, quizá Asher no le haya dado tiempo a revisar los extintores, las salidas de emergencia y el contenido de los platos.

—No apuestes a eso —dijo Brynn, cogiendo el asa del cochecito—. Desde que Ivy está embarazada, Las Normas han alcanzado categoría constitucional.

—Muy sexy —ironizó Tess—. Menos mal que Ivy sabe exactamente cómo mandarlo al sofá con una mirada cuando se pone pesado.

—Equipo —intervino Bianca, alzando los mini arreglos—. ¿Quién abre?

—Yo —dijo Parker, y caminó hacia la puerta con paso marcial, serio como su tío Dominic cuando "había que ir a hacer una cosa".

Salieron los cuatro a la acera bañada de luz. El día estaba despejado, con ese cielo de vidrio que a veces regala Chicago cuando decide ser amable. El aire frío les coloreó las mejillas. Parker se ofreció a empujar el cochecito durante media calle y Winona lo premió con un gorjeo tan alto que una pareja que pasaba se volvió a mirarla y sonrió.

—Voy a avisar a Max de que vamos en camino —dijoTess resuelta. Tecleó mientras andaba, experta—. Sienna y Lan ya están en el grupo diciendo que llegan diez minutos antes para controlar la seguridad.

—Traducción: para discutir qué música va a sonar —rio Brynn.

Brynn empujó el cochecito y se permitió mirar alrededor como si revisase su propio reino: la vidriera de la tienda, la esquina donde Dominic se apoyaba siempre a esperarla, el semáforo que cruzaba cada tarde con Winona en la mochila contra su pecho, las huellas que esa vida dejaba invisibles pero ciertas. Se le hizo un nudo de emoción. No el de antes, el del miedo que sube y asfixia. Uno distinto, amable, que avisa de que estás justo donde quieres estar.

—Brynn —dijo Tess, como si leyera su cabeza—. Qué bien estás.

—Mucho —respondió. Y lo era.

En la puerta de *Velvet*, Parker estiró el brazo para mantenerla abierta con el dramatismo de un portero de discoteca. Dentro, ya se intuían las risas de Julie desde la barra y la seguridad tranquila que los Vaughn y los Vance habían convertido en un hogar.

—Vamos a comer en familia —dijo Brynn, empujando el cochecito al interior con una sonrisa que le nacía en los huesos. Hablando para sí misma.

ΔΔΔ

Vinyl olía a madera encerada y a cables calientes. Los ventiladores del techo giraban perezosos sobre la pista vacía mientras la pared de pantallas del despacho mostraba en mosaico las cámaras: barra, reservados, entrada trasera, almacén, azotea. Nada fuera de sitio.

Dominic apagó su portátil y se levantó de su silla de escritorio. Maxhizo lo mismo mientras se ajustaba la chaqueta. Preparándose para ir a Velvet a encontrase con sus chicas

—Vamos a llegar tarde a *Velvet* —advirtió Max, echándose la chaqueta—. Las chicas ya deben estar esperando. ¿Crees que Ash habrá llegado ya?

—Seguro que aun esta a medio camino —respondió Dom —su velocidad al volante no supera la de un monopatín desde que Ivy está embarazada.

Ambos estallaron en carcajadas. Apagaron las pocas luces encendidas de *Vinyl* y salieron al frío de mediodía en Chicago. Por suerte solo tenían que cruzar la calle para entrar en *Velvet*. En la puerta, Parker se esforzaba por sujetarla abierta con pose de portero profesional. Hizo un saludo militar torcido al ver a los dos hombres.

—Tío Dom.

—Mi general. —Dominic le golpeó suavemente el puño. Parker se estiró un centímetro, satisfecho.

Dentro, el calor y el olor a cocina casera les envolvió. Ash estaba de pie junto a la mesa de siempre, ayudando a Ivy a acomodarse. La sujetaba a la vez que le ponía más cojines en la espalda. Ella sonreía resignada, mientras iba quitando los cojines de más que Ash no paraba de añadir. Lan y Sienna, estaban junto a la barra, discutiendo entusiasmados, en voz baja y sonrientes sobre si el nuevo TPV iba "a una velocidad digna de su excelencia". Sienna alzó la vista, y le guiñó un ojo a Dominic a modo de saludo. Max fue hacia Tess como si hubiera un hilo invisible de su mano a la de ella.

Brynn encontró con la mirada a Dominic y el mundo se puso en su sitio. Tenía a Winona en brazos, una sonrisa que iluminaba todo su rostro y los ojos azules chispeantes. A Dominic se le apretó el pecho con un nudo. Era preciosa. Y era suya.

—Hola, nena —dijo Dominic acercándose, la besó en los labios breve pero intenso, después otro más suave en la frente de Winona—. ¿Cómo están mis chicas?

—Hambrientas —contestó Brynn—. Y con ganas de verte.

—Pues que empiece la fiesta —soltó Julie, dejando a caer una fuente con *focaccia* recién horneada—. Podéis ir tomando asiento, los platos ya están saliendo de la cocina.

La mesa se llenó de voces y sillas arrastrándose. Dominic tomó asiento junto a Brynn, mientras le quitaba a Winona de los brazos, así ella podría comer primero y él podía disfrutar de su pequeño terremoto mientras veía a su mujer alimentarse.

—A comer —dijo Dominic, y fue como un pistoletazo de salida, todos charlando animados mientras los platos iban de mano en mano.

Afuera, la ciudad seguía su ritmo. Dentro de *Velvet*, la familia de *Vinyl* construía el suyo propio.

Cuando iban por el postre, la locura de aquella familia llegó a su máxima expresión.

—Si alguien no se termina el tiramisú, me lo quedo yo —anunció Julie, plantando otra fuente—. Política de la casa.

—Yo puedo con dos —dijo Ivy, mientras Ash la ayudaba a colocarse mejor en la silla.

—Tú puedes con todo hasta que Ash diga lo contrario —replicó Tess riendo.

Ivy iba a responder, pero frunció el ceño, miró su regazo y luego a todos con una calma tan profesional que asustaba.

—He roto aguas.

El silencio en la mesa fue paralizante, todos inmóviles esperando a que alguien reaccionara Y entonces, Ash perdió la calma que era tan habitual en él, su control volando por los ventanales de *Velvet*.

—¡Todo el mundo atrás! —saltó de la silla, puso la mano en la barriga de Ivy como si pudiera controlar las contracciones de parto, y miró alrededor buscando amenazas invisibles—. Max, cierra el local. Lan, corta la música. Dom, trae el coche. Julie, evacuación ordenada por la puerta lateral. Nadie entra ni sale. Sienna, la bolsa. Parker, alto ahí, no te muevas que…

—Ash. —Ivy le sujetó la mandíbula obligándolo a mirarla a los ojos —. Es líquido amniótico, no un asalto a la Casa Blanca.

—¡Pero ese líquido está saliendo de tu cuerpo! —protestó, escandalizado.

—Funciona así —dijo Tess, ya a su lado con una serenidad que imponía—. Líquido claro. ¿Contracciones?

—Llevaba cada diez minutos desde el segundo plato —admitió Ivy—. No quería montar el circo antes del postre.

—Te quiero —dijo Ash, al borde de la risa histérica y el llanto.

—Lo sé. —Ivy inspiró—. Pero vas a tener que respirar, amor. O vas a desmayarte antes de llegar a la puerta.

Tess tomó el mando como si aquello fuese su propio quirófano.

—Organización. Max, tú conduces. Ash, vienes detrás con Ivy. Yo voy con vosotros. Dom, tú te quedas con Parker y acompañas a Brynn y Winona a casa si hace falta. Lan, avisa en Maternidad que vamos de camino con Ivy Bennett, primigesta a término, bolsa rota, dinámica. Sienna, bolsa de Ivy del maletero —se volvió para fijar la mirada en Julie—. Julie, sin postre contrabandeado al hospital, por favor.

—Ya has oído las órdenes, soldado —replicó Max mirando a Ash.

—Recibido —añadió Ash, cogiendo a Ivy en brazos para levantarla.

—¿Me vas a llevar en volandas hasta la UCI Maternal, soldado? —sonrió Ivy—. Puedo andar.

—Te llevo yo, el suelo puede ser traicionero. —A pesar de su instinto, la dejó sobre sus pies mientras su brazo la rodaba con fuerza por la espalda.

La salida fue una coreografía. Parker se desvivía por "proteger la puerta" con gravedad profesional. Sienna apareció con la bolsa, los auriculares colgando y una eficacia que hacía sentir que siempre lo tenía todo controlado. Lan ya hablaba con alguien del hospital, asegurándose que la habitación estuviera ya preparada. Dominic abrió paso hacia la calle con esa serenidad que lo hacía único. Brynn se acercó a Asher, le dio un apretón en el antebrazo y se inclinó un poco para que solo la oyera él.

—Todo irá bien —le dijo Brynn al oído—. Ivy está en las mejores manos, pero lo único que necesita de verdad es tu presencia. Y que no te vuelvas loco. Respira tú también.

—Lo intento —dijo Ash bajito.

En el coche, Ivy contaba con calma y profesionalidad.

—Contracciones cada siete minutos. No muy dolorosas. El líquido es claro. El bebé se mueve bien.

—Tengo agua, toallas, cargadores, DNI, la lista del hospital, música sin cambios bruscos… —repasó Ash, con la voz una octava más alta

—. Max, ¿puedes poner las luces de emergencia? ¿No hay luces de emergencia? ¿Dónde están las luces de…?

—Iremos por el carril normal, papá primerizo —dijo Max, divertido—. Ya avisé a emergencias de que vas en el asiento trasero. Que cierren los puentes.

—Que cierren la ciudad —murmuró Ash, mirando a Ivy como si fuera la cosa más preciosa del mundo.

—Ash. —Ivy le cogió la cara con ambas manos cuando el coche se detuvo en un semáforo—. Estoy bien. Estamos bien. Si necesitas gritar, grita ahora. En cuanto lleguemos al hospital voy a necesitar que seas un ser humano útil y funcional.

Ash apretó los labios. No gritó. Pero el "útil" le fue como un resorte.

—Tess, ¿qué necesitas?

—Que me dejes mirar el reloj y el color del líquido. Que intentes no negociar con las contracciones. Y que te aprendas esta frase: "¿Cómo puedo ayudar?". —Le guiñó un ojo—. Va a ir perfecto.

Ash asintió tres veces seguidas, una por cada indicación de Tess.

En Urgencias Obstétricas estaba todo listo: pulsera, monitor, bata y sala de partos. La matrona, Lola, era una mujer rolliza, de piel color café, dientes blanquísimos y la mirada más amable de todo el Chicago Mercy. Había traído a tantos niños al mundo que había perdido la cuenta. La obstetra, la Doctora Santos se mantenía en segundo plano, solo preparada para intervenir si Ivy lo necesitaba.

—Cuatro centímetros —anunció Lola tras la primera valoración—, dinámica buena, bolsa rota, presentación cefálica alta pero encajada. ¿Quieres epidural, Ivy?

—Iremos viendo. De momento, voy bien.

—Te va a venir bien la pelota y la ducha. Y papá —miró a Ash— tu trabajo hoy es hacer que la mamá de tu bebé esté cómoda, si ella dice salta, tu solo respondes: ¿Hasta dónde? Nada de dramas, ¿está claro, soldado?

—Cristalino —Ash puso cara de inocente ofendido. Lola era de armas tomar, pero que mostrara esa protección por Ivy, le puso las pilas a Ash. Era su trabajo cuidar de ella.

—Ayúdala con los masajes en la espalda —Lola le colocó las manos con precisión en la espalda de Ivy —. Si te mareas, te sientas. Aquí mandan ella y su útero.

Ash obedeció como si Lola fuese un sargento con décadas de servicio.

Tess estaba en su territorio: revisó el protocolo neonatal, habló con el equipo de Pediatría, pidió la cuna térmica, comprobó oxígeno, succión, vía de vitamina K, sondas preparadas.

—No toques nada, Ash —le dijo, cuando lo pilló abriendo un cajón—. A tu hijo lo cojo yo en los primeros dos minutos, ¿vale?

—Vale —trago hondo—. ¿Y después?

—Después tú lo pones encima de su madre y lloras si te da la gana.

—Puede que me dé la gana.

Pasaron las horas. Ivy había pasado de la ducha, a la pelota y después a caminar por el pasillo. Con cada contracción, Ash la sujetaba de las manos y le masajeaba la espalda, luego le secaba la frente y vuelta a empezar. Entre contracción y contracción, Ivy se reía bajito.

—Te estás portando bien, Vaughn —le susurraba—. Muy útil. Se nota el entrenamiento.

—Tengo un manual mental —confesó él—. Página 42: "No discutir con matronas".

—Página 1 —le corrigió Tess—: "No discutir con una mujer de parto".

A media tarde, Ivy miró a Lola con esa claridad que tienen las parteras al saber que han llegado al límite de dolor.

—Epidural.

—Perfecto. —Entró la anestesista y, con un procedimiento limpio y rápido, el dolor se convirtió en una cosa manejable y Ivy recobró la

fuerza necesaria para encarar el tramo final del parto—. Ahora vamos a aprovechar para descansar. Vamos por seis y medio. Ya queda poco.

Ash vigilaba el monitor como un halcón. Cada pico de contracción tensaba los músculos de los brazos para aguantar el agarre de muerte de Ivy. En el grupo de familia, Lan preguntaba por los progresos técnicos: dilatación, posición fetal, nivel de contracción, tipo de anestesia, Mientras Sienna mandaba *stickers* inapropiados que hacían reír a Brynn, y Max aseguraba que el bebé iba a parecerse al mejor tío del mundo.

Cuando llegó el momento de empujar, fue el momento de concentrarse. Ivy estaba seria, hermosa, con esa fuerza que sale de lo hondo. Lola marcó el compás, la Dra. Santos anunció avances, Tess se colocó en su puesto con manos rápidas. Ash, a la altura de la cara de Ivy, le susurraba palabras de aliento.

—Tres, dos, uno… eso es, amor, muy bien —su voz temblaba y aun así se mantenía firme, ni un paso atrás—. Eres increíble. Eres… joder, eres increíble.

—Cállate Ash y dame agua —logró Ivy entre empujón y empujón. Ash no replicó, se limitó a cumplir órdenes.

Dos empujes más, uno largo y otro de remate y llegó ese sonido inconfundible: un quejido suave, un primer llanto, la primera respiración de una nueva vida.

—¡Aquí está! —cantó Lola.

Tess recibió al bebé con una sonrisa que le ocupó la cara entera.

—Hola, pequeño. Bienvenido. —Con manos expertas le hizo la revisión de forma rápida: tono, respiración, reflejos—. Apgar 9 al minuto. Y esos ojos… —rio, sorprendida—. Se han abierto como dos faros.

—¿Está bien? —Ash no respiraba.

—Está perfecto —confirmó Tess, con esa seriedad que calma—. Sano, fuerte, y muy alerta. —Le pasó el bebé a Ash para el piel con

piel sobre el pecho de Ivy—. Venga, papá. Ponlo en el pecho de mamá.

Ash miró a su hijo y se rompió, las lágrimas llenaban sus ojos y se desbordaban sin control. La barbilla temblorosa.

—Hola —dijo, voz rota—. Hola, hijo.

—Hola, Luke —susurró Ivy, acariciándole la espalda húmeda—. Luke Vaughn.

—Luke… —repitió Ash, asentando el nombre de su hijo—. Luke Morgan Vaughn.

El pequeño Luke abrió los ojos enormes, oscuros, tan serenos que parecía que estuviera evaluando el cuarto. Tenía un mechón oscuro pegado a la frente y una mueca tranquila en los labios. Ivy lo acomodó mejor sobre su pecho, sintiendo el calor de su hijo, la suavidad casi irreal de su piel. Le olió la cabecita, con ese leve olor metálico de sangre y otro mucho más adictivo, a vida nueva, a algo puro y limpio. El bebé se movía buscando donde aferrarse hasta que encontró el pecho ya listo de su madre. Era uno de los momentos más mágicos durante el nacimiento de un bebé, cuando la vida se abre paso, el instinto animal mezclado con la emoción humana.

—Es calmado como su padre y vivaz como su madre —dictaminó Lola, divertida.

—Apgar 10 a los cinco minutos. Peso estupendo. Sin sorpresas. —Tess guiñó a Ivy—. Es un señor. Va a ser guapo como su primo Parker.

Ash besó la frente de Ivy, las manos temblándole sin vergüenza.

—Gracias —dijo—. Por traerlo al mundo. Por elegirme. Por… todo.

—No me dejaste mucha opción. Me tenías con la primera mirada que me echaste —bromeó ella, rendida, con lágrimas felices—. Pero me quedo con esto.

—Me quedo con todo —respondió él—. Contigo, con él, con este cuarto, con este día.

Tess colocó al pequeño Luke mejor sobre el pecho de Ivy. El bebé se enganchó con más determinación que antes, arrancando una carcajada a Ash y un suspiro a Ivy.

—Listo —anunció Tess—. Pediatra contenta, madre contenta, padre atónito. Procedemos a fotos borrosas y mensajes a la familia.

El grupo explotó de corazones y gritos escritos. Brynn mandó una foto de Winona con el zorro de peluche de su nacimiento:

> Tu prima te da la bienvenida

Parker envió un audio:

> Bienvenido, Luke, soy tu primo mayor. Te enseñaré todo lo que necesitas saber

Ash, ajeno a todo el revuelo en el móvil, seguía embelesado con su hijo.

—Hola, Luke Morgan Vaughn —dijo, solo para él—. Te prometo que vas a crecer sabiendo lo que es una familia.

Luke boqueó, serio y tranquilo, como aprobando las palabras de su padre.

ΔΔΔ

La habitación olía a bebé recién nacido y desinfectante, con la última luz del día iluminando el sofá, dejando en penumbra la cama donde estaba la nueva familia. Ivy estaba recostada, despeinada y luminosa, con Luke acurrucado sobre su pecho como un milagro. Ash hacía guardia en la puerta con una botella industrial de gel hidroalcohólico y una caja de mascarillas como si fuese el portero de un quirófano.

—Normas de la casa —dijo, elevando la voz un punto—: manos desinfectadas, mascarilla y nada de besos en la cara. Besos en los pies aprobados, uno por persona. Lan, te estoy vigilando. Max, eso va por ti también.

—¿Nos va a cachear también? —preguntó Sienna, divertida, mientras se frotaba las manos con esmero.

—Si hace falta —repuso Ash, pero ya sonreía.

Tess entró la primera, seguía con el pijama de quirófano, pero sin la bata, sus crocs rosa chillón inconfundibles en sus pies. Le dedicó a Ivy una mirada que decía "te odio un poco por lo bonita que estás después de parir" y a Luke, otra que era toda ternura.

—Señor Vaughn —susurró, pasándole un dedo por la mejilla—. Bienvenido otra vez.

Max se colocó a su lado con la torpeza emocionada de los hombres grandes en habitaciones pequeñas. Brynn entró con Winona en brazos, mascarilla también para ella, por exigencia de tío Ash, y Dom detrás, cargado con la bolsa del bebé y de la madre.

—Hola, preciosa —saludó Brynn a Ivy, ya con los ojos brillantes—. Y hola, caballero Luke.

Parker se acercó a toda prisa, soltando la mano de su padre.

—¿Puedo decir hola? —preguntó muy, muy bajito.

Ash lo miró evaluando la situación, miró a Ivy, miró a Luke, miró a Tess.

—Irás con Tess y solo mirarás —dictó—. Y te pones la mascarilla de dinosaurios. Te la he comprado especialmente para este momento —añadió suavizando su expresión. En realidad, se moría por hacerle una foto sosteniendo a Luke, se la iba a poner de fondo de pantalla en el móvil.

Parker asintió con solemnidad y entró dando pasitos de espía. Se quedó mirando al bebé como si fuese un dragón recién salido del huevo.

—Ualaaaa. Es tan pequeño como Nona —dictaminó—. Pero parece fuerte.

—Como su madre —apuntó Ivy.

—Y cabezota como su padre —añadió Tess.

—Confirmo —dijo Max.

La risa general aflojó los hombros de todos. Hubo una ronda de "déjamelo un segundo" que Ash gestionó contando los minutos: primero Tess para una revisión con ojos de pediatra orgullosa; luego Brynn, que sostuvo a Luke con esa destreza de madre experta; después Max, que se quedó clavado mirándole.

—Morgan. Luke Morgan Vaughn —dijo, con la voz tomada—. El nombre del abuelo. Le queda perfecto.

Ambos Vaughn se miraron fijamente, hablando sin palabras, recordando los vestigios de la familia que fueron, de los miembros que perdieron de golpe. De su abuelo, el hombre que les había enseñado todo lo que necesitaban saber durante su infancia.

—Le queda perfecto—confirmó Ash, más ronco de lo normal.

Cuando la euforia empezó a bajar y Luke volvió a acurrucarse contra Ivy, la habitación se quedó en un murmullo dulce: el roce de mascarillas, una carcajada baja de Sienna por un meme que Lan le enseñaba en el móvil, los sonidos de succión del bebé mientras volvían a aferrarse al pecho de su madre. Fue entonces cuando Max se aclaró la garganta, miró a Tess de forma significativa. Ella asintió levemente y se dirigió al grupo con la voz un poco temblorosa.

—Ya que todos estáis aquí… —empezó Tess, y ya sonreía antes de terminar—. Íbamos a esperar un poco, pero Max es malísimo guardando secretos y hoy es el día más bonito para decirlo: estoy embarazada.

Hubo un silencio mínimo. Y después, la habitación explotó.

—¡No me jodas! —saltó Ivy, llorando y riendo a la vez—. ¡Otro bebé!

—¡Tess! —Brynn se llevó las manos a la boca y luego abrazó torpemente a su hermana las mascarillas enredándose y mojándose por las lágrimas que empezaban a derramarse —. Tess… —La voz se le rompió—. Te lo mereces todo.

Dominic le dio a Max un abrazo de hombre apretándolo fuerte contra su pecho.

—Estoy orgulloso de ti, hermano —dijo —que calladito te lo tenías.

—Gracias —respondió Max, los ojos húmedos y esa media sonrisa suya—. Ha sido un proyecto de I+D muy intenso.

—Confirmo la intensidad —añadió Tess, dándole un codazo. Ash chasqueó la lengua con teatralidad.

—Bienvenido al club de los paranoicos de élite —le dijo a Max, con sorna cariñosa—. Más ahora que vas a ser padre de dos.

—Me niego a criar con semáforos —protestó Tess, riéndose.

Ivy acarició la nuca de Luke con el meñique y alzó la vista, traviesa.

—Pues ya solo queda el bebé informático de Sienna y Lan —canturreó—. Pero no hay prisa. Tenemos años.

Sienna enarcó una ceja con elegancia.

—Estamos perfectos así, gracias —dijo, y le apretó la mano a Lan—. Prometemos ser los mejores tíos. Los consentiremos a tope y los devolveremos con un subidón de azúcar.

El aire se cargó de esa alegría satisfecha de saber que es un momento único en la vida. Todos, a su manera, respiraron más hondo. Había un subtexto compartido que no hacía falta decir: por fin podían vivir así. Con calma. Con bromas. Sabiéndose merecedores de un hogar. De una familia. Cada uno había sobrevivido a su manera y, más que eso, habían construido algo que no dependía de nadie más que de ellos.

Ash bajó la guardia un milímetro y se permitió dejar el gel en la mesilla. Se inclinó sobre Ivy y Luke y le dio un beso a cada uno en la frente.

—Familia —dijo, como si probase el peso de la palabra—. Siento que algo roto por fin está sanando.

—La familia de *Vinyl* —matizó Ivy, orgullosa—. Y hoy ha subido el censo.

—Y lo que queda —sonrió Tess, tocándose el vientre sin disimulo.

Max se acercó a Brynn y a Dom, pasó un brazo por los hombros de ambos y los atrajo a ese centro pequeño que era la cama de Ivy con Luke encima. Lan y Sienna cerraron el círculo. Parker apoyó la cabeza en el borde y Winona, desde el cochecito, soltó un gritito de bebé, reclamando su parte de atención. Dom la levantó contra su pecho, dejándole ver al pequeño recién nacido.

—Foto —ordenó Brynn, ya con el móvil en alto—. Max, haz tu la foto, eres el que tiene los brazos más largos y las manos libres.

—Uno… dos… —contó Tess.

—Tres —terminó Ash, con una sonrisa que no podía reprimir.

El *clic* quedó pequeño al lado de todo lo que no cabía en una imagen: promesas, cicatrices ya cerradas, celebraciones futuras, la certeza de que venían días de dormir poco y ser más felices que nunca. Luke boqueó, impasible, y casi pareció asentir.

La familia de *Vinyl*, por fin, respiraba fácil. Y con el bebé de Tess y Max en camino, lo harían un poco más fuerte.

FIN

EPÍLOGO

Sam Tucker no cubría turnos, ni hacía vigilancias, pero esa tarde le debía una a uno de los suyos, uno de sus hermanos. Aparcó la Harley frente a la floristería de Brynn, se bajó con la chupa del MC abierta y el aire frío pegado a la camiseta de manga corta. No iba a ponerse nada más grueso que ocultara su parche hasta que las calles estuvieran cubiertas de nieve.

Un par de hombres de Legend ya estaban apostados a una distancia prudente, siguiendo el protocolo que Ash y Dominic habían marcado meses atrás: ojos encima de Bianca Peretti, siempre, sin invadir ni hacerse notar.

La campanilla sonó cuando empujó la puerta de *Wild Bloom*. Dentro, olía a eucalipto, flores frescas recién cortadas y algo dulce que no supo nombrar. No tenía ni idea de por qué había entrado en la floristería, pero sentía una curiosidad irreprimible en ver a la mujer que su club llevaba meses protegiendo sin que ella lo supiese.

Y entonces la vio.

Estaba inclinada sobre el mostrador, recogiendo con dedos ligeros un hilo de paniculata. Pelo oscuro, casi negro, recogido en una coleta alta, el perfil de su rostro delicado y elegante, con la concentración serena de quien ha aprendido a moverse sin hacer ruido. Cuando alzó la vista, a Sam le encajaron piezas que llevaba años guardadas y un nudo se formó en su pecho, apretado, sacándole el aire de los pulmones. Se quedó inmóvil observando la línea exacta de los

pómulos, el marrón claro intenso de los ojos grandes, esa media sonrisa que en las fotos parecía tímida y, en persona, quitaba la respiración con los labios más eróticos que había visto en su vida.

Malavolta.

Bianca Malavolta.

La hermana de Sandro, uno de sus hermanos de unidad en los años que estuvo en el ejército. La misma chica que Sam había visto mil veces, en las fotos arrugadas que Sandro sacaba de la cartera cuando la nostalgia era más fuerte que su temple durante las misiones. Sam también tenía las fotos de sus hermanas en la cartera, la única familia que merecía la pena por aquel entonces.

Recordaba perfectamente la imagen de Bianca Malavolta. Y lo hacía porque la cara de esa chica era lo que lo había mantenido cuerdo durante años, lo único que le hacía olvidar los horrores de la guerra, lo único que había deseado durante años. Pero era la hermana de un compañero de armas y también era la hija pequeña del Don de Nueva York.

Inalcanzable. Solo una fantasía para mantenerse cuerdo.

Y ahora la tenía delante. Ella, ahí, detrás de un mostrador con un delantal en el que podía leerse B.P. sobre un costado. Bianca Peretti.

Sam no dejó que se le notara nada.

—Buenas —dijo, voz grave, tranquila—. Vengo a por un ramo. Para… —«*Improvísalo, Tucker*»— una mujer que me cae peligrosamente bien.

Estaba siendo un patán, lanzando frases clichés sin sentido.

Bianca lo midió en un parpadeo. Lo repasó desde las botas de combate negras, vaqueros negros desgastados, camiseta blanca de manga corta y chupa de cuero con las insignias de su club cosidas a mano en el costado derecho: Presidente. Legend. Bianca no era tímida, pero sí era cuidadosa.

—Peligrosamente —repitió, con una curva apenas en la boca—. ¿Y quiere que diga algo más?

—Que diga "te veo".

—Eso es paniculata y ranúnculos —dictaminó sin dudar—. Limpio y sin promesas falsas. —Se puso manos a la obra—. ¿Color?

—El que haga sonreír a una chica.

—Marfil, entonces.

Trabajó rápido, segura, sin buscar conversación, pero sin huir de ella. Sam la observó montar el ramo con la misma atención con la que un cirujano operaría a corazón abierto. Las manos rápidas y elegantes. Algo se volvió a apretar en su pecho, oprimiendo también la boca de su estómago. Le gustó la precisión. Le gustó demasiado.

—No te había visto por aquí —dijo Bianca al cerrar el lazo—. Y a vosotros se os ve venir.

—A veces hacemos de sombras —respondió Sam—. Hoy me tocaba.

—¿Sueles llevar flores a muchas mujeres?

—No. —era honesto—. Pero me gusta ser detallista con las chicas que me dan guerra.

Se guardó para sí mismo que el ramo se lo iba a regalar a su hermana pequeña, Raven. Pero Bianca creyó que hablaba de alguna conquista y él parecía coquetear con ella. Le sostuvo la mirada un segundo de más. No apartó los ojos. No se ruborizó. Solo sonrió, reservada, como quien entiende lo que está sucediendo, pero no va a entrar al trapo fácilmente.

—Entonces te has equivocado de sitio —bromeó—. Aquí no damos guerra. Damos calma.

«Malavolta dando calma en Chicago», pensó Sam. La ironía de la situación casi le hace reír. No dijo nada, era evidente que había más tras toda aquella historia. Muchísimo más.

—¿Nombre para la tarjeta? —preguntó Bianca, con el boli en el aire.

Sam dudó un latido.

—Sam —dijo al final—. Sin apellidos.

—Qué misterio. —Escribió "Sam" con letra limpia y la dejó caer dentro—. ¿Algo más?

—Sí. —Se apoyó un poco en el mostrador—. ¿Te apetece un café cuando salgas?

Bianca arqueó una ceja, divertida.

—¿Y la chica que te da guerra?

—Teniendo en cuenta que esa chica es mi hermana pequeña… creo que merezco un café y conversación relajada.

La risa se le escapó, breve, auténtica. Luego dejó el ramo sobre el mostrador, entre ambos, como una frontera amable.

—Gracias por la invitación, Sam. —Ni un "no", ni un "sí"—. Me lo pienso.

«Se lo piensa porque sabe que esto es peligroso», entendió él. «*Y porque un MC y la Cosa Nostra bailan demasiado cerca, aunque no se toquen».* Bien. Paciencia, entonces. Sus cartas estaban sobre la mesa. No iba a presionarla. La protección ya no era a petición de Ash y Dominic… ahora era algo personal.

Pagó, tomó el ramo, y al salir se obligó a no mirar atrás. En la acera, el aire de Chicago olía a gasolina y a lluvia. Se detuvo junto a la Harley, apoyó el ramo en el asiento y sacó el móvil. Tenía el contacto desde hacía años, aunque apenas lo usaban para felicitar navidades y recordar a los muertos.

SANDRO MALAVOLTA.

Pulsó.

Dos tonos.

—Tucker —contestó la voz rasposa al otro lado.

Sam no perdió el tiempo.

—Cuéntame —dijo, seco— qué coño hace tu hermana en Chicago con un nombre falso y huyendo de algo que no quiere contar.

El silencio al otro lado de la línea fue espeso, largo y cargado de significado.

¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Gracias por leer la historia de Dominic y Brynn. Este es el final de la saga Vinyl, un final esperado y una historia planeada desde el primer libro. Cuando inicié la saga, solo pensé en Max y Tess, pero de repente Brynn y Dom tomaron protagonismo, libro tras libro. Su historia merecía ser contada lentamente. Ver su evolución, ser partícipes de su camino. Con este libro no pretendo dar una lección sobre violencia de género, ni pretendo ser una experta en el tema. He tratado el tema con el máximo respeto, siendo consciente que la historia de Brynn es la de millones de mujeres, y cada una es diferente entre sí. No existe la víctima perfecta.

Si habéis leído Protector, Faithful y Resolut sabéis que esta es mi cuarta novela y espero que os haya gustado la serie. Para los que aún no lo hayáis leído os recomiendo hacerlo, porque las historias de todos los personajes están entrelazados en los libros. Sea como fuere, mil gracias a todas mis lectoras, a las nuevas y a las fieles por llegar hasta aquí. A mi marido, gracias por aguantarme, por las noches de desvelo haciendo biberones y durmiendo a los niños. Que puedo decir, escogí bien. A mis lectoras de nuevo, si te ha gustado el libro por favor déjame una valoración o un comentario aquí , y si no te ha gustado también agradeceré sugerencias y propuestas de mejora.
Si quieres seguirme puedes hacerlo en mi página de Amazon y en mi Instagram ameliasautora.

Gracias, de corazón, a todos. Especialmente a esas mujeres que en algun momento se puedan sentir identificadas con mis personajes.

Por ellas escribo historias.

Nos vemos en la siguiente Serie. No os haré esperar. Ahora les toca a Sam y Bianca.

NUEVA SERIE



ACERCA DEL AUTOR

Amelia S.



Amelia S. es el nombre ficticio de una investigadora que desde muy joven le apasionan las novelas románticas, y ahora, después de ser madre por segunda vez, ha decidido contar sus propias historias. Los machos alfa dominantes han sido siempre su fetiche, pero como mujer que ha crecido en un matriarcado, busca escribir sobre mujeres fuertes, independientes y que hayan superado traumas y conflictos, que tengan cicatrices y aun así puedan ver la felicidad en el mundo.

Sus historias siempre tienen un final feliz, porque para finales amargos ya está la vida real.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

SAGA VINYL

PROTECTOR: Un padre soltero decidido a proteger lo que ama. Una mujer que juró no dejar que nadie dictara su vida. Cuando sus caminos se cruzan en el universo del club Vinyl, la lealtad y una pasión arrolladora hará que se replanteen lo que creían saber sobre el amor.
Padre soltero, alfa protector, química intensa, polos opuestos, final cerrado

FAITHFUL: Un hombre controlado y disciplinado que no dudará en reclamar a la mujer que lo enloquece. Una mujer que jamás se atrevió a soñar con alguien como él. Cuando Ivy despierta tras un intento de asesinato, todo lo que creía saber será puesto a prueba.
Alfa protector, Grumpy x Sunshine, Proximidad forzosa, club nocturno, final cerrado

RESOLUT: Una hacker que oculta su verdadera identidad. Un hombre enamorado de dos mujeres distintas. Ambos deberán enfrentar la verdad y aprender que juntos son mucho más fuertes.
alfa protector, identidad oculta, proximiad forzada, química intensa, triángulo amoroso, final cerrado